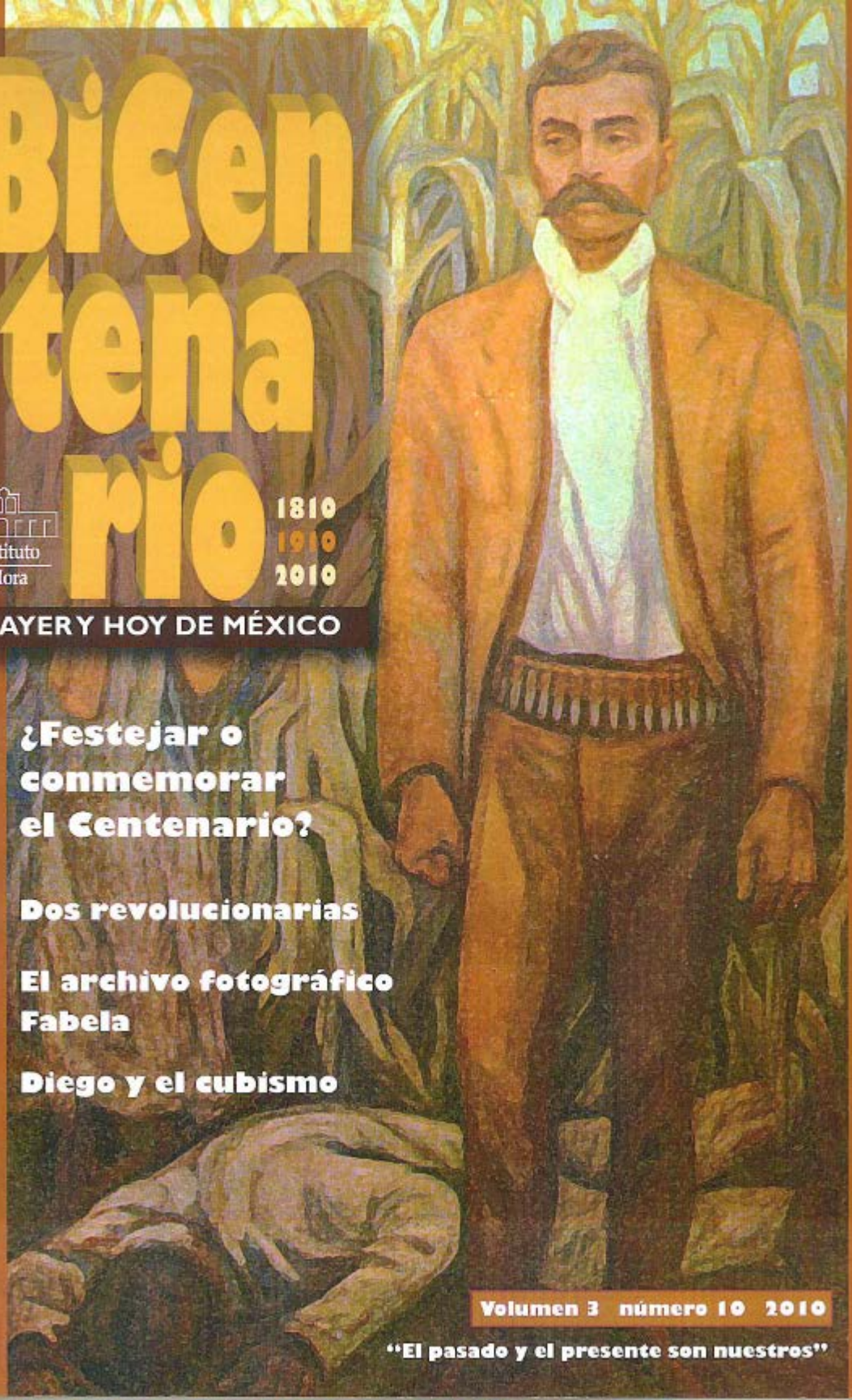
Bicentenario

1810
1910
2010

Instituto Mora

EL AYER Y HOY DE MÉXICO



¿Festejar o conmemorar el Centenario?

Dos revolucionarias

El archivo fotográfico Fabela

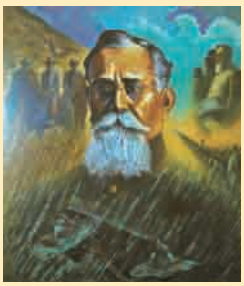
Diego y el cubismo

Volumen 3 número 10 2010

"El pasado y el presente son nuestros"

En este número...

Dos hermanas contra la dictadura 6



Carranza: historia e imaginación 14

Claves secretas de la Revolución 20

Un zapatista de Mixcoac 24

La boda de la abuela 32

El archivo fotográfico de Fabela 40

La Revolución en Yucatán 46

Utopías agrícolas en Michoacán 52

Los niños en las escuelas socialistas del cardenismo 58

¿Festejar o conmemorar la Revolución? 64

Miradas extranjeras 68

El asesinato de Villa: cuento histórico 80

Diego y el cubismo 84

Zapata en la memoria de su gente 90

BICENTENARIO. El ayer y hoy de México
Revista trimestral publicada por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora
Volumen 3, número 10, octubre-diciembre 2010
Consejo editorial
Editor responsable: Ana Rosa Suárez Argüello
Graziella Altamirano Cozzi
Carmen Collado Herrera
Juan Carlos Domínguez Virgen
Laura Suárez de la Torre
Guadalupe Villa Guerrero
Iconografía: Ramón Aureliano Alarcón
Asistente editorial: Irma Aranda
Edición: Jesús R. Anaya Rosique
Diseño: Mónica Diez Martínez Day
Redacción, administración y suscripciones:
Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora
Plaza Valentín Gómez Farías núm. 12, Colonia San Juan Mixcoac, Del. Benito Juárez C. P. 03730, México D. F.
Tels. 5598 3777, 5598 3037- Ext. 1129, Fax 5615 0675
www.mora.edu.mx

BICENTENARIO. El ayer y hoy de México
es una publicación del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora
(Centro Público de Investigación adscrito al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología).
Los artículos firmados son responsabilidad de los autores. Se prohíbe la reproducción parcial o total sin la expresa autorización del consejo editorial de la revista.
Número de certificado de reserva de derechos al uso exclusivo otorgado por el Instituto Nacional del Derecho de Autor 04-2008-060913104400-102 del 9 de junio de 2008, expedido por la Secretaría de Educación Pública.
Número ISSN 0404-05. Número de certificado de licitud de título 14276 y Número de certificado de licitud de contenido 11849, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación.
Autorización como correspondencia de segunda clase en trámite. Domicilio de la publicación: Plaza Valentín Gómez Farías núm. 12, Colonia San Juan Mixcoac, Del. Benito Juárez, C. P. 03730, México, D.F. Impresión digital en octubre 2010 en Master Copy, S.A. de C.V., Av. Coyoacán 1450 bis, Col del Valle, 03220 México, D.F. Comentarios y sugerencias:
BICENTENARIO. El ayer y hoy de México
http://revistabicentenario.com.mx
bicentenario@mora.edu.mx

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
DR. JOSÉ MARÍA LUIS MORA
Director General: Dr. Luis Antonio Jáuregui Frías
Director de Investigación: Dr. Francisco Porras Sánchez
Director de Docencia: Dr. Alejandro Monsiváis
Secretario General: Dr. Oscar de los Reyes Heredia
Directora de Administración y Finanzas: Lic. Eunice Maldonado Sánchez
Titular del Órgano Interno: Ing. Carlos Ladrón de Guevara Rivero

SUMARIO

Editorial / **3**
Correo del lector / **4**
ARTÍCULOS
GRISELDA ZÁRATE
Dos hermanas revolucionarias: Andrea y Teresa Villarreal / **6**
LUIS BARRÓN
Venustiano Carranza: entre la historia y la imaginación / **14**
JOSÉ DE JESÚS ANGEL ANGEL
Claves secretas de la Revolución / **20**
JAVIER RICO M.
Un zapatista de Mixcoac / **24**
DIANA GUILLÉN
La boda de la abuela… / **32**
ALBERTO DEL CASTILLO TRONCOSO
Isidro Fabela, la fotografía y la Revolución mexicana / **40**
MARISA PÉREZ DOMÍNGUEZ
Vientos de cambio en el Sureste: Yucatán y la Revolución mexicana / **46**
ALFREDO PURECO ORNELAS
Las utopías agrícolas de Michoacán desde la colonia hasta el siglo XX: una historia con tres momentos / **52**
ELVIA MONTES DE OCA NAVAS
Los niños de las escuelas elementales socialistas, 1934-1940 / **58**
DESDE HOY
EUGENIA MEYER
¿Festejar o conmemorar la Revolución? / **64**
DESDE AYER
Miradas extranjeras / **68**
El 20 de noviembre en el siglo XX y el XXI / **78**
CUENTO
ALFREDO VARGAS
La celada / **80**
ARTE
LAURA GONZÁLEZ MATUTE
Diego Rivera y el cubismo del Anáhuac / **84**
TESTIMONIO
Zapata en la memoria de su gente / Proyecto de Historia Oral del Instituto Mora / entrevistas seleccionadas por Eva Salgado Andrade / **90**
Créditos / **96**

Editorial

Este número está dedicado al Centenario del estallido de la Revolución Mexicana y para ello hemos reunido varios escritos con temas e interpretaciones novedosas, así como imágenes y testimonios poco conocidos o recién descubiertos.

La revolución iniciada en 1910 dejó sentir sus efectos sobre todos los habitantes de nuestro país, si bien de manera desigual, y después de que concluyó la etapa armada una década después, durante los años de reconstrucción e incluso hasta hoy, los mexicanos hemos tenido que enfrentar sus resultados –positivos para unos, negativos para otros.

Hubo entonces, sin duda, grandes hombres –de sobra conocidos–, que tuvieron un papel definitivo, si bien aquí no vemos a Madero, Carranza, Zapata, Villa, Obregón y otros como monumentos intocables, sino como hombres de carne y hueso que sentían, amaban, sufrían, odiaban, se reían… Así lo muestran Luis Barrón en su escrito sobre Venustiano Carranza, los textos que forman las "Miradas extranjeras" y el cuento de Alfredo Vargas sobre el asesinato del Centauro del Norte.

Una revolución con las dimensiones de la nuestra fue, en realidad, la suma de muchas revoluciones que expresaron las necesidades individuales y regionales de ese mosaico social que era y es México. Griselda Zárate nos habla de las hermanas Villarreal, que debieron exiliarse para seguir en Estados Unidos la lucha contra la dictadura; Javier Rico de que Octavio Paz Solórzano dejó una existencia muy hecha para ir al sur a luchar por los campesinos; Alberto del Castillo de un intelectual del rango de Isidro Fabela, que hizo lo mismo para pelear en el norte con los constitucionalistas mientras que seres anónimos –de quienes ni siquiera sabemos el nombre– descifraban y enviaban en clave los mensajes de sus superiores, como relata José de J. Ángel–, o expresa Eva Salgado al dirigir el coro zapatista que deja muy en claro que esos seres sin nombre decidieron cambiar su destino.

Por su parte, viajamos al sureste con Diana Guillén y Marisa Pérez, donde, si bien el movimiento revolucionario se demoró, provocó un cambio profundo. Diana Guillén deja ver cómo los sucesos –aún de índole muy privada– pueden provocar otros de carácter externo o ser afectados por ellos al invitarnos a la boda de su abuela en Chiapa de Corzo; y Marisa Pérez nos lleva al Yucatán de los años veinte a ser testigos del experimento socialista de los gobiernos de Salvador Alvarado y Felipe Carrillo Puerto, que dieron un giro completo a la historia local. Aunque, si de experimentos se trata, la invitación de Alfredo Pureco a trasladarnos a la Tierra Caliente de Michoacán y conocer allí las utopías puestas en práctica en el Porfiriato por Dante Cusi en las fincas Lombardía y Nueva Italia y, más tarde, por el presidente Cárdenas al decretar la colectivización de esas mismas tierras nos sorprende gratamente.

Sí, nuestra Revolución trastornó la vida de nuestros padres y abuelos. Aun de aquellos que estaban lejos –explica Laura González–, como el joven pintor Diego Rivera, que dejó la huella de su México en los cuadros que pintó en Europa; o quienes aún no habían nacido, como los niños del cardenismo que asistieron a escuelas con programas y libros socialistas descritos por Elvia Montes de Oca; o nosotros mismos, beneficiarios o víctimas de sus premisas y resultados, como muestran las páginas dedicadas a la ceremonia del 20 de noviembre, hoy y ayer recurso para justificar proyectos políticos. Así lo plantea Eugenia Meyer al preguntarse si hay que "festejar o conmemorar" el acontecimiento y responder que lo debido es estudiarlo. Tiene razón; sólo así podremos valorar sus alcances y resolver sus deficiencias. Es justamente por eso que *BiCentenario. El ayer y hoy de México* ofrece a sus lectores esta serie de textos para que juntos estudiemos y pensemos nuestra Revolución.

Ana Rosa Suárez Argüello
Instituto Mora

CORREO DEL LECTOR

CARTAS

Felicito a Carlos Domínguez por su artículo sobre el agua (# 8). Me parece también que el agua es un problema para el DF. ¿Cómo puede estar tan contaminada con tantas represas? Está mal que, al no haber un buen lugar para tratarla, tantos deban comprarla.

¿Creen que algún día se resuelva esto?

Marisol Espinoza Reyes

Mi opinión es que el problema sólo se resolverá si el gobierno, la sociedad civil y las empresas colaboran activamente en reducir la cantidad de agua que se emplea. La pregunta que debemos hacernos es: ¿qué hago yo para ahorrarla?

Carlos Domínguez

Me gustó "Un ángel para la nación",

pues deja claro que el monumento a la Independencia de 1910 fue el último intento de construirlo. Pero no coincido con la idea de que el proyecto de Lorenzo de la Hidalga fue copiado por Antonio Rivas Mercado, quien aportó mucho a nuestro "Ángel".

Teresa Rodríguez, estudiante de historia, UNAM

Estimada Teresa:

Si lees con cuidado, verás que lo que digo es que Rivas Mercado tomó elementos de De la Hidalga, pero que esto no restó originalidad a su obra. Él revisó con cuidado todos los proyectos previos, tomándolos como referencia e inspiración. Gracias. *Ana Buriano*

CONSULTAS

Soy estudiante de la carrera de gastronomía en Querétaro, quería pedirles que me sugirieran algunos libros sobre la repostería virreinal. *Aspirante a chef*

La Dra. Enriqueta Quiroz, historiadora del Instituto Mora, te recomienda los libros de Carlos Zolla, *Elogio del dulce, Ensayo sobre la dulcería mexicana* (FCE, 1996); Horacio Crespo, *Historia del azúcar en México* (FCE, 1989-1990, 2 t.) y *Recetario mexiquense* de Dominga de Guzmán (Conaculta, 1999).

Enseño en un jardín de niños. Disponemos una instalación para que los alumnos puedan comparar cómo eran la escuela, los materiales y los juegos de hace 100 años. ¿Me pueden sugerir una lectura?

Profesor mexicano

¡Felicidades por la idea! Vea la tesis de Leticia Cárdenas, titulada *Del* kindergarten *al jardín de niños en México. Educación, género y modernidad en el cambio de siglo* (1903-1928) (UNAM, 2005), http://132.248.9.9:8080/tesdig/Procesados_TESTDF/0342321/Index.html

POR AMOR A LA HISTORIA

Don Cecilio Sánchez Garduño, nacido en 1942 en El Pueblito, Querétaro, ha organizado con cuidado y una gran paciencia la "Galería del Recuerdo", instalada en la Rectoría general de la Universidad Autónoma de Querétaro, donde ha reunido recortes de periódico,

fotografías y objetos varios relativos a las distintas etapas de la historia institucional. Todo aquél que haya pasado por estas aulas universitarias reconoce la gran labor de don Cecilio.

¿SABÍAS QUÉ?

El autor de la tecnología que ha revolucionado el mundo editorial en los últimos años se llama Víctor Celorio y nació en el DF en 1957. Fue gran lector desde pequeño; al crecer, se percató de que faltaban librerías en México y que internet podría ayudar a resolver el problema. Así, desarrolló dos técnicas: *Print on Demand* e *Impresión distribuida*, esto es que, como la distribución masiva de libros es algo lleno de obstáculos, lo mejor es producir libros electrónicos que puedan ser enviados a tantos lectores y centros de impresión como sean precisos para su lectura y/o procesamiento y entrega inmediata, formando una gran red de lectores, librerías y bibliotecas digitales.

RELOJ DE ARENA

20 de noviembre de 1960. Una manifestación de estudiantes de la Universidad de Guerrero, con el apoyo de diversos sectores de la población, demanda la autonomía de su institución. El movimiento culmina con la muerte de unas 20 personas por tropas del ejército a fines de año y la caída del gobierno del estado.

20 de noviembre de 1910. Madero cruza la frontera entre México y Estados Unidos para iniciar la lucha en Ciudad Porfirio Díaz (hoy Piedras Negras, Coahuila), pero fracasa y regresa a EU. Sin embargo, la lucha cobra vigor durante las semanas siguientes.

20 de noviembre de 1860. Persuadido de que no tiene futuro el tratado que el año anterior firmó con Melchor Ocampo, secretario de Relaciones del gobierno liberal de Benito Juárez, Robert M. McLane, ministro de Estados Unidos en Veracruz, renuncia.

20 de noviembre de 1810. Sin recibir respuesta a las cartas que ha dirigido a Hidalgo, Allende le escribe de nuevo, expresándole su recelo de que, cuando llegue a Guadalajara y reúna recursos, marche a San Blas, se haga de un barco y deje a todos en "*el desorden causado por Ud.*" Amenaza con separarse también de todo, "*mas no de la justa venganza personal*"

RECUERDO DE VIAJE

Desgraciado "Güero":
A pesar de que no me has contestado, te envío estas líneas en una postal de las que a ti te gustan. Ya veo que trasladaste tus reales a la aurífera ciudad, en donde moran los hermanos "Capity". Yo sigo dándole vuelo a la hilacha. Adiós.

Evaristo

Berlín, 14 de junio 1927.

Dos hermanas revolucionarias

Andrea y Teresa Villarreal

Griselda Zárate

Tecnológico de Monterrey

Mujeres somos;

pero no hemos sentido flaquezas que nos empujen a abandonar la pelea. Mientras más punzante era el dolor que nos hería, más se acrecentaba el cariño que profesamos a la causa de la libertad.

Andrea y Teresa Villarreal, "¿Qué hacéis aquí hombres? Volad, volad al campo de batalla." enero de 1911.

Hace algunos años supe de la existencia de dos valientes mujeres mexicanas: las hermanas Andrea y Teresa Villarreal González. Originarias de Lampazos, Nuevo León, formaron parte de una generación revolucionaria que luchó por los ideales de justicia e igualdad social en una época tumultuosa y de grandes cambios para nuestro país. Fueron miembros activos del grupo magonista durante su exilio en Estados Unidos. Desconocidas en la actualidad, y, sin reconocimiento por su importante labor contra la dictadura de Porfirio Díaz, ambas escritoras revolucionarias firmaron su nombre en la historia de México con letras de oro. El presente escrito pretende honrar su memoria y dar a conocer a las generaciones contemporáneas sus ideas y algunos de los puntos más relevantes de su vida revolucionaria.

Situada aproximadamente a 170 km al norte de Monterrey, la actual ciudad de Lampazos de Naranjo sirvió desde su fundación en 1698 como un enclave estratégico para salvaguardar el avance militar en la frontera de la entonces Nueva España. Durante los siglos XVIII y XIX, Lampazos se convirtió en un gran centro ganadero y minero, lo que llevó abundancia y prosperidad a sus habitantes. A partir del siglo XIX se le reconoció como tierra de hombres ilustres por el gran número de personajes que nacieron en ella, entre otros Juan Ignacio Ramón y Juan Zuazua –antepasado de la familia Villarreal González–, quienes participaron en la lucha por la independencia de México, y Francisco Naranjo, héroe de la guerra de Reforma y de la Intervención francesa, a quien se le otorgó el honor de poner su apellido al pueblo. También Antonio I. Villarreal, hermano de las escritoras.

Provenientes de una familia de hondo arraigo en la región lampacense desde finales del siglo XVIII, Andrea (1881) y Teresa (1883), al igual que sus hermanos Antonio Irineo (1879), Próspero (1882) y Alfonso (1886), estuvieron expuestas durante su niñez y temprana juventud a un ambiente cultural pleno de principios liberales y progresistas, como por ejemplo la petición del voto femenino que proclamaba el ingeniero Francisco Naranjo, hijo, a través del periódico *El Lampacense*, en noviembre de 1891. La participación en 1887 de su padre, Próspero Villarreal Zuazua, en la fundación de la Sociedad de Obreros de Lampazos sentó en parte las bases del futuro activismo político de Andrea y Teresa Villarreal, al igual que su hermano Antonio Irineo, debido al temprano contacto que tuvieron con los problemas sociales, que incluían, entre otros, el derecho de los obreros a condiciones de trabajo más justas y el cuestionamiento del orden imperante, en especial del gobierno federal.

Este tipo de ideas de avanzada tendieron un lazo hacia ideas similares en otras partes de México, como por ejemplo, en San Luis Potosí donde Camilo Arriaga denunció en agosto de 1900, a través del manifiesto "Invitación al Partido Libe-

Teresa Villarreal.

(Izq.) Andrea Villarreal (1920).

Antonio I. Villarreal.

ral", el clericalismo del régimen de Porfirio Díaz que contravenía las leyes de Reforma. Este hecho originó la formación de clubes liberales en muchos puntos del país, y también su represión por constituirse en foros de oposición al gobierno de Díaz. El Club Liberal de Lampazos fue disuelto en abril de 1901, sus líderes encarcelados y perseguidos sus integrantes por órdenes del general Bernardo Reyes.

Estas medidas represivas llevaron a Andrea y Teresa, a su padre y a sus hermanos al exilio en Estados Unidos. Tras una breve estancia en San Antonio, Texas, se instalaron en febrero de 1905 en St. Louis, Missouri, aprovechando la coyuntura de la Exposición Universal y debido también a que el hermano menor, Alfonso, se encontraba allá. El 10 de septiembre de 1905, el periódico *St. Louis Post Dispatch* menciona que en esa ciudad había un numeroso grupo de revolucionarios de diferentes nacionalidades, chinos, polacos, irlandeses, alemanes, además de turcos, españoles y latinoamericanos, a los que se sumaba la comunidad mexicana de exiliados y, entre ellos, la familia Villarreal González, los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón y otros disidentes políticos. Esta atmósfera propició las relaciones amistosas con organizaciones estadunidenses con las cuales compartían intereses, tales como el Partido Socialista, la Federación Americana del Trabajo (AFL) y los Trabajadores Industriales del Mundo (IWW). Los miembros de la Junta Revolucionaria Mexicana –nombre con que se conoció a la comunidad de refugiados políticos– tenían conocimiento de las publicaciones de estos organismos, como la revista *Appeal to Reason*, de donde probablemente Andrea Villarreal tomó el artículo "Liberty for the Refugees who are Prisoners" ("Libertad para los refugiados que están prisioneros") de Eugene V. Debs, presidente del Partido Socialista estadunidense y lo tradujo al español para los lectores del periódico *La Estrella*, de San Antonio, en 1909.

MEXICANS BROUGHT HERE FOR TRIAL

Alleged Members of Revolutionary Junta to Have a Federal Hearing.

STARTED FOR EUROPE

Women Say One of Them Said to Be Arrested Is Probably Abroad.

Aaron Lopez Manzano and a man believed to be Liberado Rivera, alleged members of the Mexican revolutionary junta in St. Louis, arrived at noon from Ironton, where they have been in jail, in custody of Deputy United States Marshal Wild.

Manzano is to be given a hearing before Commissioner Mersey on a charge of violating the postal laws in taking from a private box a letter addressed to another member of the junta. Rivera is wanted in Mexico on charges of robbery and murder and will have a hearing preliminary to extradition.

Does Not Think He Is Rivera.

Senorita Andrea Villarreal Gonzalez, speaking for the Mexican colony on Convent street, said to a Post-Dispatch reporter Thursday that she did not know whether the man arrested by the Federal authorities here is Librado Rivera or not. The junta issued the revolutionary paper "Regeneracion" on Lafayette avenue.

"All I know about the arrest," said the Senorita who speaks English fairly well, "is what I have seen in the papers. I know that Rivera left St. Louis three months ago with my brother and the other members of the junta.

"They said they were going to Europe. Now a man is arrested here who says he is not Rivera but Coco of Argentine. I do not know, because I haven't seen him. But I do not think it is Rivera; in fact I am quite sure it is not."

The Senorita said this in connection with the statements that had been printed to the effect that the members of the Mexican colony had positive proof that the man arrested was not Rivera.

In the Mexican colony on Convent street there remain five women, three children and an old man who came here to help support his sisters when the junta leaders fled. They are living in the most economical manner possible, as their funds have about given out.

Woman Has Spirit.

But they have still their spirit. The two Gonzalez sisters Thursday spoke eloquently of what they characterize as the persecution of the junta leader. Andrea, the eldest of the sisters, said that she would not go back to Mexico until conditions were changed there.

"We can't speak the truth in Mexico," she said, "and consequently until they let us do it there we are going to stay here and tell everyone here what is the truth.

"There is not any truth in these charges the Government of Diaz has made against Rivera. He never murdered any one. When he was in Mexico he was a quiet school teacher. All they want is to get him back to Mexico and there they will imprison him for a long time, as they have imprisoned other members of the junta.

"But we know that we can get a fair trial here in the United States. That is why we are fighting against going back. And we are going to fight to—all of us. Why, look at this boy," here the Senorita brought forward a sturdy little chap some 8 years old, "this is Rivera's son. He has his father's spirit. He is very young, but he keeps his ears not closed, and only yesterday he said that if the Mexican Government killed his father he would get an army when he grew up and go to kill Diaz.

"My brother, Prospero Villareal, is with us now. He cannot speak English, but he came up here to help support us when all the other men left. But he cannot find much work to do except working in the streets."

The senorita is evidently a woman of some education. She showed the reporter several poems clipped from Mexican magazines over her name.

ASKS CLEMENTS TO RESIGN.

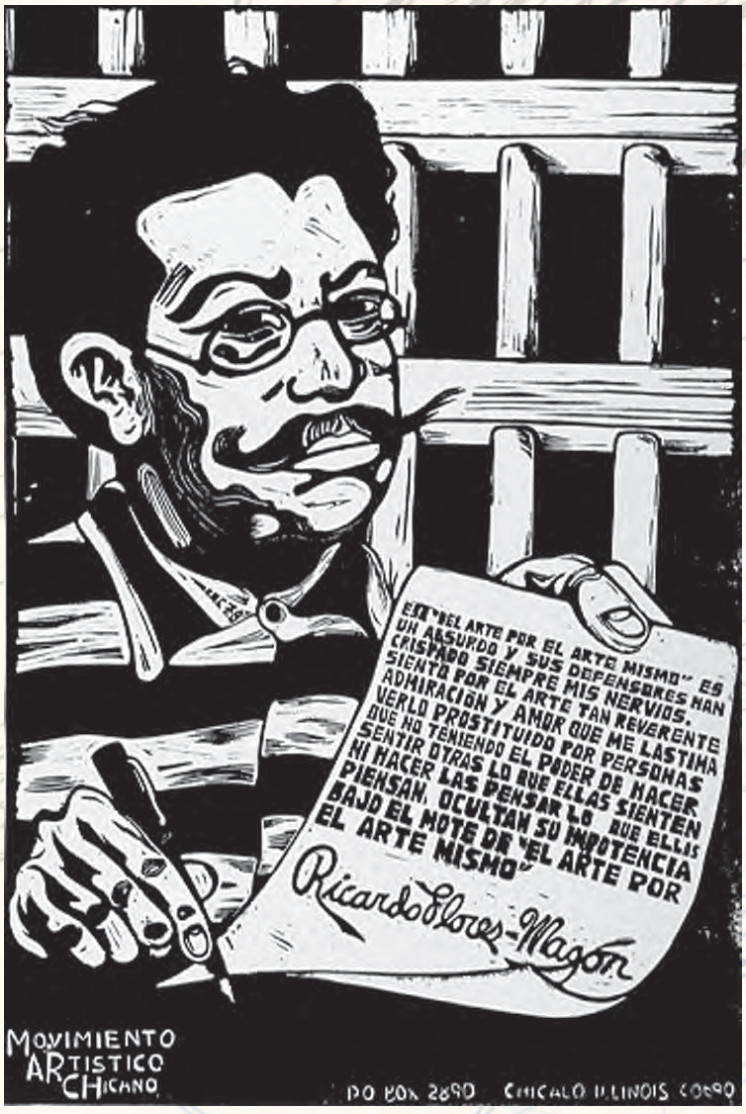
Trade Congress Resolution

(Der.) En el "St. Louis Dispatch" (noviembre 22 1906).

Durante su permanencia en St. Louis, la Junta Revolucionaria Mexicana tuvo varias direcciones: recién llegados, en el número 107 de la avenida North Channing, luego en el número 2645 de la avenida Lafayette, más tarde se instalaron en la calle Covent, y por último, como refiere el periódico *The New York*

Times en junio de 1908, en el ático de un miserable edificio en el número 1014 de la calle North Tenth, en uno de los barrios más pobres de la ciudad. Las condiciones de su vida en el exilio eran muy precarias y apenas les permitían subsistir. No compaginaban con la efervescencia de las ideas políticas de las dos hermanas revolucionarias, quienes además sufrían el acoso de los espías contratados por el gobierno de Porfirio Díaz, como Thomas Furlong, y los agentes secretos, Joseph Priest y el capitán Coy, del Departamento de Estado del gobierno del presidente Theodore Roosevelt.

Este espionaje derivó en la aprehensión de Antonio I. Villarreal en 1906, por las autoridades de inmigración estadunidenses en El Paso, Texas, hecho que desencadenó una intensa campaña en su defensa por parte de Andrea y Teresa. Las revolucionarias enviaron cartas a los periódicos para apoyar a su hermano, incluyendo una carta y un telegrama al presidente Roosevelt, abogando por la libertad de Antonio. El 19 noviembre de 1906, las hermanas escribían en el periódico *St. Louis Republic*: "¿Su Excelencia nos dará la certeza de una investigación justa? Solicitamos justicia, y no piedad, y creemos que podemos obtenerla del presidente de los Estados Unidos, pero no en México". Ese mismo mes, el *St. Louis Post Dispatch* publicó sus fotografías en el artículo "Mexican Women Who Are Fighting the Government" ("Mujeres mexicanas que combaten al gobierno"), aludiendo al acoso que sufrían. Allí se destacan las declaraciones de las dos revolucionarias: "Las dos hermanas [Villarreal] González hablaron elocuentemente de lo que ellas caracterizan como la persecución del jefe de la junta. Andrea, la mayor de las hermanas, dijo que no regresaría a México hasta que las condiciones cambiaran allá".

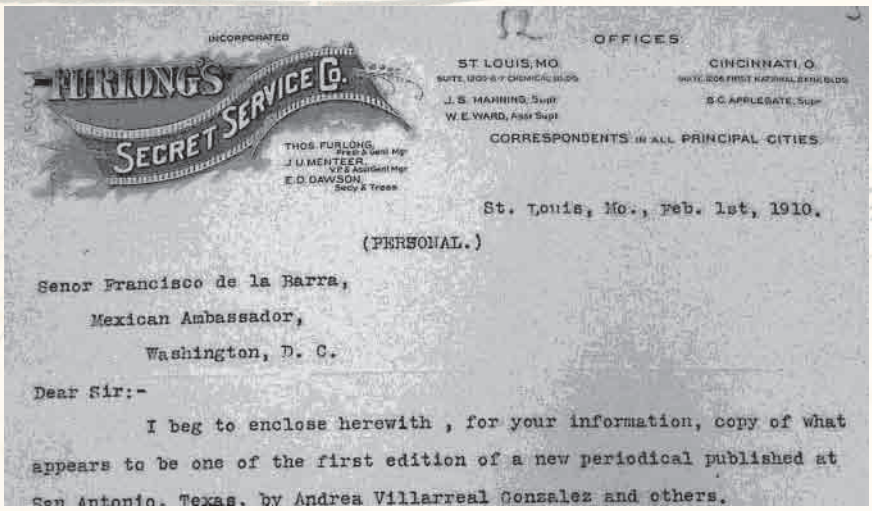


Ricardo Flores Magón.

Ambas tenían razón; había una persecución implacable por parte del gobierno de Porfirio Díaz no sólo en México, sino en Estados Unidos con ayuda de las autoridades de este país. Juan Sarabia, otro miembro importante de la Junta Revolucionaria fue secuestrado en El Paso en 1907, y llevado a través de la frontera hasta la cárcel de San Juan de Ulúa. En febrero de ese año, el *St. Louis Post Dispatch* reprodujo una caricatura de Andrea Villarreal amenazando al presidente Díaz, junto a una nota manuscrita de la autora cuyas palabras traducidas al español dicen: "Si Juan Sarabia perece, el Partido Liberal matará a Porfirio Díaz. Es justo. Andrea Villarreal González".

Después de Sarabia, en agosto de 1907 fueron aprehendidos en Los Ángeles, California, bajo los cargos de conspiración, Ricardo Flores Magón, Librado Rivera y Antonio I. Villarreal –este último había escapado, a principios del año, de las autoridades de inmigración en El Paso. Los tres revolucionarios estuvieron en la cárcel hasta agosto de 1910, cuando fueron puestos en libertad en Yuma, Arizona, a donde habían sido trasladados desde Los Ángeles. Esto llevó a Andrea y Teresa a que, en compañía de su padre, Próspero Villarreal, se mudaran de St. Louis, en el verano de 1908, primero hacia San Antonio y después a Phoenix, para estar más cerca de su hermano e hijo Antonio, y también de Ricardo Flores Magón y Librado Rivera, a fin de seguir su proceso legal y brindarles su ayuda.

Tomando una actitud más beligerante, Andrea Villarreal, la más militante de las dos hermanas, decidió participar en el levantamiento armado del 26 de junio de 1908, en el poblado de Las Vacas, Coahuila (actualmente Ciudad Acuña), llevando armas y municiones a los rebeldes. Eventos como los anteriores que denotaban su intrepidez y convicción, así como sus habilidades de oratoria, originaron que un reportero del *San Antonio Light and Gazette* se refiriera a ella como a la "Juana de Arco" mexicana, en un artículo publicado el 18 de agosto de 1909. Por su parte, Luella Twining, periodista de una revista de Chicago y relacionada con los IWW, la denominó la "Santa de la Re-


INCORPORATED

FURLONG'S SECRET SERVICE CO.

THOS. FURLONG, Pres. & Gen'l Mgr.
J. U. MENTEER, V.P. & Asst. Gen'l Mgr.
E. O. DAWSON, Sec'y & Treas.

OFFICES

ST. LOUIS, MO. SUITE, 1203-5-7 CHEMICAL BLDG.
J. S. MANNING, Supt.
W. E. WARD, Asst. Supt.

CINCINNATI, O. SUITE, 506 FIRST NATIONAL BANK BLDG.
S. C. APPLEGATE, Supt.

CORRESPONDENTS IN ALL PRINCIPAL CITIES.

St. Louis, Mo., Feb. 1st, 1910.

(PERSONAL.)

Senor Francisco de la Barra,
Mexican Ambassador,
Washington, D. C.

Dear Sir:-

I beg to enclose herewith , for your information, copy of what appears to be one of the first edition of a new periodical published at San Antonio, Texas, by Andrea Villarreal Gonzalez and others.

Informe de T. Furlong al embajador mexicano (fragmento).

volución".

Ya fuera la "Juana de Arco" mexicana o la "Santa de la Revolución", lo cierto es que la labor revolucionaria de Andrea Villarreal contra la tiranía se había iniciado en Lampazos desde 1903 cuando enviaba sus colaboraciones al periódico de combate *Vésper*, editado por Juana Belén Gutiérrez de Mendoza en la ciudad de México. En Estados Unidos, sus contribuciones a la prensa en español se extendieron por varios años. Por ejemplo, en el periódico *Reforma, Libertad y Justicia,* de McAlester, Oklahoma, Andrea publicó en septiembre de 1908, el artículo "¡Pueblo Rebelde, Adelante!", el cual terminó con estas palabras:

Bien hacen nuestros honorables gobernantes en pedir auxilio al no menos honorable (y tan honorable como intruso) Teodoro Roosevelt, pues nuestros BANDIDOS (que al decir de un periódico mexicano no llegan á trescientos) pueden estar seguros de que son numerosos y que han tomado como suyas aquellas hermosas palabras de Carl Marx: "dadme la libertad ó dadme la muerte".

Andrea publicó este mismo artículo, "¡Pueblo Rebelde, Adelante!", en noviembre de 1908 en el periódico *El Progreso* de San Antonio. Además de las traducciones al español para *La Estrella*, también contribuyó con escritos propios, como "Forward and We Will Triumph" ("Adelante y triunfaremos") de 1909, del cual solamente se ha recuperado la versión en inglés hecha por el cónsul Luther Ellsworth, de Ciudad Porfirio Díaz (hoy Piedras Negras, Coahuila).

Andrea fundó allí mismo el periódico militante *Mujer Moderna* en diciembre de 1909, dedicado a la evolución de la mujer, los derechos de los oprimidos y los migrantes mexicanos en Estados Unidos. Si hoy se cuenta solamente con un ejemplar de *Mujer Moderna*, se debe al espionaje al que fueron sometidas ambas hermanas, así como los otros miembros de la Junta Revolucionaria por parte de Thomas Furlong, quien se lo envió al

Fichas policiacas de Ricardo Flores Magón (1906) y Juan Sarabia (1907).

embajador mexicano Francisco León de la Barra en Washington D.C., acompañado de una carta: *St. Louis, Mo., 1º de febrero de 1910... Estimado señor: Le ruego encuentre adjunto, para su información, copia de lo que parece ser la primera edición de una revista publicada en San Antonio, Texas, por Andrea Villarreal y otras.*

Al igual que su hermana mayor, Teresa contribuyó a la causa de la revolución con sus escritos. En 1910 fundó en San Antonio *El Obrero*: "revista independiente que defiende los derechos de la clase trabajadora". Allí publicó "El Partido Anti-Reeleccionista" en diciembre de 1910, donde mencionaba que:

Debemos aspirar al mejoramiento económico de las masas si queremos que México figure como un pueblo culto entre las naciones del mundo civilizado. Esa debe ser la aspiración que nos aliente a todos en la lucha contra la Dictadura actual. Luchemos en pro de la civilización y el adelanto moral y material del proletariado mexicano.

En *Regeneración*, el periódico publicado por Ricardo Flores Magón, en su cuarta etapa en Los Ángeles, Andrea y Teresa publicaron "¿Qué hacéis aquí hombres? Volad, volad al campo de batalla", en enero de 1911. Entre los escritos de Andrea puede señalarse el fragmento del poema "Puebla", único texto poético que se ha recuperado de las postales revolucionarias que circularon entre la comunidad mexicana y que se anunciaban en *Regeneración*:

¡Oh, azteca raza luchadora y fiera!
A reclamar tu puesto y tu derecho
Irás ahí do el esclavista impera
Y entregarás tu enfurecido pecho:
Raza por todo sufrimiento herida
Que al fin has comprendido heroica y brava,
Que es mejor al tirano dar la vida
¡Qué prolongarla para ser su esclava!

Ideas como las anteriores condujeron a las dos hermanas revolucionarias a organizarse con otras mujeres exiliadas para realizar colectas y otras actividades en beneficio de los mexicanos insurgentes apresados en Estados Unidos a través del Club Leona Vicario de San Antonio, con el fin de llevarles comida y apoyo.

A raíz de las diferencias ideológicas entre su hermano Antonio y Ricardo Flores Magón en 1911, ambas escritoras se separaron de la vertiente radical magonista. Regresaron a México junto con su hermano Antonio y su padre, y se instalaron en la ciudad de México. En noviembre de ese mismo año, Andrea y otras mujeres recién llegadas del exilio escribieron el artículo "La mujer mexicana surge á la vida del progreso. Se funda una importante agrupación", en el *Diario del hogar*, en el cual daban a conocer la fundación del Club Femenil Sufragista para solicitar al presidente Francisco I. Madero el derecho al voto para la mujer mexicana.

La labor de Andrea y Teresa Villarreal como mujeres revolucionarias ha sido olvidada, pese a sus méritos, como ha sucedido con la de otras mujeres mexicanas. Sus acciones por la causa de la libertad y la igualdad en nuestro país han quedado abandonadas por la historia, igual que su batalla en favor de los derechos de los obreros y los migrantes mexicanos en Estados Unidos.

A petición de Andrea Villarreal, su primo Antonio Vázquez Villarreal, en calidad de veterano de la Revolución Mexicana, envió una carta en 1951 a la Secretaría de la Defensa apoyando su solicitud para adquirir el estatus de veterana. En el texto mencionaba su participación en el levantamiento armado de Las Vacas, Coahuila, así como su colaboración para propagar las ideas libertarias contra la dictadura del régimen de Díaz en numerosos periódicos tanto en México como en Estados Unidos. Andrea Villarreal jamás recibió este reconocimiento y no obstante su activa participación en la Revolución Mexicana no existe un expediente suyo en la Secretaría de la Defensa.

En unas pocas páginas he tratado de mostrar la hondura de los ideales de Andrea y Teresa Villarreal, dos valientes mujeres mexicanas, quienes a pesar de su condición, o quizá por ello mismo, no sintieron miedo para pelear por la causa de la libertad. "Mujeres somos" dijeron un día de enero de 1911 y agregaron "pero no hemos sentido flaquezas que nos empujen á abandonar la pelea... más se acrecentaba el cariño que profesamos á la causa de la libertad". Andrea murió en 1963 y Teresa falleció en 1949 pero sus palabras todavía no, siguen tan vivas como cuando las escribieron en 1911.

Andrea Villarreal a los 80 años ca.

PARA SABER MÁS:

Thomas Furlong, *Fifty Years a Detective*, St. Louis, C.E. Barnett, 1912, en http://www.archive.org/stream/fiftyyearsdetect00furl#page/138/mode/2up/search/flores+magon

Ana Lau, "Todas contra la dictadura: Las precursoras", en *Proceso Bi-Centenario. La mujer en la Revolución*, junio 2009, núm. 3, pp. 5-11.

Erasmo Enrique Torres López, "Buscando a Andrea Villarreal", en *Memoria. IV Congreso de Historia Municipal del Noreste Mexicano*, Vol. II, Monterrey, SNHGE / UANL, 2008, pp. 247-264.

Andrea y Teresa Villarreal, "¿Qué hacéis aquí hombres? Volad, volad al campo de batalla", en *Regeneración* (Los Ángeles, California), 21 de enero de 1911, en http://www.archivomagon.net/Periodico/*Regeneracion*/CuartaEpoca/PDF/e4n21.pdf

Leonor Villegas de Magnon, *La rebelde,* Houston, Arte Público / Conaculta, 2004.

Venustiano Carranza:
entre la historia y la imaginación

Luis Barrón
CIDE

A 100 años del inicio de la Revolución, todavía prevalecen muchos mitos alrededor del llamado Varón de Cuatro Ciénegas y las fotografías que usualmente se difunden han fijado en nuestra imaginación colectiva la efigie de un político gris, poco carismático, autoritario… casi la de una estatua inhumana. Venustiano Carranza fue, sin lugar a dudas, la figura pública más importante en México durante la violenta década de la Revolución (1910-1920); el único de sus protagonistas principales que vivió y sostuvo su influencia política durante toda la década y el único líder que logró articular un movimiento militar con un plan político nacional: dentro de lo que podría llamarse "constitucionalismo", logró incorporar varias de las propuestas de los diferentes líderes y grupos revolucionarios. No es que compartiera las demandas ni los proyectos, mucho más radicales, de Francisco Villa o Emiliano Zapata; tampoco que fuese un demócrata, como lo había sido el presidente Francisco I. Madero; o que se considerara a sí mismo heredero de grupos precursores de la Revolución, como los hermanos Flores Magón y los militantes del Partido Liberal Mexicano, por dar algunos ejemplos. Sin embargo, desde antes de que comenzara la Revolución, Carranza era ya un político profesional con amplia experiencia, que poseía las habilidades necesarias para integrar en un proyecto nacional muchas de las demandas que surgirían durante la lucha armada.

Algunos historiadores han hecho contribuciones valiosas, pero no han analizado cuidadosamente la vida temprana ni la carrera de Carranza antes de la Revolución, y aunque la historiografía sobre el tema es abundante, prevalece la idea de que fue un rico hacendado del norte, un político conservador que nunca apoyó a Madero, que asesinó a Zapata, que traicionó a Villa y que impidió que se aplicaran las disposiciones más radicales de la Constitución. Prevalece también la imagen de que su gobierno constitucional (1917-1920) fue o bien anárquico, o sólo un interludio conservador entre la lucha democrática de Madero y los regímenes revolucionarios de los años veinte y treinta. En la historiografía de la Revolución, Carranza es, en un extremo, el conservador oportunista que aprovechó la revolución de Madero para establecer su liderazgo y que hizo a un lado los proyectos más populares de Villa y Zapata; en el otro extremo, el revolucionario nacionalista que "salvó" la fallida revolución de Madero.

Carranza hacia 1917.

El hecho es que ni fue hacendado, ni tampoco miembro distinguido –ni siquiera importante– de la élite económica de Coahuila durante el Porfiriato; pero tampoco era un revolucionario. Fue un político formado durante el Porfiriato, aunque no un seguidor incondicional de Porfirio Díaz, como sí eran el general Bernardo Reyes, el ministro de Hacienda José Yves Limantour o gobernadores como Próspero Cahuantzi de Tlaxcala o Teodoro Dehesa de Veracruz –que llegaron al poder gracias a Díaz y que se fueron con él–. Carranza fue un político porfiriano que no se distinguió por buscar la transformación revolucionaria de la sociedad o del sistema político en México. En lo que sí resultó excepcional fue en su visión para aprovechar las circunstancias extraordinarias, que primero le permitieron entrar a la política local en Cuatro Ciénegas; después convertirse en un líder regional y, finalmente, en el jefe máximo

El senador Venustiano Carranza (1890 ca.).

e indiscutible de la Revolución después del golpe de Estado que costó la vida a Madero.

Algunos historiadores han asumido que Carranza fue "derrotado" por el Congreso Constituyente de 1916-1917, que él mismo convocó y que, como resultado, se negó a poner en práctica las cláusulas más radicales de la Constitución, como los artículos 27 y 123. Pero si se analizan su juventud, su educación liberal y su participación política antes de 1910, se entiende mejor su programa de gobierno en Coahuila, la propuesta de reformas a la constitución local y a la Constitución de 1857 y el por qué no se puede decir que rechazó la puesta en práctica de la legislación radical agraria y del trabajo. Es erróneo decir que se opuso a que se redistribuyera la tierra cuando él promulgó la Ley Agraria del 6 de enero de 1915, en la que reconocía el problema como una causa fundamental de la Revolución y establecía como acto de elemental justicia devolver a los pueblos los terrenos que los terratenientes les habían despojado: se trata, decía, de dar la "tierra a la población rural miserable que hoy carece de ella, para que pueda desarrollar plenamente su derecho a la vida y librarse de la servidumbre". En cuanto a la Constitución, les dijo a los diputados constituyentes en Querétaro: "Del éxito o fracaso de esta Constitución seremos responsables tanto ustedes como yo, así como los constituyentes de 1857", aunque aceptó que, en su visión, en algunos puntos se había ido más allá de las fronteras de nuestro medio social.

En nuestra imaginación colectiva –y en la imagen que se tiene de México en el mundo– Emiliano Zapata y Francisco Villa son las figuras centrales de la Revolución. Venustiano Carranza es un personaje relativamente menor en esa historia. No obstante, si se analizan fríamente los resultados de lo que hoy llamamos Revolución mexicana, veremos que lo que se obtuvo no fue lo que Zapata o Villa hubieran deseado, sino que, de hecho, todo lo que se logró después de 1920 fue posible gracias a lo que él construyó. ¿Por qué entonces se da esta contradicción?

A pesar de que Isidro Fabela, por ejemplo, uno de los políticos y diplomáticos más distinguidos de México en el siglo XX, decía que don Venus –como lo llamaban sus colaboradores y amigos más cercanos– era un hombre moral, honrado, con una inteligencia sagaz que le hacía ver las cosas, las circunstancias y los hombres con nitidez, para Zapata se trataba de un individuo arbitrario y de personalidad mezquina. Luis Cabrera, su

colaborador más cercano, veía a Carranza como un hombre alto, robusto, sanguíneo, que no era orador de fácil palabra, pero a quien los hechos le daban siempre la razón. Los zapatistas, en cambio, lo consideraban un mero senador porfirista políticamente obsoleto, que montaba su caballo como si estuviera sentado en un sillón. Y Gustavo Madero, hermano del presidente mártir, decía que era un viejo pachorrudo que tenía que pedir permiso a un pie para mover el otro. Quizá por cómo nos ha transmitido la historiografía estas impresiones de quienes fueron sus colaboradores y amigos o sus detractores y enemigos es que prevalecen la contradicción y el deterioro en la imagen de Carranza.

Los estudios que tenemos sobre la revolución constitucionalista no han hecho un intento serio por colocarlo en su propio contexto histórico. Y sin la comprensión de la personalidad y la vida de don Venus durante los años que precedieron a la Revolución, resulta muy difícil entender la lógica de sus decisiones políticas, que para bien o para mal dirigieron el rumbo del proceso que hoy llamamos Revolución mexicana. Carranza nació en una época en la que el país vivía convulso y sin un rumbo claro. Eran los días en los que el liberalismo mexicano del siglo XIX apenas comenzaba a afianzarse como la ideología hegemónica entre una clase política fratricida, que estaba por enfrentarse a la intervención de Francia en México y al imperio de Maximiliano. Jesús Carranza, su

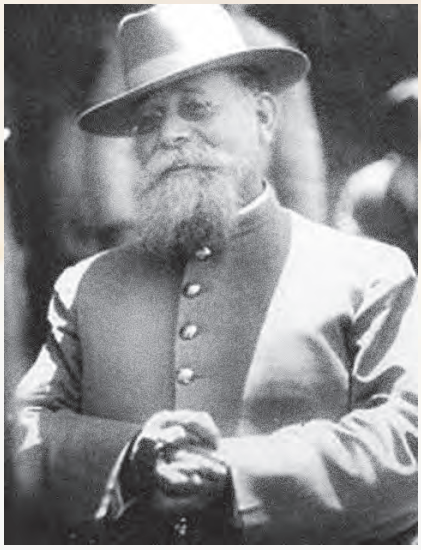
Gustavo A. Madero y Venustiano Carranza.

padre, fue un liberal militante, de quien pronto aprendió esa versión de la historia nacional: las hazañas y la grandeza de Juárez, su nacionalismo y, sobre todo, su respeto por la ley. "La primera condición para la existencia del estado" –decía– "es el orden, y el orden no puede existir allí donde no hay ley o donde es constante e impunemente violada". En el Ateneo Fuente de Saltillo y en la Escuela Nacional Preparatoria, entró en contacto con un mundo que rebasaba, por mucho, la atmósfera intelectual de su pequeño pueblo natal.

En una comida en el Desierto de los Leones.

Es por eso que sólo en el contexto de su biografía se puede comprender que don Venustiano se sumara a la revolución de Madero únicamente cuando le fue muy claro que Porfirio Díaz le había cerrado las puertas. Con todo, él fue, con bastante seguridad, el más reformista de los gobernadores maderistas y sus experiencias en el Senado y en la ciudad de México son centrales para poder explicar sus aciertos posteriores, tanto en el gobierno de Coahuila como durante la lucha contra Huerta y en el Constituyente de 1916-1917.

Como gobernador, Carranza llevó a cabo una reforma consistente con los principios del liberalismo decimonónico que aprendió desde joven; con los principios que los abogados constitucionalistas científicos impulsaron en el Porfiriato para asegurar el orden y el progreso; y con los deseos de abrir el espacio necesario en las leyes para hacer los cambios que el sistema político social de Coahuila requerían en las circunstancias que la Revolución de 1910 dejó tras de sí. Había aprendido a gobernar cuando los científicos dominaban todavía la escena política, pero cuando pudo "limpiar" ésta –al menos en su estado–, demostró que un político porfiriano podía sobrevivir a la Revolución. No fue como Madero: sus proyectos simplemente no eran los mismos. Carranza entendía muy bien que un buen político, antes que nada, sabía sobrevivir y mantenerse en el poder.



Carranza fue un puente entre el antiguo régimen y la Revolución. Como presidente, él ha sido el único en la historia de México, después de la Revolución, que nunca pudo modificar el texto constitucional que se aprobó en Querétaro; nunca pudo controlar el proceso legislativo ni las decisiones de la Suprema Corte de Justicia; tampoco pudo controlar al ejército que había liderado para derrotar a Huerta, a Villa y a Zapata; y, finalmente, le fue imposible controlar al partido político que se formó para llevarlo a la presidencia, así como el proceso sucesorio de 1919-1920, en medio del cual surgió la revuelta militar donde perdió la vida. Sin embargo, prevalece la idea de que gobernó autocráticamente; que fue otro más de los presidentes autoritarios que ha tenido México; o que, después del Congreso Constituyente de 1917, se convirtió en un presidente conservador que quiso restaurar el orden social que la Revolución había destruido.

Es cierto que don Venustiano estuvo siempre seguro de que manejar a las fuerzas armadas era esencial para sostener las riendas del país y, por lo mismo, nunca aceptó ser general, pues el ejército tenía que mantenerse siempre bajo el dominio ci-

HACIA 1920.

vil. Carranza estaba convencido de que era necesario movilizar a los sectores populares y a las clases medias de la sociedad (trabajadores, campesinos, estudiantes, mujeres y jóvenes profesionistas, por ejemplo) que durante el Porfiriato se habían mantenido al margen de la participación política, pero sin darles el poder autónomo para iniciar un cambio social y político en México. Como lo había propuesto el secretario de Educación de Porfirio Díaz, Justo Sierra, abogó por una presidencia fuerte para dirigir el cambio. Por lo tanto, nunca toleró revueltas, huelgas, organizaciones campesinas o laborales autónomas, y limitó a la prensa democrática. No quería una revolución social ni se consideraba a sí mismo revolucionario; fue un reformador nacionalista cuyo proyecto consistía en la preservación del orden social como él lo entendía: un país de grandes capitalistas y de hombres educados que pudieran dirigirlo al progreso, dejando la responsabilidad al estado de proteger la soberanía de México, moralizar a la sociedad y promover la redistribución de la riqueza por medios institucionales.

Así, organizó un ejército que nunca dudó en usar cuando se acabaron las opciones. Venció a Huerta, al igual que dirigió la lucha contra Villa y Zapata. Y cuando tuvo que confrontar la amenaza de su más prestigioso general, quien estaba dispuesto a hacer concesiones al ala radical de la Revolución, no tuvo los recursos económicos, el apoyo de Estados Unidos o el compromiso ideológico con la Revolución para frenar la caída de su gobierno. Cuando el ejército se rebeló, cuando los burócratas y el Congreso decidieron respaldar a Obregón, cuando los campesinos, los trabajadores y la sociedad civil se mantuvieron ajenos al conflicto, Carranza finalmente cayó, pero ya había dejado asentadas las bases del estado mexicano moderno.

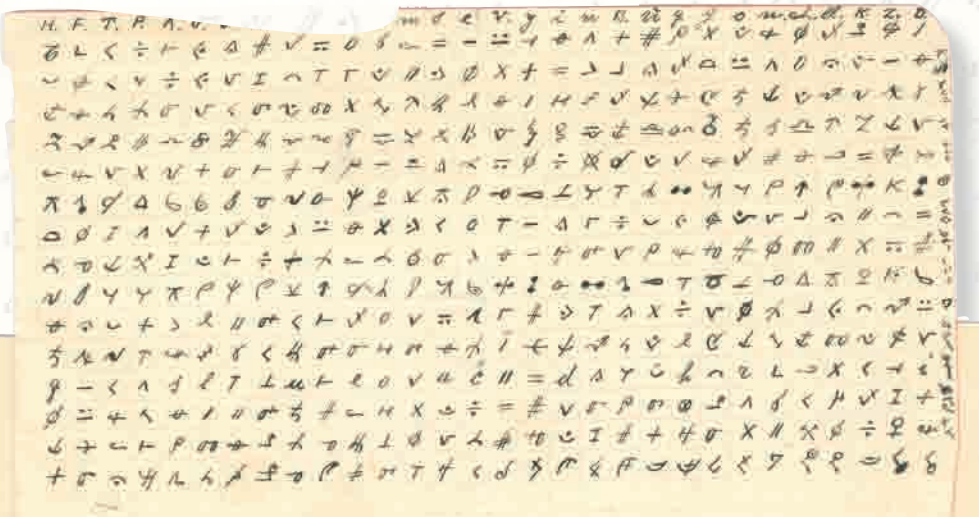
PARA SABER MÁS:

LUIS BARRÓN, *Carranza. El último reformista porfiriano,* México, Tusquets, 2009.

----------, "La clave fue Bonillas" en *Relatos e Historias en México*, julio 2010.

FERNANDO BENÍTEZ, *El rey viejo*, México, FCE, 2004.

Madero y Carranza. El Apóstol y el Varón, investigación y guión de Olga Cáceres, realización de Everardo González, México, Nuevo Siglo, 2004 (Biografías del poder). Duración: 46 minutos.



Claves Secretas De la Revolución

José de Jesús Angel Angel

Departamento de Computación del CINVESTAV

Ricardo Flores Magón y los integrantes del Partido Liberal Mexicano recurrieron con amplitud a la criptografía, pero eligieron sistemas sencillos y posi- bles de romper y los utilizaron, además, de forma errónea, esto sin duda contribuyó a su detención. Lo mismo sucedió con la mayoría de los jefes revolucionarios; según se supo años después, para los expertos estadounidenses los mensajes cifrados mexicanos que circularon entre 1913 y 1917 eran tan ingenuos y fáciles de descifrar que no garantizaron la confidencialidad de la información que deseaban proteger y ellos pudieron seguirla durante todo ese tiempo.

Ahora bien, ¿qué es la criptografía? La palabra deriva de los vocablos griegos *krypto*, que significa esconder, y *graphos*, escritura. Encriptar o cifrar un mensaje es ocultarlo en otro, de tal manera que no pueda ser comprendido por nadie que no posea la clave secreta que lo respalda. Al proceso inverso de convertir un mensaje cifrado al original escondido se le llama descifrar. Entonces, el objetivo principal de la criptografía es proporcionar confidencialidad a la información cifrando el mensaje, es decir, permitir el acceso a ella sólo a las personas autorizadas. Por otro lado, el criptoanálisis es el arte de descifrar sin el conocimiento de su clave.

La criptografía ha estado relacionada con eventos históricos de suma importancia. Un ejemplo es el del ataque de Pearl Harbor por la aviación japonesa en diciembre de 1941. Aún existen dudas acerca de si el presidente Franklin D. Roosevelt sabía del bombardeo antes de que éste tuviera lugar, pues altos funcionarios de su gobierno afirmaban haber logrado romper el código secreto japonés *Purple*. A lo que sí coadyuvó el bombardeo fue a que, después del término de

la segunda guerra mundial, el gobierno de Estados Unidos centralizara sus departamentos de inteligencia, dando origen al nacimiento de la NSA (National Security Agency), donde la criptografía constituye un área estratégica.

En la historia de México un suceso que hizo mucho ruido y se relaciona con la criptografía fue el vinculado con el conocido como "Telegrama Zimmermann" (figuras 8 y 9), enviado por el gobierno alemán a Venustiano Carranza en 1917. Este fue intervenido y descifrado por las agencias de espionaje inglesas y el 1º de marzo de ese año el periódico *New York Times* publicó: "Alemania propone una alianza a Japón y México en contra de Estados Unidos". De acuerdo con muchos historiadores, este hecho aceleró la inserción de Estados Unidos en la primera guerra mundial.

Existe una gran variedad de sistemas criptográficos clásicos y la mayoría se agrupa en dos familias genéricas: los de sustitución simple o múltiple y los de transposiciones. En el primero, las letras (o conjunto de letras) se sustituyen por otras letras o por símbolos para cifrar mensajes. En el segundo, las letras cambian de orden por medio de una regla para ser cifradas. En la actualidad, los sistemas son combinaciones complejas de ambas técnicas.

El primer ejemplo de método criptográfico que abordaremos es el llamado cuadro de Polybius:

	1	2	3	4	5
1	A	B	C	D	E
2	F	G	H	I	J
3	K	L	M	N	O
4	P	Q	R	S	T
5	U	V	X	Y	Z

Tabla 1: Cuadro de Polybius.

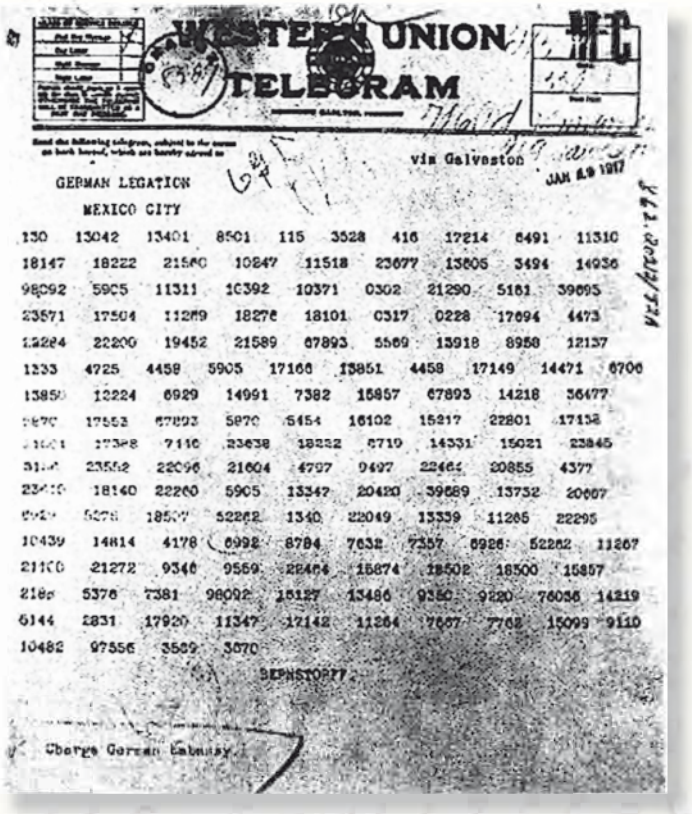
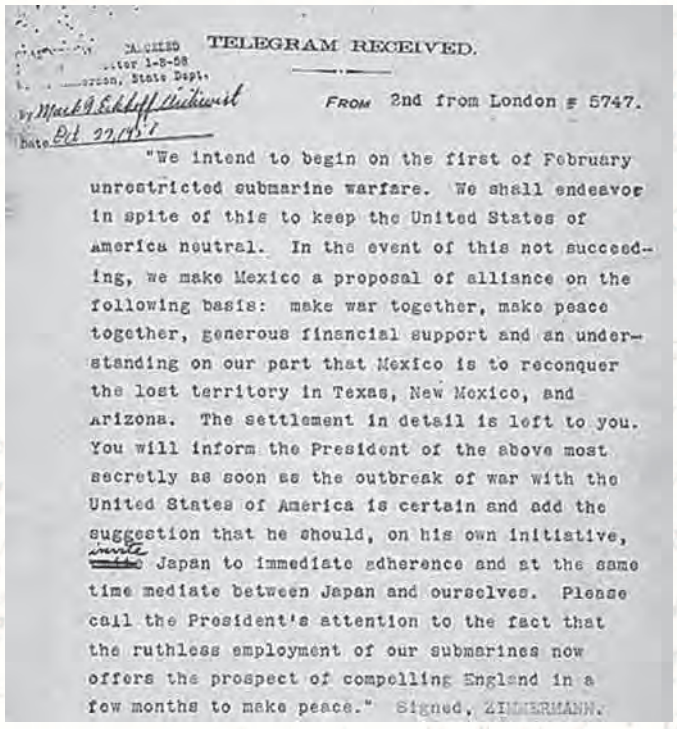


FIGURA 8.

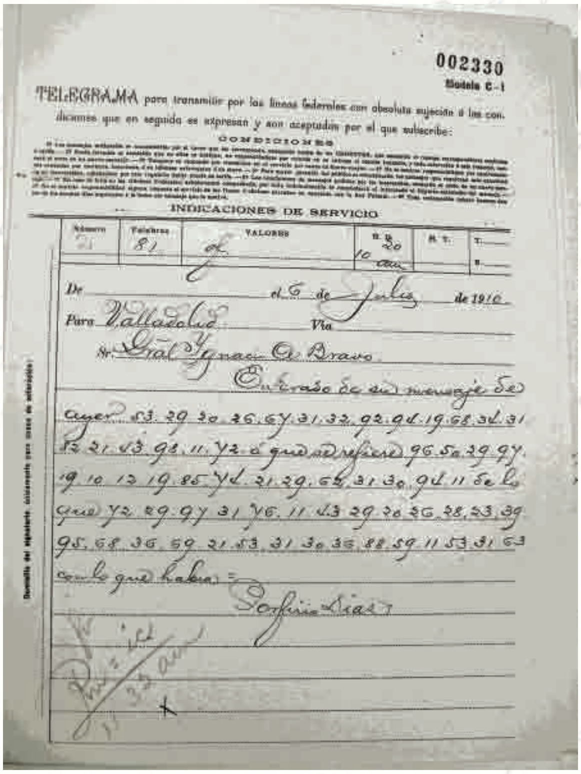
Para cifrar el mensaje "Hola", cada letra se representa con el par de números que toca a sus coordenadas: el primer número, la fila y el segundo, la columna, H:23, O:35, L:32, A:11. El cuadro de Polybius pertenece a la familia de los sistemas de sustitución simple; su idea básí-


TELEGRAM RECEIVED.

FROM 2nd from London # 5747.

"We intend to begin on the first of February unrestricted submarine warfare. We shall endeavor in spite of this to keep the United States of America neutral. In the event of this not succeeding, we make Mexico a proposal of alliance on the following basis: make war together, make peace together, generous financial support and an understanding on our part that Mexico is to reconquer the lost territory in Texas, New Mexico, and Arizona. The settlement in detail is left to you. You will inform the President of the above most secretly as soon as the outbreak of war with the United States of America is certain and add the suggestion that he should, on his own initiative, invite Japan to immediate adherence and at the same time mediate between Japan and ourselves. Please call the President's attention to the fact that the ruthless employment of our submarines now offers the prospect of compelling England in a few months to make peace." Signed, ZIMMERMANN.

FIGURA 9.


002330
Modelo C-1

TELEGRAMA para transmitir por las líneas federales con absoluta sujeción á las condiciones que en seguida se expresan y son aceptadas por el que suscribe:

CONDICIONES

INDICACIONES DE SERVICIO

Número | Palabras 81 | Valores of. | 10 20 am

De ... el 6 de Julio de 1910

Para Valladolid Vía

Sr. Gral. Ygnacio A. Bravo.

Enterado de su mensaje de
ayer 53.29.30.26.6Y.31.32.92.9d.19.68.3d.31
12.21.53.92.11.Y2 á que se refiere 96.50.29.97.
19.10.13.19.85.Yd.21.29.66.31.30.9d.11 de lo
que Y2.29.97.31.Y6.11.53.29.20.36.28.53.39
95.68.36.69.21.53.31.30.36.88.59.11.53.31.63
con lo que había =
Porfirio Díaz

Figura 1.

ca es muy sencilla y ha permanecido a través de los años. Se puede decir que la mayoría de los métodos en clave que se emplearon en México, desde Benito Juárez hasta Venustiano Carranza, son muy similares a él.

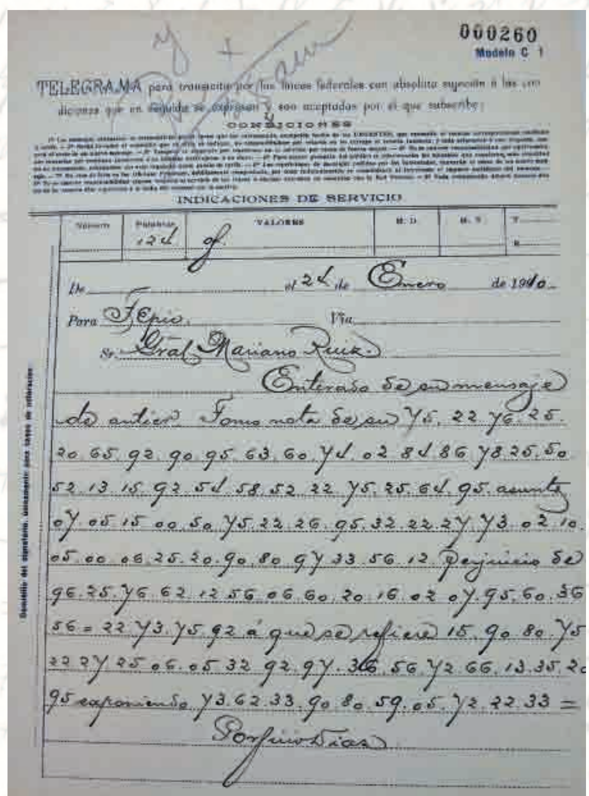
Porfirio Díaz, uno de los personajes más controvertidos de la historia de México, cuyo origen liberal lo situó al inicio de su carrera política como una promesa democrática para terminar a la cabeza de una dictadura que se prolongó por más de 30 años, recurrió con constancia al lenguaje cifrado para comunicarse con los gobernadores y jefes militares. Los métodos que empleó fueron varios, pero el que más le sirvió fue afín al cuadro de Polibyus.

Veamos algunos ejemplos.

Díaz enfrentó, al final de su mandato, una gran agitación popular en su contra que llegó, incluso, a levantamientos de cierta importancia. Una de las zonas de mayor actividad era el sur del país, donde el jefe militar era el general Ignacio Bravo, uno de los oficiales más devotos a su régimen. Hacia junio de 1910, cuando el viejo dictador se preparaba para llevar a cabo la que sería su última reelección, la comunicación entre él y su subalterno adquirió un valor estratégico y, gracias al telégrafo, fue continua. En uno de los telegramas (002331), que se puede descifrar con la tabla 2, aparece el siguiente texto: *es necesario que se sepa que la insurrección se castiga severamente*. Otro envío del mismo año dice: *espero que sabrá usted aprovechar los momentos de pánico en que están los perseguidos* (001857). El número corresponde al asignado por el archivo de Díaz conservado en la biblioteca Francisco Xavier Clavijero de la Universidad Iberoamericana. Casi todos estos mensajes poseen el mismo tono y por sus rasgos autoritarios son propios de una dictadura militar. Por su parte, los informes de Bravo son partes acerca de las novedades en la región, como: *la novedad de hoy es haber sido ejecutados tres reos pertenecientes a la asonada* o *el décimo batallón escoltará a los prisioneros del motín.*

La mayor parte de la correspondencia cifrada de Díaz con sus generales es muy similar. En las figuras 1 y 2 se muestran telegramas que intercambió con Bravo y con el general Mariano Ruiz, jefe militar de Tepic en enero de 1910. Invitamos a los lectores a descifrarlos con ayuda de las tablas 2 y 3.

La criptografía aparece no sólo en el lado de la salvaguarda de la información, sino también en el terreno de actividades de espionaje; en la época de


000260
Modelo C-1

TELEGRAMA para transmitir por las líneas federales con absoluta sujeción á las condiciones que en seguida se expresan y son aceptadas por el que suscribe:

CONDICIONES

INDICACIONES DE SERVICIO

Número | Palabras 124 | Valores of.

De ... el 24 de Enero de 1910

Para Tepic Vía

Sr. Gral. Mariano Ruiz.

Enterado de su mensaje
de antier. Tomo nota de su Y5.22.Y6.25.
20.65.92.90.95.63.60.Yd.02.8d.86.Y8.25.50
52.13.15.92.5d.58.52.22.Y5.25.6d.95 asunto
eY.05.15.00.50.Y5.22.26.95.32.22.2Y.Y3.02.10
05.00.06.25.20.90.80.9Y.33.56.12 perjuicio de
96.25.Y6.62.12.56.06.60.20.16.02.eY.95.60.36
56 = 22.Y3.Y5.92 á que se refiere 15.90.80.Y5
22.2Y.25.06.05.32.92.9Y.36.56.Y2.66.13.35.2c
95 exponiendo Y3.62.33.90.80.59.05.Y2.22.33 =
Porfirio Díaz

Figura 2.

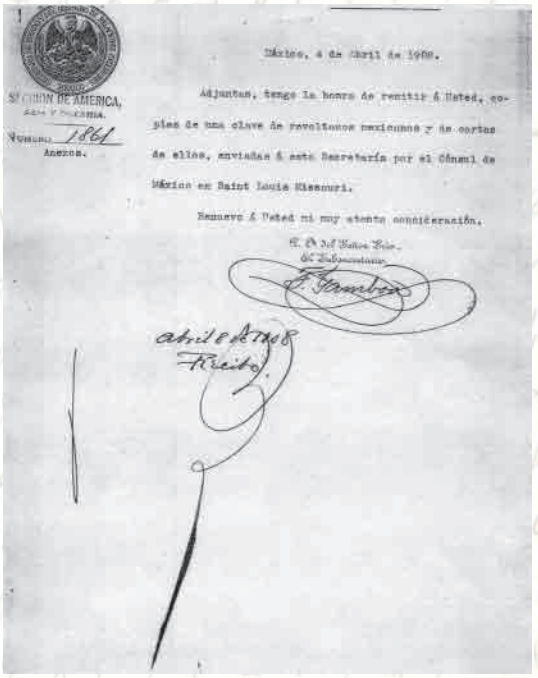
Díaz estaba a cargo la secretaría de Gobernacion. A su juicio, el estado podía valerse de todos los medios posibles para las tareas de policía política concretamente para el caso de Ricardo Flores Magón.

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	0
1,2,3	a	u	i	l	rr	o	h	g	e	c
4,5,6		x	r	f		q	j	d	p	ll
7,8,9	ch	s	z	T	n	y	v	m	b	

Tabla 2: Clave secreta de Díaz y el general Bravo.

	0	1	2	3	4	5	6	7	8	9
6,5,8	a	ll	u	y	d	p	i	f	q	z
7,1,3			n	s	H	t	m	b		j
0,2,9	r	rr	e	x	V	o	c	l		g

Tabla 3: Clave secreta de Díaz y el General Mariano Ruiz.



(Izq.) FIGURA 3.

La inteligencia porfiriana logró, con la ayuda y asesoría de oficinas de seguridad del gobierno estadunidense, intervenir las comunicaciones confidenciales de los hermanos Flores Magón y los integrantes del Partido Liberal Mexicano. Y debido a que los métodos criptográficos que emplearon eran de sustitución simple, sólo reemplazaban el alfabeto español por otros símbolos. Esto significa que sus escritos podían ser fácilmente sometidos al criptoanálisis llamado frecuencial, es decir, a inferir a partir de la repetición de los símbolos cuáles son los más recurrentes y relacionarlos con las letras más reiterativas del idioma español, también usaron el método de Julio César (siglo I de nuestra era), que, sin embargo, es un caso particular de sustitución simple. (un ejemplo en la figura 5).

En el Archivo General de la Nación existe una serie de documentos llamada "Revoltosos Magonistas", en la que se encuentran varios de los que fueron intervenidos y descifrados. La figura 3 muestra como Díaz se apoderaba de las claves de Ricardo Flores Magón y la figura 4 presenta una

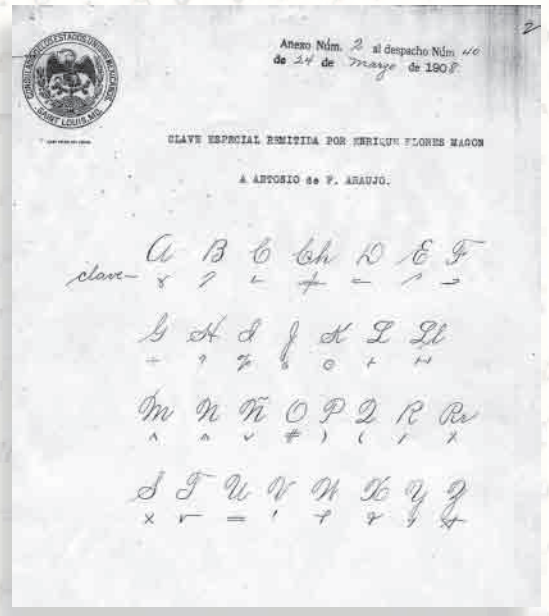


FIGURA 4.

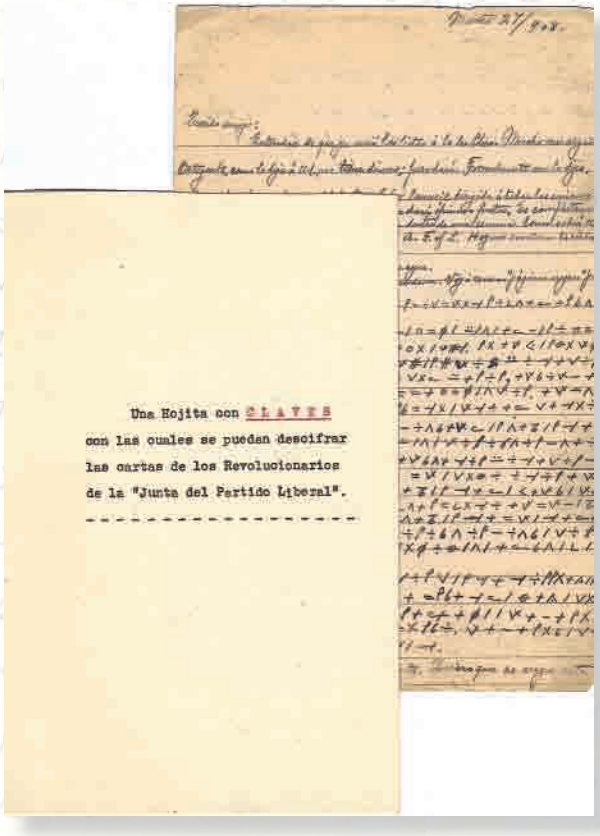


FIGURA 5.

de esas claves. Es importante añadir que este revolucionario carecía de pericia criptográfica y esto surge de los comentarios extraídos de las misivas que dirigió a algunos miembros del PLM días antes de su captura. Una misiva para Antonio P. Araujo, del 25 de junio de 1907, dice: *Recibí sus cinco claves. La verdad, resulta un trabajo demasiado pesado. No pude traducir el pequeño párrafo que escribió usted en clave, porque se pierde lastimosamente el tiempo. Es preferible que haga usted una clave sencilla.* Lo reitera otra carta, ésta a Tomás D. Espinosa, del 8 de julio siguiente*: Invente usted una clave que no sea complicada y con la cual escribiremos solamente nombres de personas o lugares y alguno que otro detalle interesante, pues ya sabe usted que se pierde mucho tiempo escribiendo en clave.*

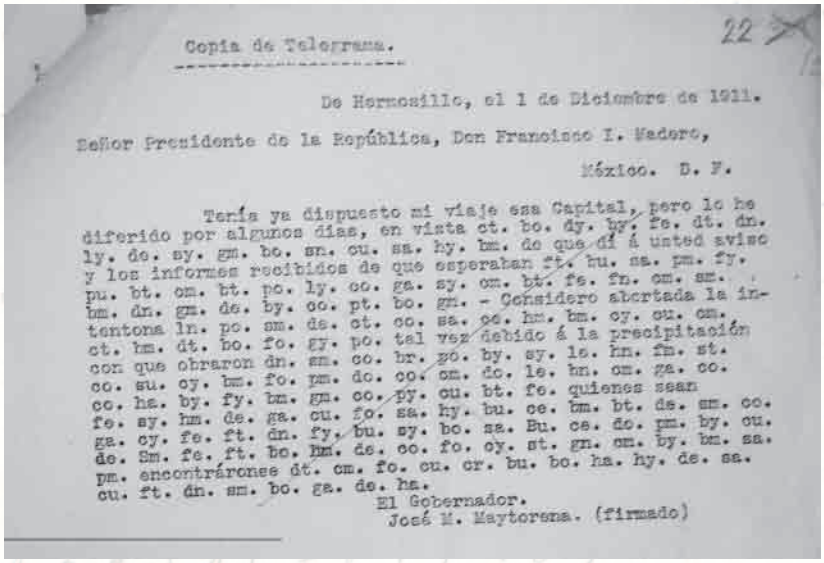
Como sabemos, esta inexperiencia e ingenuidad de los Flores Magón les resultaría contraproducente. Es muy probable que la débil criptografía que utilizaran ellos y los integrantes del PLM ayudara a la captura posterior de sus líderes en Los Ángeles, California

El intercambio de información confidencial aumentó con el inicio de la Revolución en 1910. El espionaje, la intervención en las comunicaciones y, por tanto, el criptoanálisis encontraron un terreno fértil para desarrollarse.

Por su parte, Francisco I Madero recurrió a métodos de cifrado del tipo de Polybius, algunos muy similares a los de Díaz, sólo que en vez de reemplazar letras por números lo hacía por otras letras. Empleó la clave de la tabla 4 en su correspondencia con el vicepresidente José María Pino Suárez. Así, el mensaje HOLA se representa con jl.ri.rr.jm.

	M	A	R	B	O	R	I	L	E
J	a	b	c	d	e	f	g	h	i
R	j	k	l	m	n	ñ	o	p	q
B	r	s	t	u	v	w	x	y	z

Tabla 4: Clave entre Madero y Pino Suárez.



Copia de Telegrama.

22

De Hermosillo, el 1 de Diciembre de 1911.

Señor Presidente de la República, Don Francisco I. Madero,

México. D. F.

Tenía ya dispuesto mi viaje esa Capital, pero lo he diferido por algunos días, en vista ct. bo. dy. hy. fe. dt. dn. ly. do. sy. gm. bo. sn. cu. sa. hy. bm. de que dí á usted aviso y los informes recibidos de que esperaban ft. hu. sa. pm. fy. pu. bt. om. bt. po. ly. co. ga. sy. om. bt. fe. fn. cm. sm. hm. dn. gm. de. by. co. pt. bo. gm. - Considero abortada la intentona ln. po. sm. de. ct. co. sa. ce. hm. bm. cy. cu. cm. ct. hm. dt. bo. fo. gy. po. tal vez debido á la precipitación con que obraron dn. sm. co. hr. go. by. sy. le. hn. fn. st. co. su. cy. bm. fo. pm. do. co. cm. do. le. hn. om. ga. co. co. ha. by. fy. bm. gm. co. py. cu. bt. fe. quienes sean fe. sy. hm. de. ga. cu. fo. sa. hy. bu. ce. bm. bt. ds. sm. co. ga. cy. fe. ft. dn. fy. bu. sy. bo. sa. Bu. ce. do. pm. by. cu. do. Sm. fe. ft. bo. hm. ds. co. fo. cy. st. gn. sm. by. bm. sa. pm. encontrárones dt. cm. fo. cu. cr. bu. bo. ha. hy. de. sa. cu. ft. dn. sm. bo. ga. de. ha.

El Gobernador.
José M. Maytorena. (firmado)

FIGURA 6.

pondencia con el vicepresidente José María Pino Suárez. Así, el mensaje HOLA se representa con jl.ri.rr.jm.

Es posible que el poco tiempo que Madero estuvo en la presidencia impidió mejorar su tecnología criptográfica. De hecho existen evidencias de que también acudió al método de Julio César para comunicarse con algunos de sus familia-

res, por ejemplo, con su tío Ernesto Madero.

Hubo, durante su gobierno, distintos levantamientos: de los propios revolucionarios, como Pascual Orozco y Emiliano Zapata, a antiguos porfiristas, como el general Bernardo Reyes, ex gobernador de Nuevo León. La figura 6 muestra un mensaje cifrado (obtenido del AGN) que le dirigió José María Maytorena, quien le había dado un apoyo sustantivo durante la revolución maderista, y que como gobernador de Sonora le advertía de los actos de quienes apoyaban a Reyes. La tabla 5 muestra por vez primera la clave secreta de Madero y Maytorena.

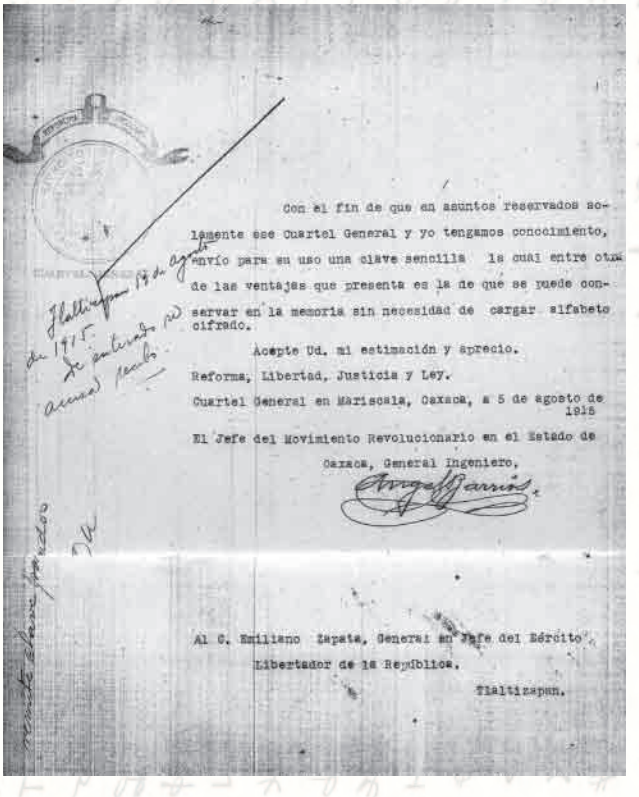
Otros personajes de la Revolución mexicana que acudieron a los métodos criptográficos fueron Emiliano Zapata, Venustiano Carranza y Pablo González. La figura 7 muestra un documento obtenido del archivo del Ejército Libertador del Sur en el AGN que da evidencia de que Zapata compartía una clave criptográfica con uno de sus hombres, el general Ángel Barrios.

Desde luego, Venustiano Carranza empleó los mensajes cifrados de manera amplia. Se conoce su correspondencia con Madero y otros jefes revolucionarios, como el general Pablo González. Asimismo, al calor de la revuelta, los constitucionalistas diseñaron el conocido como "The Mexican Cipher Disk", pero el coronel Parker Hitt, experto estadunidense cuya vida sigue siendo un misterio, logró romperlo a fines de 1916.

En suma, la criptografía como método para suministrar confidencialidad a la información en tiempos de dificultades bélicas tiene éxito sólo si cumple con los requisitos necesarios. Al revisar con mayor profundidad los métodos que se emplearon durante la Revolución mexicana, podemos concluir que, si bien lograron su propósito, fue nada más en forma parcial, pues existía entonces el conocimiento indispensable para poder descifrarlos. Como hemos mostrado, esto debilitó los esfuerzos de los distintos grupos interesados en el conflicto y, por tanto, alargó sus esfuerzos.

	m	a	y	t	o	r	e	n	a
b,c,p	a	b	c	d	e	f	g	h	i
d,l,f	j	k	l	m	n	ñ	o	p	q
s,g,h	r	s	t	u	v	w	x	y	z

Tabla 5: Clave entre Madero y Maytorena.



Con el fin de que en asuntos reservados solamente ese Cuartel General y yo tengamos conocimiento, envío para su uso una clave sencilla la cual entre otras de las ventajas que presenta es la de que se puede conservar en la memoria sin necesidad de cargar alfabeto cifrado.

Acepte Ud. mi estimación y aprecio.

Reforma, Libertad, Justicia y Ley.

Cuartel General en Mariscala, Oaxaca, a 5 de agosto de 1915

El Jefe del Movimiento Revolucionario en el Estado de Oaxaca, General Ingeniero,

Angel Barrios.

Al C. Emiliano Zapata, General en Jefe del Ejército Libertador de la República.

Tlaltizapan.

FIGURA 7.

PARA SABER MÁS:

BERNARDO FERNÁNDEZ, *El telegrama Zimmermann* en http://audiolibros.bicentenario.gob.mx

BARBARA W. TUCHMANN, *El telegrama Zimmermann,* RBA, Barcelona, 2010.

*Consultar el archivo de Enrique Flores Magón en http://www.archivomagon.net y "Criptografía de la Revolución Mexicana" en http://computacion.cs.cinvestav.mx/~jjangel/Pagina_Criptografia_Revolucion_Mexicana.html

Un zapatista de Mixcoac

Javier Rico M.

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Nunca se percató de que lo observaban. No supo que seguían sus pasos y tomaban nota de los lugares que frecuentaba y de sus reuniones con personajes que el destino convirtió en sus correligionarios. Es probable que en sus momentos de soledad lo asaltara la nostalgia en aquel lugar tan al norte, tan lejano del barrio que lo había visto crecer. Quienes lo espiaban llegaron incluso a tramar un plan muy complicado para confirmar las sospechas que lo señalaban como un sujeto peligroso y para echar abajo sus planes. Al menos desde mediados de 1917, cuando las fuerzas constitucionalistas parecían dominar la mayor parte del escenario de la Revolución, él era objeto de una red de espionaje montada por el servicio exterior mexicano. En uno de los telegramas en clave (aquí en p. 31)que circularon entre el cónsul de México en San Francisco, Cándido Aguilar (secretario de Relaciones Exteriores) y Rafael Nieto (subsecretario de Hacienda), se le identificó como el responsable directo de una maniobra para enviar armamento a los enemigos del gobierno:

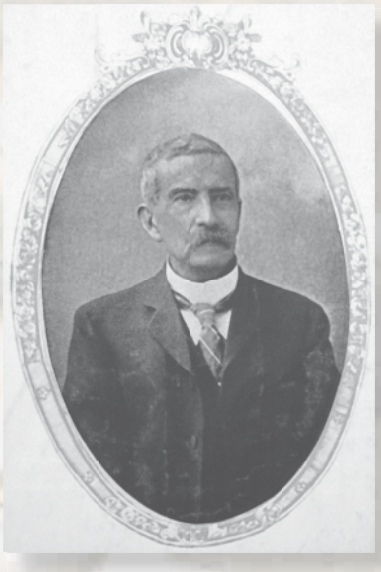
Algunos elementos enemigos de este gobierno están tratando de fletar barco a los E.U. para llevar a los zapatistas elementos de guerra, que serán desembarcados en algún punto de la Costa Chica, Edo. de Guerrero.

Se me informa que el señor Octavio Paz, que está o ha estado recientemente en El Paso, Tex., es el que irá como jefe del barco.

Se me dice también que el señor Cíntora, que reside en Los Ángeles, Cal., tiene ya arreglado todo lo relativo al flete del barco, el que está matriculado con bandera americana y saldrá con destino a Centro América, con objeto de aprovechar su paso por las costas de Guerrero y desembarcar el envío destinado a Zapata, que se dice consiste en parque, armas, telas y maquinaria para reformar cartuchos y fabricar monedas.

A cambio de estas mercancías ha ofrecido algún agente zapatista entregar cuarenta mil pieles que tienen ya listas en algún punto cercano a la costa y algunas barras de plata procedente del mineral de "Campo Morado".

Las pesquisas señalaban a Octavio Paz como cómplice de José Síntora, un rebelde michoacano que había militado en el villismo y que operó luego manera independiente en su propio estado, antes de refugiarse en la ciudad de Los Ángeles. Y no sólo era vigilado por espías mexicanos, sino también por agentes del Departamento de Justicia de Estados Unidos, quienes, muy al tanto de sus debilidades, llegaron a urdir un plan para contratar a una mujer atractiva e inteligente que se enredara con él y le sacara información.



Irineo Paz (ca. 1910).

***

¿Quién era este personaje que tanto inquietaba a agentes de ambos países? ¿Era realmente un sujeto peligroso para el gobierno de Venustiano Carranza? Octavio Ireneo Paz Solórzano había nacido 27 años antes del inicio de la Revolución, el 20 de noviembre de 1883. Creció en un ambiente que puede calificarse como apacible, propio de una familia acomodada de la sociedad porfirista. Es cierto que su padre, Ireneo Paz Flores, vivió tiempos difíciles en la segunda mitad del siglo XIX, a veces a salto de mata por el occidente del país, empuñando la espada contra los franceses o añadiendo páginas a la prensa de oposición o compartiendo las asperezas de la cárcel con otros detractores de los gobiernos de Juárez y de Lerdo de Tejada. Incansable y combativo, como otros liberales de la época, dio su apoyo al prestigiado y carismático Porfirio Díaz en las revueltas de La Noria y de Tuxtepec. Unos años antes del ascenso de Díaz al poder don Ireneo, abogado de profesión, se había establecido con su esposa y sus hijos en la Ciudad de México. Por primera vez, desde que en 1863 se alistara en una junta patriótica para hacer frente a las tropas francesas que asediaban a su natal Guadalajara, podía aspirar a una vida tranquila. En 1874 fundó su propia empresa (Imprenta, Litografía y Encuadernación Ireneo Paz), desde la cual continuó con su vocación de periodista y escritor; de sus prensas salieron pu-

(Izq.) Octavio Paz Solórzano hacia 1936 (recuadro); al fondo, la casa de la familia Paz en Mixcoac a principios del siglo XIX.

Transporte público Tacubaya-Mixcoac-San Ángel (hacia 1910).

blicaciones como *El Ahuizote, Sufragio Libre* y *Combate.* En ella publicó una importante revista, *La Patria*, que logró mantenerse en circulación de 1877 a 1914. Como hombre de letras, diestro con la pluma, escribió poesía, teatro, novela y relatos históricos. Todavía en 1880, en el marco de la elección de Manuel González, se vio envuelto en un conflicto de honor: el 28 de abril se batió en un duelo a muerte con Santiago Sierra (hermano de don Justo), del cual salió, gracias a su habilidad como tirador, dolorosamente victorioso, pues siempre le pesó la muerte del que fuera poeta y editor del periódico *La Libertad*. Sin llegar a ser parte del círculo más cercano al presidente Díaz, en más de una ocasión fue miembro del Congreso y, al final de su trayectoria en la administración pública, síndico del ayuntamiento. La bonanza económica que entonces lo acompañó le permitió comprar una finca al sur de la ciudad de México.

De ahí que la niñez y la juventud de Octavio Ireneo Paz transcurrieran tranquilamente en el barrio de San Juan, Mixcoac. Como el menor de los cinco hijos de don Ireneo, no sufrió las carencias que sin duda padecieron sus hermanos (Carlos, Arturo, Amalia y Rosa) en los agitados años de actividad militar de don Ireneo. Optó por hacer estudios de jurisprudencia y, en algún momento, proyectó su futuro en el servicio exterior mexicano. A finales de 1908, por intermediación de su padre, comenzó a trabajar como meritorio sin sueldo, aunque luego se le asignó una gratificación de 30 pesos mensuales. Pero su paso por las oficinas de la Secretaría de Relaciones Exteriores fue breve; renunció en agosto de 1910, según expresó en carta dirigida a Ignacio Mariscal, para preparar el examen profesional, que finalmente presentó el 11 de noviembre de 1911. Defendió una tesis sobre la libertad de imprenta y el jurado lo aprobó por unanimidad. Obtuvo así el título de abogado, antesala, en esa época, de una posición social más que aceptable. Al mes siguiente contrajo matrimonio con Rosa Lozano, una hermosa joven, hija de padres españoles avecindados, como su propia familia, en el sosegado barrio de San Juan, Mixcoac. Pronto ingresó a la secretaría de Justicia con el nombramiento de asesor de jueces menores y, como tal, fue enviado a Ensenada, Baja California, a donde se trasladó en compañía de su esposa. Con el mismo cargo viajó después a Campeche para una corta estancia. A su regreso a la capital siguió desempeñando su profesión, ahora como agente del ministerio público.

***

Las razones o los motivos que poco tiempo después lo llevaron a tomar aquella decisión que lo arrojaría tan lejos de Mixcoac y del círculo familiar son hasta la fecha inciertos. Por esos días, entre marzo y agosto de 1914, su vida mostraba pocos indicios de que podría elegir un camino tan lleno de sobresaltos, de momentos de vértigo, de esperanzas aferradas a un alfiler y, al final, de soledades tan terribles.

Entre sus escasos antecedentes en la política, se sabe que en 1909 se había entusiasmado con la campaña de Bernardo Reyes y luego con la de Francisco I. Madero. En mayo de 1911 formó parte de una asociación estudiantil (Política, Patria y Constitución); al mes siguiente su nombre apareció entre los firmantes de una convocatoria para organizar la recepción de Madero en la ciudad de México. También se integró al nuevo Centro Liberal de Estudiantes, del que fue presidente provisional. La rica veta liberal de don Ireneo parecía encontrar en el menor de sus hijos una digna continuidad. La historia, sin embargo, era distinta: mientras el padre había apoyado el ascenso de Porfirio Díaz al poder, el hijo se sumaba a las manifestaciones de repudio y celebraba la caída del "Héroe de la Paz". Pero al triunfo electoral de Madero su actividad política pareció diluirse, y nunca mostró rastro alguno de ideas o convic-

Frente a la cárcel de Mixcoac.

ciones agraristas. Por eso sorprendió su inesperada decisión. Más aún cuando en marzo de 1914 su esposa había dado a luz a un "robusto infante", que fue registrado con el nombre de Octavio Paz Lozano. En su edición del primero de abril, *La Patria* comentó el evento con marcado acento festivo:

Mucho lo celebramos, y que sea para bien de la familia y de la patria, que contarán con un nuevo defensor de su autonomía. Enviamos nuestras felicitaciones al señor agente del ministerio público, nuestro compañero de redacción en otras veces, Octavio Paz.

Los hechos asociados a su determinación se relacionan con un giro que se produjo en *La Patria*, que hasta poco antes había publicado notas y comentarios adversos a los rebeldes zapatistas. Pero a principios de agosto, probablemente por obra de Octavio Paz, apareció en sus páginas el artículo titulado "Un gran documento para la historia, ratificado por 30 generales surianos: el Plan de Ayala". Unos días después, el general constitucionalista Pablo González, cuyas tropas controlaban por esos días la Ciudad de México, mandó cerrar la imprenta de don Ireneo.

Al mes siguiente, Octavio Ireneo Paz ya se encontraba en Morelos. Su esposa, Rosa Lozano de Paz, se quedó sola, con un hijo de cinco meses de edad en los brazos. De acuerdo con breves informes que desde Contreras envió al oficial mayor del Cuartel General del Sur, el general Gildardo Magaña, en dos ocasiones Octavio Paz se acercó hasta las inmediaciones de Mixcoac. A finales de 1914 y en marzo de 1915 participó en enfrentamientos que protagonizaron fuerzas zapatistas y constitucionalistas al sur de la capital. No se sabe si durante la breve estancia de Villa y Zapata en la ciudad de México visitó a su familia. Al año siguiente, en abril de 1916, el torbellino de la Revolución lo llevaría aún más lejos, luego de recibir la documentación que lo acreditaba como agente confidencial de Zapata en Estados Unidos.

***

El recelo y la desconfianza de los revolucionarios morelenses hacia personajes procedentes de la ciudad y de clase media no impidieron que tanto él como Antonio Díaz Soto y Gama fueran aceptados en las filas zapatistas. No se ha logrado precisar si su función era de asesores o secretarios o incluso de ambas cosas. Según el mismo Paz Solórzano relató después, fue una proposición suya que el gobierno de la Convención enviara representantes al extranjero para difundir la causa que defendía su Revolución. Con esa misión recibió instrucciones de trasladarse a San Antonio, Texas.

A lo largo de su recorrido hacia el norte, Paz remitía informes al cuartel general. En una ocasión recomendó a Zapata mantener la estrategia de volar trenes de ferrocarril, lo que mostraría a Estados Unidos –sustentaba– que Carranza era incapaz de pacificar el país. En otro informe, dirigido a Gildardo Magaña, envió lo que parecían noticias alentadoras en relación con levantamientos en el norte del país desconociendo a Carranza. Al resumir los comunicados de Paz, Magaña hacía saber a Zapata: "La Sra. de Paz me escribe recomendándome solicite a Ud. a su nombre algún auxilio pecuniario…" Era optimista al pensar que algunos levantamientos contra Carranza tendrían como contraparte un fortalecimiento de la revo-

Rafael Cal y Mayor (der).

lución zapatista, lo que contrastaba con las dificultades de los rebeldes surianos por mantenerse como protagonistas centrales de la Revolución. Pero sus expectativas contrastaban también con las penurias que entonces aquejaban a su familia. Tras la pérdida de su imprenta, don Ireneo se vio forzado a vender la casona de Mixcoac para irse a vivir a una construcción más modesta. Impulsada por la precariedad de su situación, Rosa Lozano buscó refugio en la familia de su esposo ausente. A su vez, don Ireneo halló en su nieto Octavio un pequeño pero atento interlocutor; por las tardes solía sentarse con él en un balcón de la casa y le contaba historias relacionadas con sus aventuras patrióticas.

De acuerdo con el historiador John Womack, para 1916 la actividad revolucionaria de Octavio Paz parecía desvanecerse; además, según informes que llegaron al cuartel zapatista, se había vuelto alcohólico. Su estancia en San Antonio no produjo los resultados esperados y en 1918 se trasladó a Los Ángeles, donde estableció contacto con otros revolucionarios exiliados.

Paz Solórzano no pudo regresar al país sino hasta 1920, con el triunfo del levantamiento de Álvaro Obregón. Para su esposa e hijo, el cual contaba con seis años de edad, la alegría debió ser momentánea, pues muy pronto sus ausencias se hicieron tan frecuentes como prolongadas. Al poco tiempo de su regreso buscó a su viejo amigo, Antonio Díaz Soto y Gama, y se incorporó a la creación del Partido Nacional Agrarista, del cual quedó registrado como candidato para formar parte del Congreso federal. Tras las elecciones de 1920 integró el grupo de siete diputados agraristas de la XXIX legislatura, junto con Felipe Carrillo Puerto, Vito Alessio Robles, Juan de Dios Bojórquez, Emilio Portes Gil, Basilio Badillo y el mismo Díaz Soto y Gama.

Fueron sin duda años intensos. Con Francisco J. Múgica y Aurelio Manrique formó parte de la comisión nombrada por el Congreso Nacional Agrarista para elaborar un historial de agravios y atropellos cometidos contra el campesinado del país. En 1924, el mismo año en que murió don Ireneo, fungió como encargado del despacho tras la renuncia del general Ismael Velasco al gobierno de Morelos. Su estrella política parecía ir en ascenso: en 1926 figuró en la terna para gobernador de aquel estado, que vivía entonces un constante vaivén político. Pero llegó 1928 con su caudal trágico. Tras el asesinato de Álvaro Obregón, Paz se recluyó en el aislamiento; su alcoholismo ganaba terreno y el alejamiento familiar se hacía más profundo. Por un tiempo se trasladó a Chiapas, donde encontró el apoyo de otro viejo amigo, Rafael Cal y Mayor, a quien había conocido entre las filas zapatistas.

Alejado del círculo del poder, se dio a la tarea de escribir. Compuso una serie de relatos sobre la revolución zapatista que publicó en *El Magazine para Todos* de *El Universal*. Poco después colaboró en la *Historia de la Revolución Mexicana*, que salió a la luz en 1936; en esa obra es autor de un ensayo que reseña el movimiento revolucionario dirigido por Emiliano Zapata.

El 8 de marzo de ese mismo año, Paz visitó a un grupo de ejidatarios de Santa Marta Acatitla, quienes lo tenían en alta estima, por haberles ayudado a gestionar la dotación de tierras ejidales. Al anochecer quiso emprender el regreso a la ciudad de México, pero al cruzar las vías fue arrollado por un tren. En un extenso poema, que apareció en 1976 con el título de *Pasado en claro*, su hijo –reconocido como un importante poeta e intelectual mexicano– escribió:

> Del vómito a la sed, atado al potro del alcohol,
> mi padre iba y venía entre llamas.
> Por los durmientes y los rieles
> de una estación de moscas y de polvo
> una tarde juntamos sus pedazos.

Yo nunca pude hablar con él.
Lo encuentro ahora entre sueños,
esa borrosa patria de los muertos.
Hablamos siempre de otras cosas.
Mientras la casa se desmoronaba
yo crecía. Fui (soy) yerba, maleza
entre escombros anónimos.

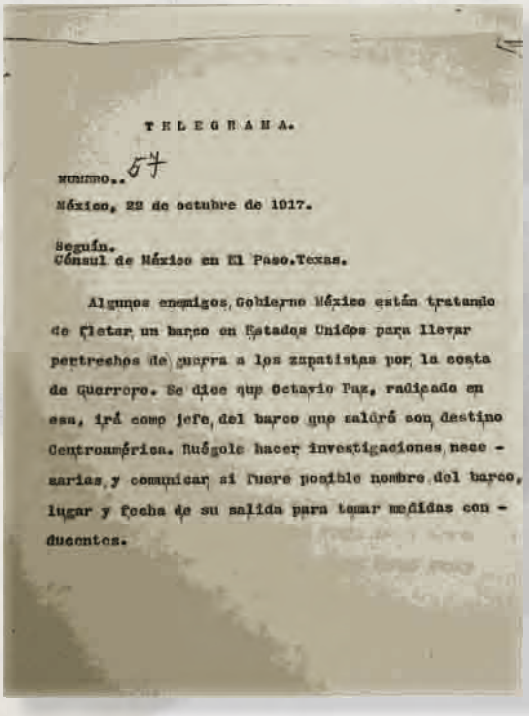
***

El cónsul de México en San Francisco se daba a la tarea de mantener informado al general Cándido Aguilar el 12 de febrero de 1918:
…con cooperación de autoridades locales he descubierto enorme contrabando de armas y parque logrando detener el envío de miles de rifles Springfield y algunos miles de cartuchos vía Baja Cal. Para de allí remitirse a las costas de Guerrero para Félix Díaz…

Se corregía así la primera versión que atribuía el plan a Octavio Paz Solórzano y señalaba a los zapatistas como destinatarios del armamento. Sin embargo, a fines de ese año, de forma "urgente y confidencial", el cónsul de México en San Francisco alertaba al general Cándido Aguilar de que "Octavio Paz, hijo del licenciado Ireneo Paz", estaba tratando de unificar al elemento rebelado contra el gobierno (salvo a la facción felicista) para pedir armisticio. Incluía el recorte de un periódico con un manifiesto firmado por él: "El momento supremo ha llegado. El representante de Emiliano Zapata en Estados Unidos habla de un Gran Proyecto de Unificación Nacional". Al final pedía autorización para entrevistarse personalmente con Paz, pues sabía de su influencia sobre Zapata y sobre Jesús Salgado, en esos momentos uno de los hombres de confianza del rebelde suriano.

Como se puede apreciar, algunas operaciones del espionaje que se hacía a Octavio Paz resultaron fallidas porque seguían pistas erradas o no lograban armar el complicado rompecabezas de las diversas y contrapuestas facciones revolucionarias; otras en cambio, parecen acertar al ver en él un enemigo potencial del gobierno de Carranza.

La de Octavio Paz Solórzano no fue la trayectoria revolucionaria de un estratega militar, ni la de un carismático dirigente de grupos, ni la de un ideólogo constructor de discursos políticos. El itinerario que recorrió a lo largo de más de veinte años de vendaval revolucionario fue el de un hombre de carne y hueso que, con sus propias fortalezas y debilidades, trató de mantenerse fiel al agrarismo que profesaban los zapatistas. Al final quedó fuera del círculo de los vencedores, más por obra de las circunstancias que de sus propias acciones. Se puede aventurar que, al tomar aquella decisión que implicó el abandono de esposa e hijo, tratara de emular la actividad patriótica de su padre, pensando que era su turno de formar parte de la historia. En cierto sentido, la historia parecía repetirse: su padre también había estado cerca del triunfo, pero el recelo de Porfirio Díaz terminó por hacerlo a un lado. Ambas historias, la de Ireneo Paz y la de Octavio Paz Solórzano, serían, al paso del tiempo, trasfondo inevitable, aunque a veces silencioso, de la vida y la obra del poeta Octavio Paz Lozano.



TELEGRAMA.

Número.. 57

México, 22 de octubre de 1917.

Seguín.
Cónsul de México en El Paso.Texas.

Algunos enemigos, Gobierno México están tratando de fletar un barco en Estados Unidos para llevar pertrechos de guerra a los zapatistas por la costa de Guerrero. Se dice que Octavio Paz, radicado en esa, irá como jefe del barco que saldrá con destino Centroamérica. Encárgole hacer investigaciones necesarias y comunicar si fuere posible nombre del barco, lugar y fecha de su salida para tomar medidas conducentes.

PARA SABER MÁS:

OCTAVIO PAZ SOLÓRZANO , "Emiliano Zapata", en José T. Meléndez, *Historia de la Revolución Mexicana,* México, INEHRM, 1987, tomo I.

MARIO RAMÍREZ RANCAÑO, *La reacción mexicana y su exilio durante la Revolución de 1910*, México, Miguel Ángel Porrúa / Instituto de Investigaciones Históricas-Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, 2002.

JOHN WOMACK JR., *Zapata y la revolución mexicana,* México, Siglo XXI, 2006.

La boda de la abuela…

Diana Guillén

Instituto Mora

La historia de las familias está llena de anécdotas que se transmiten de generación en generación; aderezadas con ciertas dosis de humorismo o de tragedia que ocasionalmente hacen dudar de su veracidad, buena parte de ellas se transforman en relatos que nos conectan con la vida de nuestros antepasados. Vista a la distancia la boda de mis abuelos entra en esa categoría; se trata de un acontecimiento archivado en el cajón familiar de los recuerdos, que de niña escuché en voz de mi padre y que de adulta narré a mis hijos.

Pero además de su importancia para el nacimiento de una rama genealógica y de sus implicaciones sentimentales entre los descendientes de esa línea, la unión de Flavio Guillén e Isabel Castañón tuvo tintes novelescos derivados de las circunstancias políticas que se vivían en Chiapas durante la segunda década del siglo XX. El abuelo era gobernador de la entidad y todos sus actos, incluidos los privados, se enmarcaban en pugnas de larga data que la revolución iniciada en 1910 vino a acentuar.

Para entender lo sucedido el día en que Flavio e Isabel se casaron, es necesario remontarse en el tiempo y recuperar, así sea de manera fugaz, un proceso previo que marcó a la sociedad local durante el rabasismo (con ese nombre se ha bautizado en Chiapas a la etapa que va de 1891 a 1911): el ascenso de grupos que desplazaron a los hacendados establecidos al amparo de la antigua Ciudad Real, hoy San Cristóbal de las Casas. Si bien desde la colonia estos últimos habían establecido su poder, la ampliación de la actividad económica hacia los valles centrales favoreció el surgimiento de otra élite y a mediano plazo significó la conformación de un nuevo centro político-administrativo.

Con el traslado de la capital estatal hacia Tuxtla Gutiérrez en 1892, Emilio Rabasa rubricó la consolidación de ese grupo en ascenso al que él mismo pertenecía. La historiografía ha tendido a identificar con la corriente conservadora a los alteños (nombre coloquial de quienes vivían en San Cristóbal) y con la liberal a los habitantes de los valles centrales, pero más que una distinción de fondo, ambas etiquetas reflejan filiaciones pasajeras hacia los bandos que durante el siglo XIX se enfrentaron para controlar la presidencia de la república.

Isabel Castañón (1912).

También dan cuenta de ciertos matices en términos de su concepción sobre la actividad agraria: tradicional-cerrada para los primeros o empresarial-progresista para los segundos. Aquí conviene recordar que por encima de tales diferencias prevalecía el espíritu de ganancia y por ello tanto en Los Altos como en Los Valles las élites tendieron a asegurar que el trabajo indígena fluyera hacia las haciendas. Lo mismo pasó con la propiedad de la tierra; bajo el influjo rabasista las comunidades perdieron independencia, los ranchos y haciendas crecieron y la gran propiedad cobró fuerza por igual entre hacendados con mentalidad empresarial, que entre hacendados con mentalidad tradicional.

(Izq.) Flavio Guillén e Isabel Castañón el día de su boda religiosa (1912).

Parecería que las convergencias eran mayores que las divergencias, pero estas últimas se magnificaron frente a añejas rivalidades fraguadas en la lucha por el poder; el predominio económico y

político de las élites que se formaron y crecieron al amparo de la antigua Ciudad Real, se encontraba disminuido para 1892, lo que no implicaba que sus integrantes estuviesen dispuestos a aceptar que un grupo de "advenedizos" les arrebatara el control sobre la capital; fue en tal contexto que el conflicto se impregnó de tintes regionales y el escenario para un enfrentamiento de mayores proporciones quedó delineado.

A partir de entonces San Cristóbal y Tuxtla se convirtieron en el espacio simbólico de la disputa. Un texto de la época resume claramente el sentimiento de despojo de quienes se identificaban con la primera; sus argumentos en contra de que la segunda se convirtiera en la nueva capital del estado, se remontaban a la fundación de la Ciudad Real (1528) y resaltaban el papel que la misma había jugado en el proceso de poblamiento de los valles que la circundaban.

Flavio Guillén con dos niños no identificados (1904).

Más allá de las quejas o de las adhesiones que suscitó, el cambio de sede reflejaba el poder de un nuevo grupo y también una nueva orientación geográfica para la entidad: mientras San Cristóbal se encontraba en la ruta comercial hacia Guatemala, Tuxtla abría la puerta que conducía a México. Para los antiguos depositarios del poder, ello sin embargo no bastaba y en septiembre de 1911, al tiempo que León de la Barra encabezaba un gobierno federal interino, se formaron grupos armados en ambas ciudades.

El pretexto fueron los resultados en las votaciones para integrar la legislatura local y para elegir al gobernador constitucional de la entidad; desde San Cristóbal se desconocieron los poderes estatales, dándose un plazo de veinticuatro horas para disolver el Congreso y para que el ejército quedara a disposición de los insurrectos.

Estos últimos eran numéricamente superiores, pero carecían de armas e instrucción militar; en su mayoría se trataba de indígenas chamulas que estaban bajo el mando de un personaje llamado Jacinto Pérez y apodado "Pajarito", cuya presencia imprimió sesgos étnicos al conflicto.

De acuerdo a la versión tuxtleca, el obispo Francisco Orozco y Jiménez era el principal responsable de la participación chamula en la guerra de 1911. Aunque el prelado siempre negó los cargos, en la capital de la entidad se le acusó de haber incitado a la rebelión y de haber persuadido a los indígenas para que se unieran a ella.

La acusación de haber instigado la revuelta pudo o no contar con bases reales que la sustentaran, la verdad es que existen numerosos testimonios en los dos sentidos, pero tuvo tal eco que se introdujo en el imaginario popular y se reprodujo en las prensas estatal y nacional.

Si a ello agregamos que la guerra se resolvió en favor de los tuxtlecos, podremos imaginar la difícil posición en la que quedó Orozco y Jiménez. Los niveles de rechazo hacia el prelado eran particularmente fuertes en la capital del estado cuando, en 1912, desde esta última se le turnó la invitación para oficiar la boda del gobernador.

El abuelo, que como habrán adivinado fue quien hizo la invitación respectiva, activó en ese momento una bomba de tiempo. Su compromiso con Isabel Castañón, quien formaba parte de una de las principales familias tuxtlecas y era famosa por su belleza, ya había generado roces entre la familia de la novia; desde la presidencia de la República se trató de resolverlos cuando Francisco I. Madero solicitó a Carlos Castañón (tío de la contrayente) que lo representara en el evento, pero

Flavio Guillén y la familia con la que vivió en México.

este último se negó y finalmente no asistió.

La intervención del presidente le imprimió cierta resonancia pública a lo sucedido, aunque en realidad se haya tratado de un episodio estrictamente familiar. La otra parte del conflicto fue la que, como a continuación veremos, tuvo mayores repercusiones en la historia de la entidad; de allí que a casi un siglo de distancia surjan al menos dos preguntas ¿por qué insistió el gobernador en que Orozco y Jiménez oficiara su enlace nupcial? ¿Se daba cuenta de lo que podía provocar?

Para intentar responder ambas recurro a una colección documental que construyó el exgobernador chiapaneco durante el exilio al que se vio sometido por el golpe de estado de Victoriano Huerta: "Para mis hijos: recuerdos autobiográficos redactados y coleccionados en Guatemala, el año 1914, segunda quincena de octubre". De acuerdo a las memorias manuscritas que allí incluye, Flavio Guillén pensaba casarse sólo civilmente "por no ser católico ni hipócrita, para fingir creencia en actos que no se creen". Lo detenía sobre todo el obstáculo de la confesión auricular que le parecía "humillante e inmoral", pero el obispo de San Cristóbal lo convenció para que "obsequiara yo a mi novia con las solemnidades del rito eclesiástico", por lo que si no lo casaba él no lo casaría nadie.

Ambos personajes sabían que más allá de las repercusiones sociales o de conciencia derivadas del acto religioso, la posibilidad de que Orozco y Jiménez se trasladara a Tuxtla y otorgara la bendición nupcial escondía simbolismos políticos importantes. Al gobernador le permitía promover la "conciliación y concertación entre hermanos" como había propuesto desde su llegada a Chiapas para tomar posesión del cargo y al obispo le brindaba la oportunidad de desvanecer el encono que su presunta participación en la guerra de 1911 había despertado en una parte de la feligresía.

Con sus alumnas de la clase de Ciencias naturales.

Con la idea de allanar el camino, el prelado decidió realizar en Tuxtla un festejo que tradicionalmente había sido importante para San Cristóbal: "celebrándose el día 12 del presente mes [se refiere a octubre], en la Basílica de Guadalupe en México, la fiesta anual que corresponde a esta Diócesis, que también celebro anualmente aquí, pienso celebrarla, aprovechando tan buena coyuntura, en esa Ciudad". Se ofrecía así un acto de buena voluntad con implicaciones estratégico-políticas que, según él propio obispo afirmó en una carta al gobernador, también beneficiaba a este último: "Creo que esto en vez de entorpecer la solemnidad que le corresponde a su Matrimonio, que por mi parte deseo que sea con el mayor esplendor posible, como es debido, contribuirá la fiesta indicada a darle más realce, pudiendo reputarse como parte suya".

Me inclino a pensar que quienes encabezaban dos estructuras de poder fundamentales dentro de la entidad (la gubernamental y la católica), buscaron abrir un espacio para diluir la pugna que se había construido entre la vieja y la nueva capital de la entidad. En abstracto parecía una buena apuesta, pero el momento quizá fue mal calculado, pues los recuerdos de la guerra estaban todavía muy frescos.

La idea de que Orozco y Jiménez tendría de rodillas al gobernador, molestó a quienes consideraban al obispo como su principal adversario. Con la anuencia del presidente municipal se organizaron grupos en los barrios para protestar por la visita episcopal e incluso se corrió el rumor de que había entre ellos individuos dispuestos a asesinar al obispo. En realidad, si bien la noticia se difundió ampliamente poco antes de la boda, desde dos meses atrás ya se conocía, según puede deducirse de una carta enviada a Madero, en la que un militar se pone a las órdenes del presidente y le informa que en Tuxtla son fieles a la causa maderista y no desean a orozquistas y zapatistas por traidores. Asimismo, le dice que con la llegada de Orozco al casamiento de Flavio Guillén se esperan conflictos.

Los niveles de espontaneidad y/o manipulación que rodearon al movimiento son difíciles de precisar; a mi juicio ambos elementos estuvieron presentes, aunque testimonios y reseñas de la época tienden a presentar la situación en uno u otro sentido. Para los partidarios de que el prelado llegara a Tuxtla, se trató de una maniobra encabezada por sectores poco representativos de la sociedad local. En la otra cara de la moneda se resaltaba la obstinación del gobernador y se solicitaba la intervención de Madero para evitar "el derramamiento de sangre honrada y leal".

Los ánimos estaban pues caldeados y en lugar de reuniones sociales para desearles parabienes a los contrayentes, la boda de mis abuelos estuvo precedida de protestas públicas. No queda claro cuántos mítines se realizaron, pues algunas fuentes consignan tres, otras dos y otras más sólo se refieren al último, pero independientemente de si fueron uno o tres los actos de repudio, el descontento por la visita del obispo subía de tono conforme se acercaba la fecha de la ceremonia.

Orozco y Jiménez se había trasladado a Chiapa de Corzo desde el 9 de octubre. El alto en el camino antes de proseguir su trayecto hacia Tuxtla se justificaba "por haber estado en días pasados enfermo de reumatismo auricular, que me alarmó un poco y me puso en cama", según escribió en la carta que a principios de ese mes envió al gobernador. A pesar de lo que afirmaba el obispo en su misiva, es probable que la escala de dos días respondiera también a previsiones políticas, pues gracias a ella el prelado contó con un pequeño margen temporal para evaluar los pros y los contras de su presencia en la capital de la entidad.

En un lapso muy corto la excitación de la novia se había transformado en desazón: el 7 de octubre fue la primera movilización en Tuxtla, el 9 Orozco y Jiménez todavía confirmó su asistencia ("¡Ojalá que mi presencia sea mensajera de paz, de bienandanza y de verdadera felicidad para esa ciudad, que algunos no quieren comprender amo positivamente!" afirmaba) el 10 fue el último mitin en contra del obispo y el 11 mandó un telegrama al gobernador con su resolución de no asistir a la boda.

Si bien el peligro de una nueva guerra quedó conjurado con la noticia que ese mismo día llegó a Tuxtla, cuando la abuela la recibió sintió cómo se desvanecían sus últimas esperanzas de que la ceremonia fuese ya no digamos de ensueño, a esas alturas se conformaba con que se realizara sin mayores sobresaltos. El abuelo por su parte tuvo que reconocer que los sentimientos de su prometida eran sólo una pequeña muestra de sus problemas: la decisión del obispo denotaba inteligencia y evitaba males futuros, pero significaba también el triunfo de quienes se habían enfrentado al ejecu-

El gobernador Flavio Guillén y la columna expedicionaria enviada para sofocar una revuelta en Ocosingo (1912).

La novia.

tivo estatal.

El entramado entre los planos público y privado se hacía evidente y todo parecía indicar la derrota del gobernador en ambos. Por un lado su autoridad quedaba disminuida y por el otro se le obligaba a suspender su boda, o bien, a elegir a alguien más para oficiarla.

Argumentando que "no se trataba de nada oficial, sino de un acto particular de mi vida privada, por la cual haría yo mal en derramar sangre", el gobernador decidió trasladarse a Chiapa de Corzo, para que en esa población lo casara Orozco y Jiménez. De acuerdo a lo previsto, el 12 de octubre se celebró la ceremonia civil en Tuxtla y para festejarlo se realizaron al mediodía un banquete informal y por la noche un baile en el Teatro del Estado; asimismo, en otros puntos de la entidad se organizaron fiestas que conmemoraban la ocasión.

A las 6 de la mañana del día siguiente (13 de octubre), la comitiva que asistiría al acto religioso se encaminó hacia Chiapa. Parecía una salida salomónica en la que se respetaba el ámbito público del conflicto (el espacio simbólico construido alrededor de la capital se mantendría ajeno al acontecimiento) y, al mismo tiempo, se sostenía una elección de carácter privado (quién oficiaría el matrimonio).

Los dos niveles guardaban sin embargo estrecha relación y cuando los novios cubrieron los poco más de 15 kilómetros (tres leguas señalan las fuentes de la época) que separan a Tuxtla de Chiapa, la madeja en la que se mezclaban trayectorias personales y familiares con el devenir político de la entidad, dejó ver un nuevo hilo que resultó para la abuela tanto o más inquietante que los nubarrones previos a su matrimonio.

Después de realizarse la ceremonia, se ofreció un banquete en el que el obispo hizo uso de la palabra para decir que "su felicidad consistía en la felicidad de los pueblos todos de Chiapas, sin ser exclusivista para preferir determinado lugar del Estado, además de mencionar lo honrado que se sentía con haber dado la bendición nupcial a la distinguida pareja", según reseñó un diario de la ciudad de México.

Quienes lo escucharon probablemente creyeron que las aguas habían vuelto a tomar su curso; las crónicas periodísticas del acontecimiento también parecían indicar que el ambiente finalmente se había distendido, pues se resaltaban las muestras de simpatía hacia los contrayentes y hacia Orozco y Jiménez, pero para infortunio de la abuela todos ellos se equivocaron: otra tormenta se gestaba en el horizonte. Ese mismo día (13 de octubre) "por la gracia de Dios y de la Santa Sede" el obispo castigó a sus opositores con un entredicho dirigido a la Parroquia de Tuxtla Gutiérrez en los siguientes términos:

La Iglesia siempre sabia en todas las disposiciones cuando llega el caso de que algunos de sus hijos delinquen ha puesto a disposición de los Superiores Eclesiásticos la facultad de hacer uso de conducentes a repetir su contumacia y rebeldía cuando después de corregidos y amonestados no vuelven sobre sus pasos. Hoy me veo a pesar mío, como legítimo Prelado de la Iglesia de Chiapas, en el duro caso de llamar al orden a los habitantes de Tuxtla Gutiérrez y de aplicarles las penas extremas de Entredicho; pues hace más de un año, que de la manera más hostil y gratuita se han ensañado contra Nos, despreciando apremiantes amonestaciones y terminantes imitaciones y, abusando aún de Nuestra Paternal deferencia y solicitud. Sobre todo esto, agréguese que hoy día las cosas han llegado a los inauditos extremos de rechazarme en la forma más escandalosa y ruidosa por medio de públicas manifestaciones; se nos ha insultado y calumniado de palabra y por escrito.

En el documento se mencionaban los planes para atentar contra la vida del obispo si llegaba a la capital de la entidad y se denunciaba la actitud pasiva de "un vecindario que de esa manera se hacía solidariamente responsable". Asimismo se hablaba de la amistad y respeto que existían entre el gobernador y el prelado, destacándose la oposición abierta del ejecutivo estatal hacia el movimiento y la necesidad de su depositario de trasladarse a Chiapa de Corzo para recibir "una

bendición nupcial que hoy mismo le hemos dado con gran satisfacción". Finalmente y luego de afirmar en latín y español "Yo nutrí y ensalzé [*sic*] a mis hijos y ellos me han despreciado", se declaraba a la ciudad de Tuxtla en estado de ENTREDICHO por el lapso de un año, "esperando que antes de ese término Dios Ntro. Señor Padre de bondad y misericordia, mueva los corazones al debido arrepentimiento".

El castigo se levantó antes de lo previsto y el episodio no forma parte de los acontecimientos que las historiografías local y nacional se han encargado de reconstruir cuando hablan de la revolución en Chiapas. Frente a tal ausencia, al escudriñar el pasado de la familia como parte de una investigación histórica más amplia, en un principio creí que independientemente de los diversos sinsabores que provocaron a los abuelos, los sucesos que rodearon la realización del matrimonio Guillén-Castañón no habían tenido mayor impacto en el devenir de la entidad. Sin embargo, después de confrontar el relato escuchado en la niñez con información oral proveniente de entrevistas y con documentos y hemerografía de la época, mi apreciación inicial cambió y me quedaron dos grandes certezas: 1° alrededor de una anécdota familiar que la historia oficial dejó de lado, en octubre de 1913 se establecieron intercambios sociales y políticos cuyo conocimiento contribuye a entender lo que sucedía en Chiapas durante la etapa maderista; y 2° ¡vaya malos ratos que pasó la abuela a propósito de su boda!

PARA SABER MÁS:

THOMAS BENJAMIN, "¡Primero viva Chiapas! La revolución mexicana y las revoluciones locales", en Juan Pedro Viqueira y Mario Humberto Ruz (editores), *Chiapas: los rumbos de otra historia*, México, UNAM-CIESAS, 2004, pp. 175-194.

DIANA GUILLÉN, "Arreglos nupciales, iras santas y disputas regionales: apuntes para la microhistoria de Chiapas", en *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, Nueva época, mayo-agosto de 2000, núm. 47, pp. 5-38.

----------, "Centralidad política, votos y balas: Chiapas, 1911", en *Argumentos*, (México, UAM-Xochimilco), diciembre 2003-abril 2004, pp.41-62.

MIGUEL LISBONA GUILLÉN, , "El anticlericalismo: una propuesta de estudio para el caso chiapaneco durante el período revolucionario", en Mercedes Olivera y María Dolores Palomo (coord.), *Chiapas: de la independencia a la revolución,* México, CIESAS, 2005, pp. 97-116.

ISABEL CASTAÑÓN Y SU PADRE A LA ENTRADA DEL TEMPLO DE SANTO DOMINGO (CHIAPA DE CORZO, 1912)

Isidro Fabela, la fotografía y la Revolución mexicana

Alberto Del Castillo Troncoso
Instituto Mora

Para Carlos Del Castillo Venegas, el "capi", en sus primeros 90 años

Los pasos de Fabela

Isidro Fabela es uno de los intelectuales más importantes de la Revolución mexicana. Su participación al lado de las fuerzas constitucionalistas en Coahuila y Sonora en 1913 y su intervención como encargado de la Secretaría de Relaciones Exteriores de Venustiano Carranza durante la invasión estadunidense a Veracruz en 1914, sus múltiples gestiones como diplomático en Europa y América del Sur durante el gobierno del mismo don Venustiano y como representante de México ante la Liga de las Naciones en administraciones posteriores lo convirtieron en uno de los artífices del nacionalismo revolucionario que dio cauce institucional a la violencia de la gesta armada así como el sentido histórico de ser parte de uno de los más importantes imaginarios políticos y culturales del siglo XX.

A lo largo de varios decenios, don Isidro representó con gran dignidad y decoro a un discreto país latinoamericano capaz de enfrentar por la vía diplomática a varias de las grandes potencias de la época, desde Estados Unidos con Woodrow Wilson hasta Alemania con Adolfo Hitler, pasando por la Italia de Benito Mussolini y la España de Franco.

Isidro Fabela hizo a lo largo de su vida varios diagnósticos de la Revolución. Primero en diversas crónicas, luego en una historia diplomática, más tarde en sus memorias, describió con lujo de detalles su participación al lado de personajes como Abraham González, José Maytorena, Álvaro Obregón, Manuel Diéguez, Cándido Aguilar, Eduardo Hay y muchos otros, siempre bajo la égida de Carranza, el Primer Jefe, líder indiscu-

tible a quien prodigó una lealtad a toda prueba. En todo momento argumentó su preocupación por documentar los hechos y así poder escribir narrativas verosímiles, capaces de dar cuenta de una realidad tan compleja como la que sin duda fue el levantamiento armado con sus distintos profetas, desde los hombres fuertes del norte del país hasta los caudillos del sur, todos convertidos en poco tiempo en personajes de leyenda.

Su sobrevivencia a todos los jefes revolucionarios y su posterior intervención como diplomático en varios gobiernos emanados de la gesta armada le dieron la distancia precisa para aquilatar el valor de su archivo de documentos y fotografías y vislumbrar la necesidad de apoyar su testimonio personal en ellos, para dotarlo de cierta objetividad y verosimilitud.

La colección fotográfica

Una faceta poco conocida de don Isidro es la de coleccionista de fotografías de la Revolución. No formó una crónica visual que pretenda sustentar todos los hechos en forma global o exhaustiva, sino que, por el contrario, es el registro personal de una trayectoria política y militar al lado de Carranza en los años álgidos del levantamiento contra Victoriano Huerta. Una visión tan acotada y precisa resulta todo menos obra de la casualidad. Por el contrario, es un indicador de su participación, toda vez que, a la usanza de los diarios íntimos, su presencia gravita en una buena suma de fotografías.

La colección fotográfica de nuestro personaje consta de cerca de 1,000 imágenes que comienzan con su arribo en 1913 al ejército revolucionario dirigido por Pablo González y Jesús Carranza en Coahuila e incluyen su incorporación posterior a las fuerzas constitucionalistas en Sonora, una parte significativa de la campaña del Pacífico, con la caída de Mazatlán y la apertura consecuente del camino a la ciudad de México para Álvaro Obregón, la devolución del puerto de Veracruz por los ocupantes estadunidenses y la gira triunfal de Venustiano Carranza por el interior del país a fines de 1915 e inicios de 1916.

Una ruta como ésta contiene omisiones importantes que deben ser vistas como parte del conflicto que surgió entre las distintas fracciones revolucionarias. De tal modo, el énfasis en don Venustiano y algunos de sus oficiales contrasta con el vacío existente en torno a las figuras de Francisco Villa y Emiliano Zapata. La disputa del constitucionalismo con estos dos jefes halla viva expresión en el acervo fotográfico de Fabela.

A pesar de las ausencias, la diversidad de firmas que aparecen en el acervo, que van de José María Chávez en Piedras Negras a W. Roberts y Alberto Lohn en Culiacán, pasando por los itinerarios regionales de Jesús H. Avitia y los Hermanos Mendoza, permite asomarse a la compleja representación iconográfica de la Revolución mexicana que, durante décadas, pretendió reducirse a la visión monolítica de la memoria oficial y su expresión emblemática a través de la firma única de Agustín Víctor Casasola.

En esta crónica visual pueden encontrarse las huellas de la voluntad documental de Fabela, quien a lo largo de su vida se propuso fijar la memoria mediante testimonios precisos y contextos concretos, no para aparentar una imparcialidad imposible, sino para defender su derecho a la subjetividad como parte de una lucha política basada en el simbolismo de las imágenes.

La construcción mediática del Primer Jefe

Una aportación relevante de este conjunto de fotografías consiste en que proporciona varias de las visiones generadas en torno a los jefes revolucionarios. En ocasiones, estas visiones están construidas desde dentro, es decir, desde la perspectiva del ejército revolucionario y se centra en las condiciones precarias que rodeaban a oficiales y soldados durante la campaña, con la camaradería que distinguió a la primera fase de la lucha y se fue diluyendo y subordinando a los lineamientos verticales de una jerarquía militar profesional.

Tal es el contexto para leer la fotografía de la p. 41[1]. En ella podemos ver al Primer Jefe en el trayecto de Sonora a la ciudad de Chihuahua; lo rodean colaboradores más cercanos, como Alfredo Breceda, Gustavo Espinosa Mireles y el propio Fabela. Viste el traje que solía usar en campaña, sin mayores insignias militares y comparte con los demás el pan y la sal en una gruta que les sirve de pequeño descanso en el polvoso camino. Enton-

ces Carranza luchaba por imponer su liderazgo sobre caudillos como Villa, dueños de un talento bélico mayor. La identidad del fotógrafo es desconocida, pero podría tratarse de la firma de los Hermanos Mendoza, quienes lo acompañaron todo el trayecto.

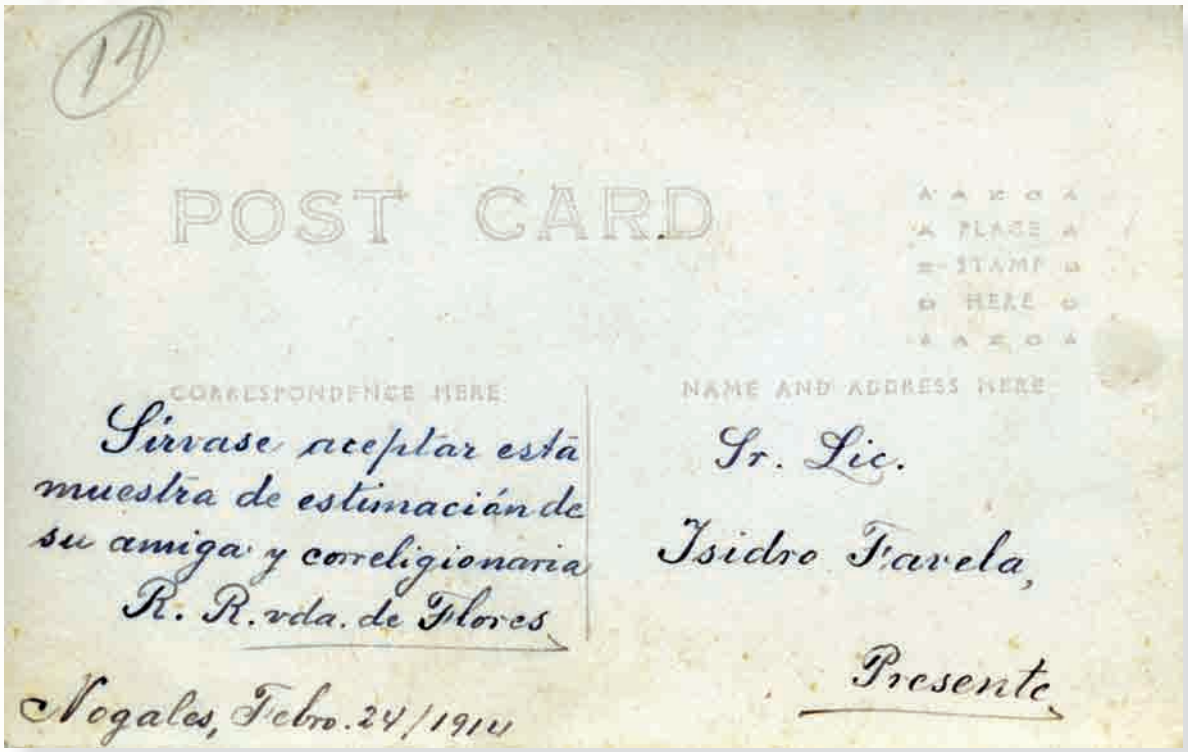
La fotografía en p. 42 [2] forma parte del proceso propagandístico de construcción de un liderazgo político del Primer Jefe, luego de la derrota de Victoriano Huerta. La toma de la imagen procede de la lente de José Mendoza, convertido en uno de los fotógrafos oficiales del carrancismo y en el encargado de documentar los pormenores de la gira triunfal de don Venustiano por el interior del país a fines de 1915 e inicios de 1916, después de las victorias obregonistas sobre la legendaria División del Norte.

Tal ha sido el cambio en la autoimagen de Carranza desde 1913 que, al visitar dos años después la casa de Miguel Hidalgo en Guanajuato, ya se tuteaba con el "Padre de la Patria" y en el libro de los visitantes distinguidos deja anotado: "La patria que tú creaste, nosotros sabremos defenderla". La foto muestra el duelo de miradas que sostiene con Marcos Silva, artesano alfarero de Tlaquepaque, Jalisco, quien trata de reproducir su figura en un busto de bronce, resaltada eficazmente por el fotógrafo en un primer plano a la vez que difumina en un sutil fuera de foco a la concurrencia. La visión de poder, lejana y vertical, sobre el político triunfante gana a la visión horizontal e igualitaria previa del rebelde en combate. Así queda documentada la estrategia mediática carrancista y de construcción de una imagen heroica en la fase de ejercicio del poder. El escritor Martín Luis Guzmán describió la necesidad de consolidar objetivos por parte del Primer Jefe a través de cierto uso del retrato y la consignó en la frase perfecta: *prodigarse en efigie.*

En otras ocasiones, el registro documental de una imagen apunta en distinta dirección. De tal modo, los diferentes puntos de vista que, en un momento dado, vuelven relativos los relatos de la Revolución y permiten que el observador capte la multiplicidad de puntos de vista es representado por la magnífica fotografía de Jesús H. Abitia, que rescata el trabajo de un anónimo fotógrafo local anónimo captando la estampa convencional de Carranza junto al gobernador de Sonora, José Maytorena, pero incorporando a la vez a la gente de Cananea, que de otro modo estaría condenado al olvido (en p. 40 [3]).

El retrato en la frontera de lo público y lo privado

Por último, pero no por ello menos importante, otro asunto tocante a los hallazgos de este acervo tiene que ver con el redescubrimiento de lo privado, encarnado por algunas fotografías de retrato, dedicadas a Fabela por diferentes correligionarios en la lucha revolucionaria, que nos permiten identificar a personajes que, de otra forma, seguirían siendo estereotipos. Y es que la información añadida a una imagen por el propio Fabela o por sus amigos, conocidos y compañeros de ruta nos permite interpretarla mejor, y más si se entrecruza con testimonios escritos de determinados hechos históricos.



Un ejemplo excelente lo suministra el retrato de cuerpo completo de una dama (en p. 45 [4]), que aparece en una conocida tarjeta postal sonorense de aquellos años, con una pistola Colt 45 en el cinto, en la mano derecha una carabina enfundada entre dos cananas, y acompañada de dos militares varones sin armas: el mayor Gómez y el capitán Franco. A falta de más información, la escena remitía tan sólo a la participación simbólica de algunas mujeres en la épica revolucionaria y como tal ha sido mencionada en diversos estudios históricos de esta etapa, casi como un dato curioso.

Sin embargo, la colección fotográfica de don Isidro nos permite dar un salto cualitativo al encontrar a la misma mujer, cubierta de un abrigo de mink, con mascada y ballerina de seda y con un botón maderista que le otorga un sentido revolucionario (en p. 43 [5]). Se trata de un cuidadoso y complejo retrato dedicado a Fabela, en el que doña Ramona R. viuda de Flores aporta datos concretos de enorme valor sobre su persona, al acreditarse con el grado militar de coronela y como amiga y correligionaria de nuestro personaje y al fechar su saludo el 24 de febrero de 1914 en Nogales, Sonora. La firma del fotógrafo, totalmente identificada, corresponde a Albert W. Lohn, estadunidense profesional de la lente que radicaba en Culiacán desde principios del siglo y atendía en su estudio fotográfico de Culiacán con el lema: "Verdad y belleza".

La clave del vínculo entre la dama y don Isidro la proporciona este último en sus *Memorias*, cuando relata el extraordinario episodio en que doña Ramona, viuda del general maderista Ramón F. Iturbe, lo invitó a cenar, a él y al general Felipe Ángeles, en plena campaña revolucionaria en Sonora. La mujer dejó en nuestro personaje una impresión tan grata que conservó por décadas el retrato autografiado, siendo éste una evidencia excepcional de la participación femenina en la Revolución mexicana.

Foto e historia: un diálogo posible

Hasta aquí este breve recorrido por algunas de las fotografías de la colección de Isidro Fabela, a través de imágenes que proporcionan distintas pistas y conocimientos a los lectores actuales, deseosos de explorar caminos y veredas distintos a los que nos ha suministrado la memoria oficial de nuestra historia.

A lo largo de este año de celebraciones por el Centenario de la Revolución mexicana se han publicado importantes investigaciones de largo

alcance, apoyadas en la revisión de decenas de archivos fotográficos en distintos países y en la reflexión sobre la forma de construir imaginarios y de cómo se repiten ciertos iconos del levantamiento a partir de su divulgación en periódicos, revistas, películas y documentales de la época. El trabajo de recuperación de la mirada de Fabela que hemos desarrollado en este artículo se sitúa en el extremo opuesto, pues parte de una visión personal, mucho más cercana, a fin de explicar el mundo de un solo autor entrelazando las imágenes de su pequeña colección fotográfica con una documentación que abarca de 1913 a 1915.

Entre el telescopio y el microscopio, estamos seguros de que los historiadores seguirán utilizando las fotografías como documentos para sus investigaciones desde todos los ángulos y con todos los enfoques posibles. El uso de las mismas no sólo aclara contextos y situaciones concretas, sino que permite comprender ciertas lecturas e interpretaciones del mundo, que de otra manera permanecerían incompletas.

de Flores a Isidro Fabela, 1914. Alberto Lohn.

Notas

[1] Foto 1. Carranza y sus oficiales en el "Cañón del diablo", camino de Sonora a Chihuahua, 1914. Hermanos Mendoza (atribuida).

[2] Foto 2. Venustiano Carranza y el alfarero Marcos Silva, Tlaquepaque, Jalisco, 1916. Hermanos Mendoza.

[3] Foto 3. Venustiano Carranza y José Maytorena en Cananea, Sonora, 1914. Jesús H. Abitia.

[4] Foto 4. Ramona R. viuda de Flores con el mayor Gómez y el capitán Franco Reyes, *ca*. 1914. Autor desconocido.

[5] Fotos 5 y 6. Retrato dedicado de Ramona R. viuda

PARA SABER MÁS:

Emma García Krinsky (coord.), *Imaginarios y fotografía en México, 1839–1970*, Madrid, Lunwerg, 2005.

Claudia Canales y Miguel Ángel Berumen (eds.), *México: fotografía y revolución,* México, Lunwerg/Televisa, 2010.

Rebeca Monroy, *Historias para ver,* México, INAH/UNAM, 2004.

* Visitar la exposición: "Los laberintos de la mirada", Centro Cultural de España, Centro Histórico de la ciudad de México.

Vientos de cambio en el Sureste: Yucatán y la Revolución mexicana

Marisa Pérez Domínguez
Instituto Mora

A diferencia de otras regiones de México, la Revolución llegó a Yucatán de la mano del constitucionalismo, cuando Venustiano Carranza, como Primer Jefe de este movimiento, se estableció en Veracruz, mientras sus tropas combatían al gobierno de la Convención defendido por Francisco Villa y Emiliano Zapata. Desde el puerto designó al general de división Salvador Alvarado gobernador y comandante militar de la entidad en 1915. Esta fecha tardía no significó que la población hubiera permanecido inmóvil ante los sucesos iniciados en 1910, pues desde tiempo antes, se daban manifestaciones de descontento en el campo yucateco. No lograron articularse, sin embargo, en una lucha armada, como ocurrió en algunos estados del norte del país y por eso la historiografía afirma que "la Revolución llegó desde afuera" a la península.

La élite yucateca había enfrentado nuevos desafíos en la primera década del siglo XX, planteados por el cambio que sufría el mercado del henequén. La crisis económica mundial de 1907 sacudió el sistema regional, pero fue insuficiente para cambiar los parámetros productivos y comerciales y agravó, por el contrario, los problemas de Yucatán, que afloraron finalmente en el debate político.

Salvador Alvarado.

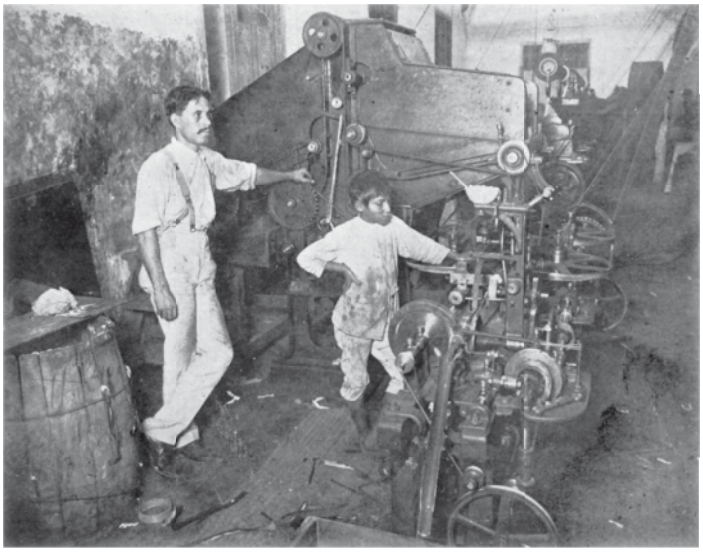
La sociedad también experimentó importantes transformaciones. La participación política de los campesinos y trabajadores rurales y urbanos aumentó, si bien al mismo tiempo hubo un revelador ascenso de la clase media, con lo cual se sumó un componente social a la división tradicional entre la élite y la población rural maya y mestiza.

La tormenta revolucionaria de 1910-1911 sorprendió a esta élite, cuyas divisiones internas se acentuaron, debilitando su liderazgo de clase, la que fue sustituida por una clase media en ascenso, cuyas aspiraciones encontraron un terreno fértil para expresarse.

(Izq.) Arco de San Juan, Mérida.

Los primeros cambios significativos se produjeron entre 1911 y 1914: la participación de la clase media en la lucha por el poder, la politización de las clases populares y la aparición de un nuevo marco ideológico para la acción del estado. Los tradicionales grupos dirigentes se vieron en la necesidad de ceder importantes espacios de poder, a veces aceptando lo ya inevitable y en otras de sumarse aun a la Revolución.

Vista del centro de Mérida.



Fábrica para hacer cigarros de hebra.

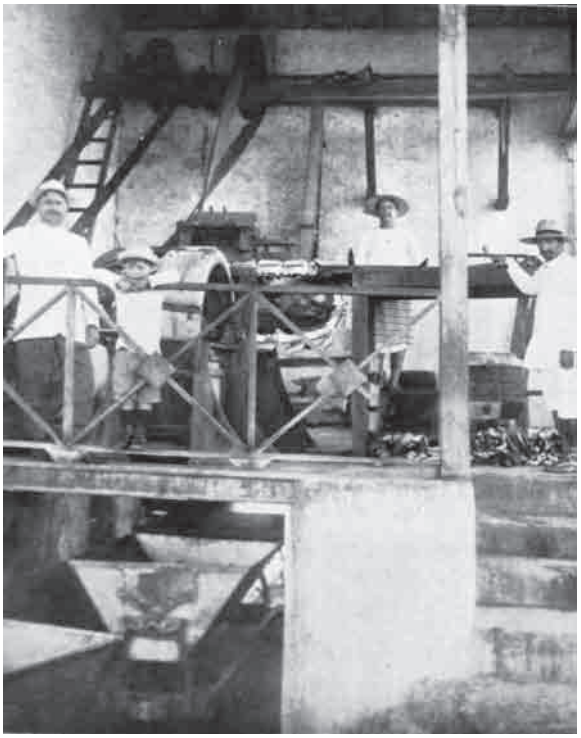
Al arribar a tierras yucatecas en marzo de 1915, el general Alvarado pudo constatar que la sociedad se hallaba en manos de un reducido número de personas que tenía el dominio económico, junto con los monopolios extranjeros, cuyo agente era Avelino Montes, de origen español y yerno y socio de Olegario Molina, el rey del henequén en el estado y además ex gobernador y ex secretario de Fomento de Porfirio Díaz. Montes y Molina, en contubernio con unos cuantos productores del conocido como *oro verde* y que constituían lo que la gente denominaba la *casta divina*, dominaban en el gobierno, los bancos, los ferrocarriles, la educación, la beneficencia, la iglesia y, desde luego, las fiestas de sociedad. Quien no pertenecía a la *casta* era excluido de todo: "no se movía la hoja del árbol sin la voluntad de la casta divina", escribió Alvarado en su libro *Mi actuación revolucionaria en Yucatán.*

Máquina para raspar henequén.

Alvarado, en aras de cumplir con los ideales revolucionarios, se dio a la tarea de transformar sustantivamente los ámbitos económico, político y social. Realizó una serie de reformas sin precedente en Yucatán. Las leyes relativas a los peones, los niños y las mujeres fueron primero: destacan la de liberación de los peones acasillados, terminando así el sistema de deudas; la educación primaria, en adelante obligatoria, laica y gratuita; y la que impulsaba la incorporación de las mujeres a las actividades públicas, dándoles igualdad jurídica, emancipación a los 21 años y la separación a través del divorcio. Se empeñó en acabar con el monopolio de la International Harvester, formando la Comisión Reguladora del Mercado de Henequén y procedió a la incautación de los ferrocarriles y a modificar a fondo el sistema hacendario. Emitió una Ley de Cultos para contrarrestar la poderosa presencia de la iglesia católica y llevó a cabo una campaña "desfanatizadora", necesaria a su juicio para "sanear" a la sociedad.

Entre las medidas y estrategias centrales de su programa de gobierno, merece especial atención la fundación de un nuevo partido oficial. Así intentó centralizar y coordinar "desde arriba" la actividad política. El llamado Partido Socialista Obrero operó para manejar el proceso de integración ciudadana; fue fundado por decreto, para que se convirtiera en el organismo encargado de desarrollar la política oficial del gobierno militar constitucionalista. Por eso se convirtió, para todos los efectos, en un partido de estado que integraba todas las redes de poder en el territorio.

No se hicieron esperar las reacciones positivas y negativas, de entusiasmo en unos y chasco y resentimiento en otros. La creciente participación de los trabajadores rurales y urbanos en la vida política les proveyó de armas para la lucha laboral que desconocían. El sindicato, la "liga de resistencia" (unidad básica del partido), las leyes laborales y el discurso ideológico fueron algunos de los tan-



tos medios de combate ahora en sus manos, que los fortalecieron y animaron como enemigos de una clase calificada de *explotadora* y *reaccionaria,* según el vocabulario revolucionario empleado en la península desde 1915.

El poder se había salido de manos de la élite para caer en las de una clase antes marginada y despreciada. Los nuevos políticos agitaban a las masas con un discurso socialista, amenazando con desencadenar su furia si los miembros de la *casta divina* no cumplían con sus deseos, esto es, pagar fuertes contribuciones, ceder a las demandas laborales y llevando a cabo todo lo estipulado por el nuevo Estado.

Felipe Carrillo Puerto.

Muchos lograron adaptarse. Otros, por el contrario, apostaron al desgaste de este nuevo estado. Dejaron de invertir en las actividades productivas, tratando de obtener el máximo provecho inmediato de sus haciendas y empresas, y trasladaron sus ganancias al extranjero. Algunos, vinculados con el viejo régimen y temerosos de represalias, se embarcaron con sus familias rumbo a Estados Unidos y La Habana y esperaron a que la tormenta pasara.

Cuando Alvarado salió del escenario político en 1918, el liderazgo pasó al nuevo hombre fuerte de Yucatán, Felipe Carrillo Puerto, quien en los siguientes años sentaría las bases para una nueva relación entre el estado revolucionario y los grupos emprendedores. Carrillo Puerto había vuelto a la península en 1915, luego de conducirse como delegado agrario de Emiliano Zapata en el distrito de Cuautla, Morelos. A su arribo fue apresado por el gobierno, que lo consideró un agente zapatista de peligro. Al mostrar su disposición a colaborar, fue puesto en libertad y, a partir de entonces, subió con rapidez hasta llegar a ser, a fines de 1917, presidente del Partido Socialista Obrero. Bajo su mandato, éste se convirtió en un instrumento de agitación, que lo llevaría al poder en menos de cuatro años, tiempo en el que no ocultó *su adhesión ideológica a la revolución bolchevique* y su convencimiento de que había llegado el momento de un cambio radical para el estado.

Caricatura de Olegario Molina.

De esta forma, Yucatán antecedía y rebasaba la tendencia general del movimiento revolucionario mexicano, la cual caminaba hacia la sustitución de los caudillos militares por organismos políticos como los partidos y los sindicatos. De ellos emanaría, en el marco de la recién promulgada Constitución de 1917, la nueva legitimidad de las instituciones nacionales. El cambio coincidió con la consolidación de Álvaro Obregón como líder de la Revolución mexicana, un hombre más sensible a las necesidades sociales. En este contexto, Carrillo Puerto se manifestó públicamente en pro de la candidatura de Obregón para la presidencia de la república y, bajo su mando, el Partido Socialista de Yucatán, rebautizado Partido Socialista del Sureste, se reorganizó y extendió por el territorio a través de las ligas de resistencia coordinadas por una liga central en Mérida. El partido dio cabida a todas las clases sociales, desde los trabajadores de distinto tipo hasta los ricos propietarios.

Plantación de henequén.

Campesino henequenero.

(Der.) Vendedora de frutas.

Sin embargo, esta expansión suscitó reacciones contrarias en la entidad y fuera de ella. Los hacendados y empresarios vieron con temor e inquietud a sus peones y empleados sumarse a las "ligas" y acudir a las reuniones y mítines socialistas. Y el mismo presidente Obregón, quien visitó la península en 1920, preocupado por el clima de conflicto que se advertía, invitó a Carrillo Puerto y a los socialistas a moderar el discurso revolucionario, pues lo creía peligroso para la reconstrucción económica y la imagen internacional del país.

El Partido Socialista del Sureste postuló a su líder como candidato al gobierno de Yucatán en noviembre de 1921. Carrillo Puerto ganó la gubernatura, pero pronto debió enfrentar las crecientes demandas salariales de los obreros. Su respuesta fue señalarles que debían *sujetarse a las consecuencias de sus actos*. Los obreros independientes se lanzaron entonces a la huelga, que terminó en derrota y su forzada alineación posterior a los órganos partidistas y sindicatos oficiales, en concordancia con el patrón corporativo impulsado en el ámbito nacional por Obregón y por el secretario de Gobernación, Plutarco Elías Calles.

Carrillo Puerto no se arredró ante las circunstancias, de modo que para 1923 sus facultades de dirigente partidista y gobernador le habían permitido apuntalar su régimen, tanto que se ha dicho que reunía poderes superiores a los de Obregón y Calles, sus protectores a nivel nacional. Su principal apoyo era el Partido Socialista del Sureste, con 80,000 integrantes bien organizados en las ligas de resistencia y con ramificaciones en los estados vecinos. Aumentó esta fuerza integrando un bloque con los gobernadores del golfo de México: Emilio Portes Gil en Tamaulipas, Adalberto Tejeda en Veracruz y Tomás Garrido Canabal en Tabasco, fuerza que utilizaba en favor de Calles y de Luis N. Morones, el máximo líder de la Confederación Regional de Obreros Mexicanos (CROM). Representaba, en suma, la más importante entidad regional en México.

Campesinos henequeneros.

Era lógico que entonces se sintiera muy seguro política y económicamente. De allí que, de manera intempestiva, expidiera la llamada "Ley Despojo", que establecía el decomiso y la expropiación de las haciendas abandonadas, para aprovechar los terrenos sin cultivar. La acompañó de un decreto que otorgaba a los trabajadores del henequén el 25 por ciento de los ingresos de la Comisión Reguladora para formar cooperativas. Con estos actos, dio al traste con el de por sí escaso crédito que le restaba entre los empresarios agrícolas.

El distanciamiento entre su gobierno y gran parte de estos empresarios le sería funesto. Se combinó, además, con la crisis política nacional producida por la pugna de Calles y Adolfo de la Huerta, secretario de Hacienda, por la sucesión

presidencial. Fiel partidario del primero, Carrillo Puerto se dispuso a enfrentar el levantamiento delahuertista, pero la traición en las fuerzas federales en Yucatán llevó a su aprehensión y fusilamiento al inicio de 1924. Sin éxito, algunos amigos hicieron gestiones para salvarlo. Sorprende constatar que una buena mayoría de militantes socialistas mostró poco interés al respecto. Y, por supuesto, es muy factible que una buena parte de los hacendados y empresarios sintieran un gran alivio por la liquidación del gobernador *rojo* y que en ella estuviesen los autores intelectuales del crimen o, como se decía entonces, sus *directores responsables*.

Esta fue, sin embargo, la última y malograda ocasión de que hacendados y empresarios yucatecos pudieran vislumbrar una salida antirrevolucionaria a sus dificultosas circunstancias. Los oficiales golpistas perdieron casi de inmediato el apoyo que tuvieron al inicio, pues ofrecieron escasas garantías de estabilidad política. La derrota delahuertista provocó, finalmente, su caída y, en el mes de abril, el *orden* se restauró en el estado.

Las lecciones de esta historia, aquí apenas esbozada, son muchas. El arribo de la Revolución a Yucatán y la fundación del Partido Socialista causaron un fuerte impacto en la élite regional, que llegó a temer que el movimiento adquiriera un tinte comunista y esto encarnara la confiscación de todas sus propiedades, como parecía advertir el discurso radical del gobierno de Carrillo Puerto. Por lo demás, aunque retuvieron su prioridad económica, la existencia se les complicó con el surgimiento de una nueva élite política, procedente de las clases media y popular, constituida por líderes y funcionarios del Partido Socialista, que se hizo cargo de la administración pública. Todo ello anticipaba conductas revolucionarias y programas de acción que también se dieron en otras partes de México.

Pese a lo complejo y virulento de los sucesos, la capacidad incluyente del nuevo estado mexicano venció la resistencia regional. Mediante la represión de las fuerzas que habían ganado espacios de poder durante los años previos, esto es, de los grupos organizados de hacendados y empresarios, de los sindicatos independientes y del Partido Socialista –cuya caída ocurrió después de la muerte de su impulsor y dirigente–, Yucatán se convirtió en una entidad más, articulada al resto de la nación.

Carrillo Puerto por Diego Rivera.

Ya no gobernaba –al menos abiertamente– la *casta divina.* Lo hacía otra *casta*, mucho más compleja política y económicamente, pero capaz de concluir acuerdos y de afiliar a sus antiguos enemigos de clase.

PARA SABER MÁS:

Antonio Magaña, *La tierra enrojecida*, Mérida, Biblioteca Básica de Yucatán, 2010.

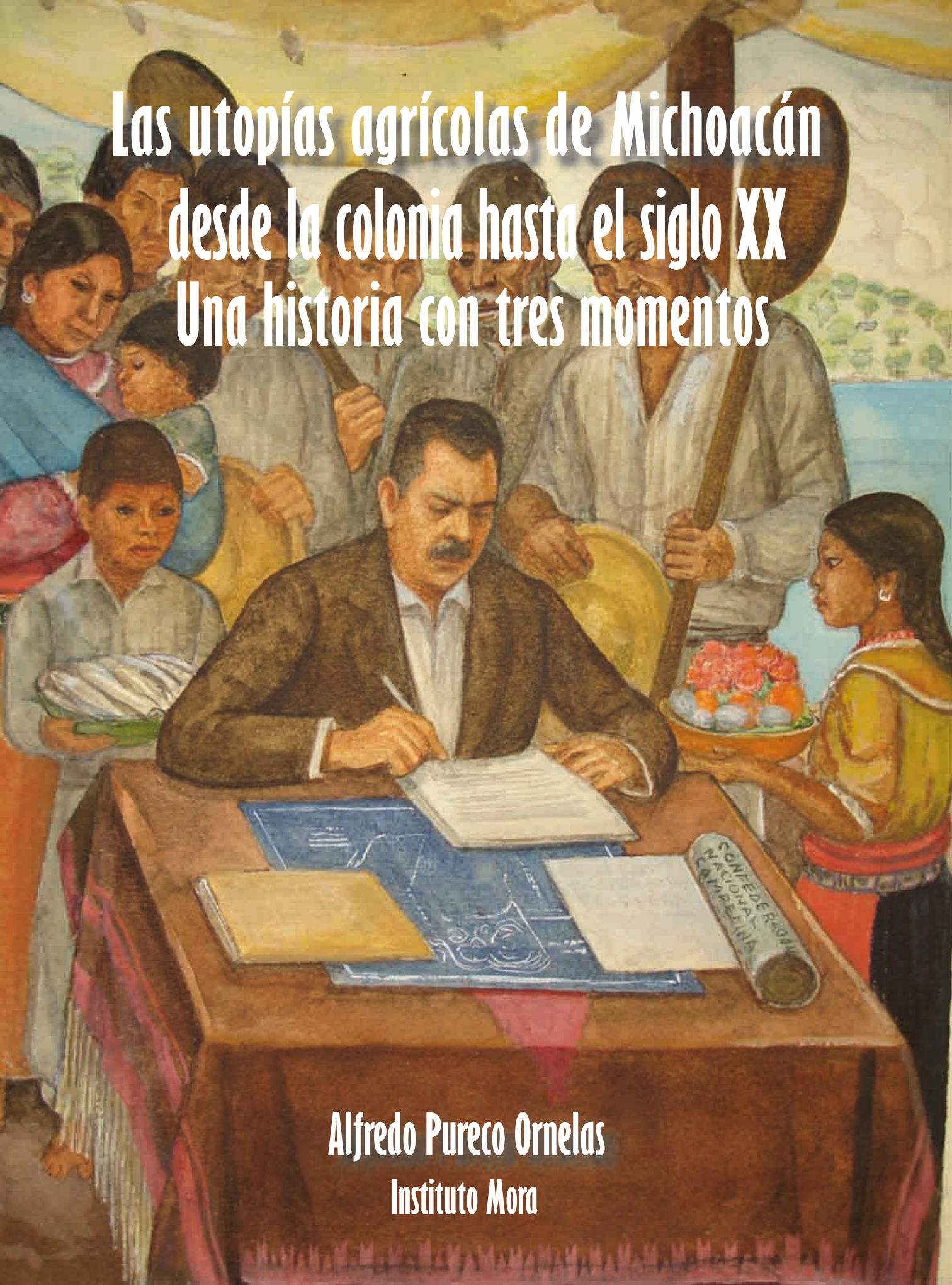
Francisco J. Paoli, *Yucatán y los orígenes del nuevo Estado mexicano: gobierno de Salvador Alvarado, 1915-1918,* Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán, 2001.

Marisa Pérez de Sarmiento y otros, *El cultivo de las élites: grupos económicos y políticos en Yucatán en los siglos XIX y XX*, México, Conaculta, 2001.

* Ver *La casta divina,* dirigida por Julián Pastor, México, 1977, 120 min. (Colección Imcine, DVD).

* Ver "Felipe Carrillo Puerto", en http://www.youtube.com/watch?v=OhFbtIJCJLE .

Las utopías agrícolas de Michoacán desde la colonia hasta el siglo XX
Una historia con tres momentos



Alfredo Pureco Ornelas
Instituto Mora

Pareciera que Michoacán es un lugar predilecto para las utopías. Y es que ellas se han intentado en tres momentos que, aunque terminaron sin frutos perdurables luego de la muerte de sus promotores, sí dejaron una huella importante en el espíritu humano que, a la fecha, podemos apreciar y recuperar.

El primer momento se dio a finales del siglo XVI, cuando algunos europeos de buena voluntad miraron al continente americano como un espacio de regeneración. Un ejemplo de ello fueron los misioneros llegados a estas tierras que, como el primer obispo de Michoacán, Vasco de Quiroga, suponían que la colonización del Nuevo Mundo era una oportunidad que Dios otorgaba a los hombres para empezar de nuevo, para renacer. La evangelización de los nativos representaba también la oportunidad de formar al hombre nuevo, de modelar un tipo de conciencia alejada de los vicios. Para el humanismo español aquel siglo XVI fue una época que ofrecía la posibilidad de hacer experimentos novedosos en aras de la perfección espiritual. El obispo Quiroga, recuperando el planteamiento de dos grandes renacentistas –Tomás Moro y Tomasso Campanella–, jugó a dar vida a su propia utopía en los pueblos-hospital de Michoacán.

La pretensión de Quiroga era fundar pueblos agrícolas que, con apego a las ordenanzas monárquicas, permitiesen aprovechar la humildad y sencillez de los indígenas para reivindicar los valores de la iglesia cristiana en su etapa prístina. Además, buscaba promover la especialización productiva de cada poblado en aquello en lo que tenía mayores posibilidades y aptitudes, con lo que se daría un intercambio benéfico para todo el entorno. Así, los prototípicos hospitales-pueblo de Santa Fe, de la Laguna y del Río en Michoacán y la Santa Fe de México, en las cercanías de Cuajimalpa, nacieron en la década de los años 1530. Aunque el empeño por sostener el proyecto transformador fue arduo, en el largo plazo era difícil de sostenerse financieramente. A la muerte del incansable Quiroga, su aspiración no tuvo heredero y feneció.

Esta experiencia colonial precedió a otras dos, ocurridas de forma muy distinta aunque en el mismo escenario. La segunda aconteció en el Porfiriato, cuando se trató de proyectar la imagen de un México moderno, con un amplio progreso material. La tercera ocurriría después de la Revolución, como producto del arraigo del ideario cardenista encaminado a abrir el desarrollo social en el campo. Sobre estas dos últimas experiencias, nos extenderemos un poco más.

Antes de referirnos a ellas, quisiéramos precisar que el sentido etimológico de la palabra utopía es el no–lugar. Es decir, la utopía es un artificio de la mente, de una abstracción, un proyecto, por lo cual nace en el ámbito de lo individual e íntimo. Su hechura responde a los ideales de su sujeto–creador y por lo mismo responde a sus aspiraciones, las cuales, sin duda, estarán determinadas por la época en que le toca vivir. De tal modo, una utopía puede ser de orden ético, social, político y hasta económico y aun llegar a ser programas de transformación de gran aceptación social y entonces perdurar o bien limitarse al aislamiento de quien las sueña y morir cuando éste muere.

Vasco de Quiroga.

La utopía empresarial privada

El espacio idóneo para realizar una utopía es aquel que, para quien la proyecta, se encuentra vacío. Es un territorio inmaculado, desprovisto de identidad por creer que no pertenece a nadie; sin embargo, tal espacio es posible de colmarse con lo ajeno, con lo anhelado, que allí puede florecer. Esta descripción se ajusta relativamente bien a lo ocurrido en el campo de los negocios y la empresa agrícola moderna que pretendió arraigar el régimen porfiriano en México por conducto de extranjeros. Y es que en las últimas dos décadas del siglo XIX el general Porfirio Díaz invitó, por medio de su ministerio de Fomento, a colonizar

(Izq.) "La tierra para los pobres", mural de Roberto Cueva del Río en Casa Eréndira, Pátzcuaro.

Dante Cusi, "el agricultor ejemplar".

México. Idílicamente se pretendía romper con la tradición y el provincianismo que se pensaban como la cara del atraso para hacer progresar al país, modernizarlo y volverlo cosmopolita. Sin embargo, sólo en casos muy excepcionales pudo lograrse este modelo del "buen" colono y uno de ellos lo representó el italiano Dante Cusi, quien se estableció con su familia en la Tierra Caliente central de Michoacán en 1884 para construir una utopía agrícola y empresarial privada.

El emigrado llegaba de Milán pensando, como muchos otros italianos de su época, que América era un continente abierto a las oportunidades de éxito económico individual. Lo que encontró fue un territorio muy distinto al que dejó atrás; uno aislado, casi desierto y agobiantemente tórrido. Su plan original no había sido establecerse en Michoacán, sino en Estados Unidos, donde pretendía convertirse en productor y comercializador de algodón. No se pudo, así que tuvo que conformarse con la idea de que, si en algún lugar iba a convertirse en un hombre de fortuna, sería en México.

El lugar que los recibió fue Parácuaro, pequeño paraje cerca de Apatzingán. Al inicio, Cusi y su familia se contentaron con poder sobrevivir a la ruina en que estaban. Se asociaron con otros italianos que arrendaban propiedades por la zona y con ellos, si bien no mucho después de forma autónoma, se hicieron agricultores, comerciantes, arrieros y hasta prestamistas en pequeño. De arrendatarios pasaron a pequeños propietarios y su carácter de extranjeros y trabajadores les dio buena reputación y el aprecio del gobernador Aristeo Mercado y más tarde del mismo don Porfirio.

La zona a donde llegaron Cusi y su familia se había ocupado desde la época colonial en el cultivo de añil, algodón, arroz y, sobre todo, como enorme pastizal para la crianza de ganado bovino. Sin embargo, aunque las propiedades eran de gran extensión, las pocas haciendas que continuaban en funcionamiento se hallaban en profunda crisis derivada del estado que las había dejado, por un lado la guerra de Reforma y por otro, la resistencia al imperio francés. En cambio, las unidades productivas más pequeñas, los ranchos, gozaban de cierta bonanza relativa y fue desde ellos que Dante Cusi comenzó a despegar junto con el naciente siglo XX.

En la medida en que creció el poder económico de la familia, el entorno de los valles soleados en que quedaron sus propiedades fue siendo objeto de una gran transformación geográfica y social. Ese plan transformador respondía a los deseos de Porfirio Díaz y sus ministros de Fomento de poblar el campo con emigrados europeos que vertieran su saber innovador, introdujesen nuevas tecnologías agrícolas, cultivos comerciables que se impusieran sobre los de autoconsumo –lo cual llevaría a la especialización y por lo mismo al monocultivo– y, finalmente, alentaran –aunque sin mayor compromiso– la mediana y pequeña propiedad individual al estilo de las granjas.

Dante Cusi y sus hijos lograron alcanzar esas metas en la primera década del siglo XX, al adquirir una extensión de 62,000 hectáreas en los valles de Tamácuaro y Antúnez por la vía de préstamos hipotecarios que les concedió la Caja de Préstamos para Obras de Irrigación y Fomento a la Agricultura. En aquellos lugares fundaron las haciendas siamesas de Lombardía y Nueva Italia. En ambas, los cascos de las haciendas se edificaron prácticamente en medio de la nada, pues desde hacía mucho tiempo los pequeñísimos caseríos en que se ubicaron se encontraban en ruinas y casi despoblados.

La tarea más importante para hacer productivas aquellas llanuras era proveerles de una fuente de agua para convertir los semidesiertos en planicies fértiles. Aquí entró en escena la pericia y saber de los italianos, quienes, familiarizados con la ingeniería hidráulica de su tierra de origen, Lombardía, lograron sacar el agua del río Cupatitzio, la que iba por el lecho de un cañón muy profundo por abajo del nivel del terreno que se quería irrigar. Esto se logró mediante la introducción de nuevos materiales como la tubería y el remachado de acero, así como del empleo de fuentes novedo-

sas de energía en la comarca como la térmica y la eléctrica. Las tareas de nivelación y construcción de nuevos canales de conducción del agua fueron otras obras que llamaron la atención.

Justo al inicio de la Revolución mexicana, para 1910, los Cusi continuaban ampliando hacia el sur la frontera agrícola de Michoacán, rumbo a los linderos de la rivera norte del río Tepalcatepec. Para ello no sólo se habían especializado en la producción de arroz, sino que estaban prestos a incorporar las innovaciones en materia de mejoramiento genético del ganado y de las semillas agrícolas que empleaban. Experimentaban con simientes, con la adaptación de especies frutales y pecuarias, e importaban tanto de Estados Unidos como de Europa maquinaria para hacer funcionar la parte agroindustrial de la refinación del arroz.

Aquel despegue económico tendría grandes implicaciones sociales y, aunque muchas de estos cambios fueron eclipsados por la Revolución, su trascendencia vale la pena recuperarse. Por ejemplo: si en 1910, recién fundada la hacienda de Nueva Italia, contaba con 700 habitantes, al mediar el siglo XX alcanzaría una población de 4,700 personas. Este crecimiento demográfico se presentaría de forma ininterrumpida, a pesar incluso de la misma Revolución. En la especialización del cultivo del arroz se demandó de forma estacional, sobre todo para el periodo de cosechas, una amplia mano de obra que, desocupada de sus propias labores agrícolas, llegaba de las regiones altas de Michoacán e incluso de los vecinos estados de Jalisco y Guerrero.

Lejos de que los Cusi pensaran en sus haciendas como sitios que les investirían automáticamente de prestigio social, y en concordancia con la imagen señorial del terrateniente tradicional, aquellas fueron contempladas desde su origen con una mentalidad moderna, burguesa, diría Werner Sombart –el famoso sociólogo y economista alemán. Se trataba de unidades económicas hechas para la producción de excedentes y por consiguiente eran entendidas como fuente para la obtención de ganancias. El cálculo económico y técnico, del que Dante Cusi estaba muy al tanto desde que en su juventud fue empleado bancario en Milán, y como hijo de campesinos en su natal Brescia, pudo ser aplicado con prurito en la Tierra Caliente michoacana.

Aristeo Mercado, gobernador porfirista de Michoacán.

Nivelación de terrenos, apertura de canales de riego, encauzar corrientes de agua por desniveles de suelo e introducción de fuentes alternas y novedosas de energía como la eléctrica fueron algunos de sus grandes logros. Aquellos italianos veían materializada en sus haciendas michoacanas la América que habían soñado al salir de su patria cisalpina. Era su anhelo personal realizado y un ejemplo de progreso muy al estilo del plan modernizador del campo que el general Porfirio Díaz deseaba para la república. La utopía pública y la privada convergían en una sola e idéntica.

La utopía campesina socializante

La Revolución no impidió que aquellos negocios capitalistas siguieran funcionando a pesar de los coletazos que la revuelta armada infringió a Michoacán. La coyuntura cambiante obligó a que lo que era un negocio familiar se constituyese en sociedades anónimas, de las cuales la más importante fue la Negociación Agrícola del Valle del Marqués, S.A. Si bien las gavillas de bandoleros,

Lázaro Cárdenas, el otro utopista.

El ferrocarril impulsó el desarrollo ejidal.

revolucionarios y efectivos del ejército constitucionalista impusieron préstamos o despedazaron la infraestructura agrícola, ello no impidió que Lombardía y Nueva Italia pudieran sortear el escenario adverso.

Sería hasta la década de los años 1920 cuando las relaciones entre jornaleros y hacendados entraron en una larga fase de fractura que resultó imposible de superar. Los intereses de clase no pudieron contenerse más dentro de la matriz paternalista que Dante Cusi quiso imponer por mucho tiempo en el manejo de las relaciones laborales y en 1938, luego de numerosas huelgas, el presidente Lázaro Cárdenas decidió que Nueva Italia y Lombardía fueran intervenidas por el gobierno para dejarlas, de manera íntegra, con todo y su infraestructura, en manos de sus trabajadores bajo la forma de un ejido colectivo. El anhelo del general Cárdenas no era sólo entregar la tierra y dejar a su suerte a las clases rurales indigentes, sino establecer en ella un prototipo de "hacienda sin hacendados". Luego de la entrega formal a poco más de 2,000 campesinos, ocurrida en el mes de noviembre, se inició una segunda fase de transformación del espacio terracalentano, ahora por obra del ideario social del cardenismo; otro ideal, otra utopía.

El ejido comenzó a operar en las parcelas dadas a los jefes de familia radicados en las comunidades de las ex haciendas. De los terrenos para uso agropecuario, se apartó en cada una un espacio para la educación agrícola de niños y jóvenes.

Para ese entonces, las haciendas eran generadoras de 13,500 toneladas de arroz, 2,000 de limón y poseían 17,000 cabezas de ganado. Mantener aquel ritmo de producción exigía recursos financieros que sólo se lograron obtener mediante la constitución de Sociedades Colectivas de Crédito, una por cada núcleo productivo anterior a la expropiación. La idea planificadora del presidente Cárdenas se imponía como esquema para la marcha de aquellas unidades de producción cuya inspiración habría abrevado en los experimentos colectivistas rurales de los *koljoses* soviéticos.

Al igual que se vieron afectadas las antiguas propiedades de los Cusi, así también se transformó la propiedad agraria de toda la rivera norte del río Tepalcatepec, prácticamente desde los límites con el estado de Jalisco en el extremo poniente, hasta el río del Marqués por el oriente. De 1936 a 1959, en aquella extensa región se fundaron una treintena de ejidos, que en otro sentido representó un cambio poblacional abrupto para la zona debido a que los asentamientos se establecieron allí donde anteriormente existía una bajísima densidad demográfica.

En relación a la planeación urbana de los núcleos ejidales, llama la atención el cuidado con que se pretendió dar satisfacción a sus habitantes en términos, no sólo en su desarrollo material, sino humano en general. La traza urbanística de los núcleos ejidales estaba planeada de forma escrupulosamente reticular, al centro de la cual se encontraba a menudo una plazuela en forma de glorieta a la que convergían cuatro anchas avenidas. Dentro de esos núcleos se disponían, *a priori*, lugares para escuelas, los servicios de los distintos órdenes de gobierno, el mercado, la biblioteca, una sala de espectáculos, un asilo para ancianos y otro para huérfanos, parques deportivos, refrigerador comunal y escuelas técnicas agropecuarias y de artes y oficios. En la teoría, el proyecto de los ejidos terracalentanos y su planeación no dejaba un cabo suelto.

En términos de infraestructura las disposiciones fueron integrar aquella comarca al resto de Michoacán y del país, pues si bien los Cusi habían hecho hasta lo imposible para ser competitivos con su arroz en mercados de mediana y larga distancia, siempre tuvieron el obstáculo del relativo aislamiento entre sus haciendas y Uruapan,

el puerto ferroviario más cercano y desde donde desplegaban su potencial comercializador de productos agrícolas. Sin embargo, en 1940 quedó construida la vía del ferrocarril de 80 kilómetros entre Uruapan y Apatzingán, a través de los ejidos de Lombardía y Nueva Italia y a poca distancia de muchas otras propiedades ejidales.

No obstante que en 1940 Lázaro Cárdenas dejó la presidencia de la república, su interés por la zona de Tierra Caliente de Michoacán permaneció. La comandancia de las operaciones militares en la costa del Pacífico que le fue asignada durante la segunda guerra mundial lo mantuvo apartado de sus proyectos de fomento rural, pero en 1947, cuando el presidente Miguel Alemán lo designó Vocal Ejecutivo de la recién creada Comisión del Río Tepalcatepec, los retomó. Con nuevos bríos buscó ampliar la superficie de riego en esos feraces valles y desarrollar a un nivel insospechado el sistema hidráulico y de presas que los italianos Cusi habían inaugurado en el Porfiriato.

LA ESCUELA, ELEMENTO REGENERADOR.

Epílogo

El Michoacán del siglo XVI, lo mismo que todo el continente americano, era visto por los humanistas europeos, como una tabla rasa en la cual podía crecer un proyecto de humanidad diferente. Para el obispo Quiroga no se trataba solamente de emplear la fuerza laboral indígena al estilo que pensaron muchos conquistadores, sino de hacer de ella la columna vertebral de la que nacería una sociedad nueva. Su utopía era de carácter ético y económico; pero justamente por tener esa doble mira pereció con facilidad ante las fuerzas contrarias cuando él murió. Por su parte, la utopía porfiriana modernizadora expresada en la empresa agrícola de la familia Cusi casi se llevó a cabo, pues transformó físicamente un desierto en tierras altamente productivas. A ellas concurrieron cientos de personas en busca de trabajo o refugio durante la insurrección, pero el problema llegó cuando la acumulación demográfica rebasó los requerimientos de fuerza laboral de las haciendas y esto las hizo quebrar. En forma posterior, el presidente Cárdenas tuvo gran interés en que las conquistas de la Revolución se entregaran a las masas desposeídas que habían participado en ella y, por tanto, procuró para los pobres un proyecto de sociedad igualmente diferente; regenerada, útil para la nación y capaz de reproducir valores surgidos de la Revolución. Su gobierno otorgó oportunidad de crecimiento comunitario a los ejidos, pero desafortunadamente tampoco se pudo lograr la utopía socializante en el campo michoacano a plenitud, esta vez porque la semilla de la corrupción administrativa creció en las unidades colectivas de producción y el impulso que dio nacimiento a éstas se agotó poco a poco.

Tanto la utopía de Vasco de Quiroga en el siglo XVI como los proyectos porfiriano y posrevolucionario de transformación de la Tierra Caliente de Michoacán, terminaron como ensoñaciones surgidas de valores individuales, que se perdieron a medio camino entre lo ideal y lo posible. Utopías, al fin, pero ligadas siempre e inexorablemente a un impulso vital muy humano y, por lo mismo, también a la historia.

PARA SABER MÁS:

FERNANDO BENÍTEZ, *Lázaro Cárdenas y la revolución mexicana*, México, FCE, 2004.

EZIO CUSI, *Memorias de un colono*, Morelia, Morevallado, 2004.

LUIS GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, *Los días del presidente Cárdenas,* México, El Colegio de México, 2005 (*Historia de la Revolución Mexicana*, vol. 15).

MAURICIO MAGDALENO, *Cabello de elote*, México, Porrúa, 1986 ("Escritores Mexicanos", 85).

Los niños mexicanos de las escuelas elementales socialistas 1934-1940

Elvia Montes de Oca Navas

Sociedad Mexicana de Historia de la Educación

Hoy que son tan inciertos los rumbos que sigue el sistema educativo mexicano y que además se reclama por una pérdida general de valores, resulta útil revisar los modelos que se han puesto en práctica en nuestro pasado. Y un caso poco conocido es el de la escuela socialista que se implantó en el país durante el gobierno de Lázaro Cárdenas (1934-1940), de sumo interés por los valores democráticos y de responsabilidad social, así como por los sentimientos nacionales que se propuso transmitir a la niñez. Enseguida intentaremos un acercamiento, a través de su programa de estudios y de varios de los libros de texto que se publicaron de acuerdo con este programa.

El modelo de enseñanza socialista –seguido, por lo demás, en otros lugares del mundo– defendía la educación laica dentro y fuera de las aulas y criticaba a la educación liberal del siglo XIX y principios del XX por aceptar que los niños recibieran explicaciones basadas en la religión. El propósito fundamental era *crear en la juventud un concepto racional y exacto del universo y la vida social*, para lo cual era preciso excluir toda doctrina religiosa y combatir fanatismos y prejuicios no sustentados en las ciencias y la razón.

El proyecto se llevó a la práctica, pese a la oposición del clero católico y muchos padres de familia, que la calificaron, entre otros, de impía e inmoral. Pero el gobierno intervino en casi todos los niveles de la enseñanza pública y privada –salvo en la Universidad Nacional de México que se pronunció por la libertad de cátedra–, a través de inspectores que aplicaron una estrecha vigilancia.

Sin embargo, los valores que se impulsaban no eran ni impíos ni inmorales pues se pretendía alcanzar, mediante su enseñanza, el *Programa de estudios y de acción de la escuela socialista,* donde se planteaba que la educación impartida por el estado debía promover el sentido de servicio a los demás, despertar un espíritu de solidaridad humana, entender la cultura como un producto comunitario y social y e impulsar, a través de las ciencias y la investigación, que los alumnos adquirieran un concepto racional de su sitio en el mundo natural y en la sociedad así como conciencia de las posibilidades de cambiarlo.

Esta educación tendría que dar al *trabajo* honrado un valor fundamental para el sano desarrollo de los seres humanos en lo individual y de la sociedad en su conjunto. Las labores manuales gozarían del mismo reconocimiento que las intelectuales, por ser ambas útiles y productivas y de importancia igual en hombres y mujeres. Para conseguirlo, se alentaría la formación de cooperativas escolares de producción, venta y consumo.

Grabado de Diego Rivera.

La escuela socialista practicaría la *igualdad* –a través de la educación mixta–, a fin de que niños y niñas fueran vistos como iguales, independientemente de sus diferencias sexuales, raciales, económicas, religiosas, etcétera; sería *integral*, es decir, tendería a la formación equilibrada de los alumnos en todos los elementos y facultades que componen al ser humano; "desfanatizante", librando con esto a las escuelas y a la sociedad en su conjunto de toda forma de idolatría y superstición, que hasta entonces habían fomentado la sumisión y el conformismo en el pueblo mexicano; *emancipadora*, es decir, se eliminaría todo aquello que favoreciera el acatamiento y la explotación de unos hombres por otros; y *vitalista*, en el sentido de pedir que la práctica acompañara a la teoría y el escolar participase activamente en la obten-

(Izq.)"El Maestro Rural", 1936.

ción de conocimientos que satisficieran sus intereses y que les fueran útiles para mejorar la condición de sus familias y su comunidad, en particular a los sectores más necesitados.

La reforma educativa hizo necesaria la elaboración de libros de texto que, en cuanto a métodos y contenidos, respondieran al nuevo programa. Se trazó un plan editorial e integró una comisión con "escritores revolucionarios", a quienes se les dio la tarea de escribir y dictaminar los nuevos textos, mismos que, desde luego, habrían de seguir los lineamientos trazados, sin descuidar las estipulaciones de la enseñanza moderna. Además de ser ideológica y pedagógicamente distintos, los nuevos libros tendrían que estar al alcance de todas las posibilidades económicas y, si era posible, serían gratuitos.

Una recomendación fue retirar de las escuelas los libros que se estuvieran usando en ellas, en especial los de lectura y literatura –como la serie titulada *Rosas de la infancia* de María Enriqueta Camarillo. Se argumentó que estos libros estaban llenos de personajes fantásticos que "domesticaban" a los lectores, inculcándoles sentimientos de resignación frente a la situación en que vivían. Representaban una sociedad ideal en la que la armonía reinaba entre las clases y los trabajadores recibían salarios justos de los patrones y se ocupaban alegremente en sus labores. Asimismo, los hijos de los hacendados eran amigos de los hijos de los campesinos y los hijos de los obreros de los hijos de los empresarios. La religión tenía un peso definitivo; de acuerdo con ella, los ricos se mostraban caritativos con los pobres, obsequiándoles sus sobrantes.

Para sustituir estos textos, el maestro Rafael Ramírez escribió la serie llamada *Plan Sexenal Infantil*. Aquí nos referiremos al *Libro de Lectura para el Ciclo Intermedio de las Escuelas Rurales,* que ilustra con claridad acerca de la formación de los niños en las escuelas socialistas. En este libro, destinado al tercero y cuarto año de primaria, el autor se propuso impulsar a la acción a sus pequeños lectores, sumarlos a las inquietudes de los mayores e incorporar la escuela a la comunidad, de forma que dejara de verse como una institución separada del resto social.

La trama del libro se desarrolla en un pequeño pueblo campesino llamado "El porvenir", que evidentemente representaba la sociedad que, a juicio de los educadores socialistas, se tenía que construir. El trabajo en la escuela era siempre en grupo, el maestro instruía a los niños, pero también se encargaba de alfabetizar y dirigir a los padres en sus demandas sociales, entre ellas la tierra y el ejido. Se discutían y solucionaban los problemas en asambleas de distinto tipo –por toda la población, o los padres, o los alumnos, o un grado o grupo escolar–, en las que se oían y valoraban todas las opiniones. Tarea central acordada en estas reuniones para los niños fue que lucharan contra la injusticia y la explotación humana. Para el pro-

fesor Ramírez, se trataba de escuelas efectivas de organización social futura.

Los libros de lectura de la *Serie "SEP" Escuela* se destinaron a las primarias urbanas. Un buen ejemplo de los valores que se trataban de inculcar a los niños es el de 5º año. El protagonista cursa la primera enseñanza. Hijo de un impresor que trabaja en el periódico *El Mundo*, Pedrín tiene amigos de su edad, hijos de obreros; algunos, como él, venden periódicos antes de presentarse en la escuela, otros jamás asisten pues deben trabajar todo el día para apoyar a los suyos. Son niños pertenecientes a familias pobres, a veces miserables.

Como lo muestran las ilustraciones que completan el texto, cuando Pedrín camina por las calles para ofrecer *El Mundo*, puede observar las condiciones injustas y desiguales que imperan en la ciudad así como el surgimiento de nuevas formas de organización política y social. Se trata de las asambleas: de obreros, profesores o estudiantes –niños y de jóvenes–, en las que todos se llaman entre sí "camaradas" y discuten, presentan demandas, votan, contribuyen a tomar decisiones y hasta proclaman huelgas. En todas se exalta el gran valor del *trabajo en equipo, la participación activa de todos por igual, la ayuda mutua y la solidaridad con el grupo, el cumplimiento de las obligaciones libremente asumidas, el reconocimiento del otro en igualdad de derechos y obligaciones.*

Una serie de libros dirigida a las escuelas rurales fue *Simiente,* del profesor Gabriel Lucio. Los protagonistas son los campesinos con sus familias. El relato aborda la vida cotidiana y los problemas del campo. Describe también variadas formas de organización grupal: de los salones de clase y los anexos escolares (corrales para la cría de animales domésticos, talleres, huertos y parcelas) a las reuniones de los adultos que defienden su derecho a la tierra, como los comisariados y juntas ejidales, y de éstas a las propias de la comunidad, en que el maestro juega un papel definitivo, y en las que hombres y mujeres escuchan y discuten por igual las propuestas que se exponen.

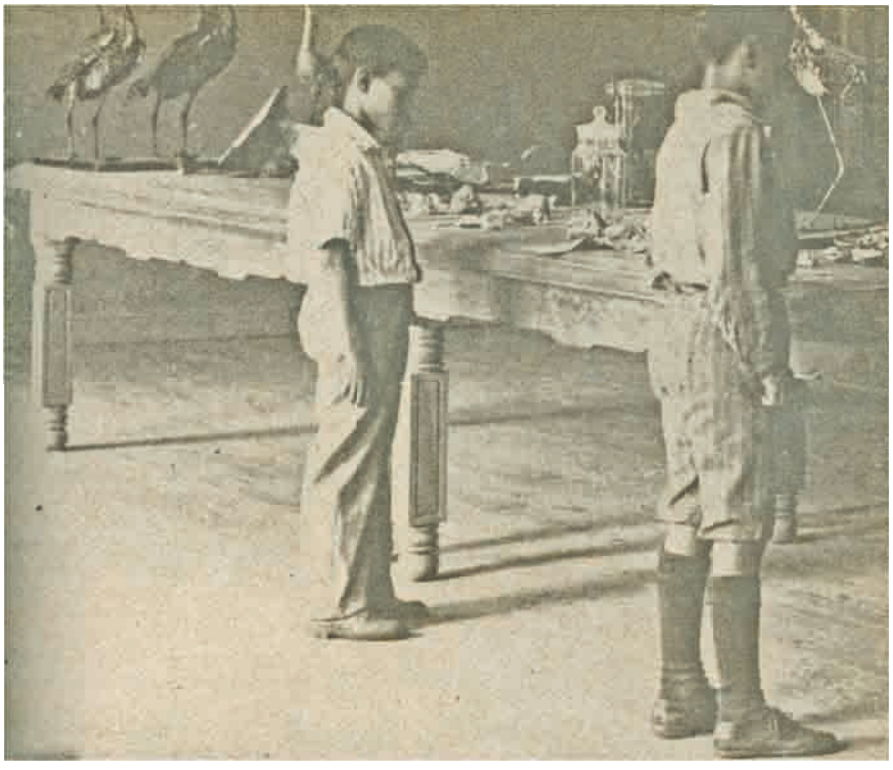
En suma, los libros destinados a las escuelas socialistas urbanas y rurales atacaban –a través de sus contenidos, ilustraciones y ejercicios para los alumnos– la acumulación de riqueza en unas pocas manos, basada en la explotación de obreros y campesinos, y la opulencia con que vivían los "ricos-zánganos" de la época. En todos, los esquemas de los padres son imitados por los hijos, que desean crecer para ayudar a la manutención familiar, los hijos de los obreros para ser obreros, los hijos de campesinos para colaborar en las labores agrícolas. Se plantea de esta manera una reproducción social que ofrece mejores condiciones materiales de vida a las clases trabajadoras.

Respecto a las niñas, se evadían los anhelos que éstas pudieran tener, ya que, de acuerdo con los patrones establecidos, ellas querían ser amas de casas atareadas y amorosas como sus mamás. Las niñas ayudan en las labores domésticas cuando no están en la escuela: las imágenes las muestran alegres y risueñas con la escoba en las manos o cuidando a los hermanitos, mientras las madres se ocupan de otros quehaceres. En el imaginario de los niños que aparecen en los libros se ve siempre al "padre trabajador y responsable" y "la madre dedicada al hogar".

Un objetivo de las lecturas fue que los niños aprendieran que debían esforzarse por sujetar los intereses individuales a los colectivos, proponerse la formación de comunidades y participar en ellas con responsabilidad, de forma organizada y eficaz, sin que esperasen siempre la ayuda del gobierno. Se hacía hincapié en que esta participación debía darse en todos los niveles, desde la escuela hasta las distintas organizaciones políticas y laborales. Y, en la práctica, los niños aprendían qué era democracia, qué autogobierno, qué voluntad general, etcétera.

La crítica hacia las injusticias sociales pasadas y presentes ocupaba un lugar importante en los libros. En este sentido, el conocimiento de la historia nacional resultaba una prioridad para, a partir de ella, modificar la realidad existente. Por ejemplo, al abordarse el estudio del Porfiriato, se enseñaba que en ese tiempo el pueblo no elegía a sus autoridades, sino que los caciques eran impuestos, pero que esto cambió gracias a la participación activa de los mexicanos. Se explicaba que, a continuación, la lucha de los campesinos y los obreros se tradujo, respectivamente, en los artículos 27 y 123 de la Constitución y en la legislación agraria y laboral.

Todos los textos insistían en que el futuro de México estaba en manos de todos, no de unos cuantos, y en que este futuro sería más justo si se basaba en la igualdad y la libertad. Se infundían la admiración y el amor por la patria, con un na-



cionalismo que marcaría a una generación, pero basado en la crítica de la situación real del país.

La escuela socialista sólo duró el sexenio de gobierno de Lázaro Cárdenas. De hecho, un poco antes de su término, con el estallido de la segunda guerra mundial, de la que México no se podía apartar, comenzó a perder fuerza, junto con la actitud batalladora de la Secretaría de Educación Pública. El arribo al poder del general Manuel Ávila Camacho con su política de "Unidad Nacional" marcó su final. Para aplacar los ánimos internos, se decidió prescindir de un discurso socialista que había causado muchas discrepancias y para 1946, el Ejecutivo presentó al Congreso una iniciativa de reforma del artículo 3º constitucional, que cancelaba el sentido socialista de la enseñanza, favoreciendo una educación laica dentro de los planteles escolares, nacional y democrática.

PARA SABER MÁS:

ELVIA MONTES DE OCA NAVAS, *La educación socialista en el Estado de México. Una historia olvidada*, Toluca, El Colegio Mexiquense/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, campus Toluca, 1998.

"Lázaro Cárdenas del Río" en http://www.youtube.com/watch?v=bFGzXwtLoUQ.

¿Festejar o conmemorar la Revolución?

EUGENIA MEYER

Las fechas en que el pasado se hace presente en rituales públicos activan sentimientos e interrogan razones. Se construyen y reconstruyen las memorias del pasado, se significan finalmente los momentos y las circunstancias que los diferentes actores eligen para expresar y confrontar en el escenario nacional los sentidos que otorgan a los quiebres institucionales que unos impulsaron y otros padecieron.

Celebrar o conmemorar parecen un binomio indisoluble en la acción de hurgar en los diversos escenarios en los que se despliegan los conflictos entre las diferentes interpretaciones y significados del pasado: cómo se transforma a lo largo del tiempo, por qué algunas fechas pueden cobrar mayor importancia hasta convertirse en emble-

máticas o ser sólo hitos locales o regionales.

Recuerdo e historia van de la mano en la construcción de las memorias sociales: establecen, a través de prácticas, marcas y celebraciones, los rituales públicos, las inscripciones simbólicas, los monumentos. Las diferentes interpretaciones sociales del pasado, las efemérides nacionales, se tornan objeto de disputas y conflictos. ¿Quiénes celebran o conmemoran? ¿Por qué lo hacen?

Es difícil lograr consenso al respecto, pues las mismas fechas pueden tener acepciones diferentes para los diversos actores en todos los niveles y estratos de la vida social del país, empezando por la esfera política. La operación del recuerdo y la del olvido ocurren siempre de acuerdo con las temporalidades subjetivas; remiten a hechos y procesos del pasado, que a su vez cobran sentido al vincularse con la proyección del futuro.

También es cierto que la temporalidad se dirige al mañana, al paso del tiempo y a las transformaciones de los procesos sociales a lo largo de la historia. Por ello quizá es menester insistir en *historizar* la memoria para analizar las transformaciones y los cambios en los actores que recuerdan y olvidan los hechos del ayer, o bien que celebran y conmemoran esos procesos.

En medio de tantos avatares "celebratorios", habría que reconocer que el término *revolución* ha quedado fuera del vocabulario político. Luego de tantas décadas de construir el discurso del estado mexicano alrededor de la gesta de 1910, parece que todo ello pertenece a una historia vieja, anquilosada. En su lugar se encauza la propuesta de la modernización y el cambio por los que tantos mexicanos han apostado su futuro.

Hasta hace unos años, desde que los *legítimos* herederos de la Revolución perdieron el poder, la misma parecía estar ya en el olvido. Sin embargo, con el bullicio del centenario, de repente nos encontramos con que la Revolución, por arte y magia de los calendarios, ha logrado ponerse de moda nuevamente. Inmersos como estamos ahora en la vorágine y la borrachera colectiva de las conmemoraciones, que no logran ocultar o disfrazar la torpeza y la miopía del gobierno –o los gobiernos–, se pone de manifiesto la falta de imaginación y desorientación en el asunto de los festejos; en parte, debido a que el partido en el poder no entiende ni se identifica (y porque le son ajenas) con la Independencia y la Revolución. Como hechos extraños, son atendidos de mil formas, y sin meditarlo a conciencia les han dado un tratamiento de sacralización piadosa.

La Revolución –que parece haber renacido de sus cenizas– es un proceso distante con el que es casi imposible esperar empatía de parte del Partido Acción Nacional. El movimiento que echó raíces con la construcción de un partido surgido de la lucha armada (el Partido Nacional Revolucionario, luego Partido de la Revolución Mexicana y finalmente Partido Revolucionario Institucional) quedó atrás con lo que algunos despistados y hasta optimistas definieron como el triunfo de la democracia, con la alternancia partidista y el ya distante –aunque no añorado– gobierno de Vicente Fox.

No resulta estéril, por ende, hacer el esfuerzo por reflexionar sobre lo que la Revolución fue y el significado que hoy tiene. Con sus cien años a cuestas, la revolución es –como dijera de manera insistente desde los años cuarenta Jesús Silva Herzog– un hecho histórico. Se perdió la reverencia, se debilitó o anquilosó la mitología y, en consecuencia, se dio paso a una visión más madura, quizá también más real y objetiva, del periodo que transformó la vida nacional, el ser y el hacer de México.

En los sesenta, cuando nuestra Revolución empezó a ser entendida como la preferida –en especial por los ideólogos estadunidenses–, luego del sobresalto causado por la revolución cubana y la declaración de su carácter socialista, la atención hacia el proceso mexicano fue mayor. Los estudios y centros académicos dedicados a nosotros crecieron de manera significativa, muy especialmente en Estados Unidos. Esto es coincidente con la políticas implantadas y desarrolladas por la Alianza para el Progreso, el programa de ayuda económica y social destinado a América Latina gestado por John F. Kennedy, que habría de estar vigente casi una década.

Respecto a México, de inmediato se dio un fenómeno interno muy particular: los estudios sobre la Revolución empezaron a tomar un tono

y un ritmo diferentes. Incluso se creó un Instituto de Estudios de la Revolución Mexicana, dependiente de la Secretaría de Gobernación, que durante el primer gobierno panista –para ser congruente con la ideología que campeaba y que sigue atosigándonos– se transformó en Instituto de Estudios Históricos de las Revoluciones de México. ***Cabe señalar que recientemente, y sin explicación que mediara, la institución fue transferida a la Secretaría de Educación Pública, la cual, además, recogió la compleja e ingrata tarea de asumir, a estas alturas, la coordinación de los festejos del bicentenario y el centenario.***

Por muchos años la Revolución era entendida como otra cosa. Parecía estar a la vuelta de la esquina, casi al alcance de la mano, y ello equivalía a acometer lo que tan valientemente propuso en 1968 el historiador francés Jean Chesneaux: hacer tabla rasa con el pasado, quitarse el guardapolvos, los guantes de la pureza, abandonar el gabinete del científico, para lanzarnos a la calle a observar de cerca los acontecimientos y participar en ellos. Porque de lo que se trata es de vivir la historia como protagonistas comprometidos con nuestro tiempo, y no como meros espectadores. En un abrir y cerrar de ojos se invierte la dinámica pasado-presente por presente-pasado. Se trata de entender lo que sucedió a la luz de lo que ocurre hoy.

Asumimos que resulta impostergable la tarea que tenemos de revisar el proceso y replanteárnoslo a la luz del presente. Luego de que concluyan la fiesta y la rebatinga de programas, festejos, ***monumentos –que no podrán ser inaugurados sino hasta mucho después, con fechas aún inciertas***–, la competencia por ser los más originales, los más lucidores, los que más gastaron en tiempos aciagos, tendremos los historiadores que sacudirnos la tentación y el riesgo de convertirnos en intelectuales orgánicos al servicio del príncipe y volver a la realidad y al compromiso del oficio de historiar.

La Revolución mexicana fue la primera gran revolución social del siglo XX. Fue la irrupción violenta de las masas que buscaban un cambio de vida, un destino diferente. Fue, al mismo tiempo, la última gran revolución democrático-burguesa, social y campesina del siglo XX. No fue una lucha generalizada –no todo el país se levantó en armas–, ni simultánea, ni homogénea; por lo mismo se tienen que reconocer varias revoluciones dentro de la Revolución, igual que las contrarrevoluciones y movimientos que se oponían al cambio y defendieron a sangre y fuego sus privilegios, sus formas de pensar y actuar.

La fuerza esencial de la Revolución fueron los campesinos y sus caudillos, entendidos como energía medular de la acción revolucionaria. Fue el largo, anquilosado gobierno de Porfirio Díaz el que propició el surgimiento de aquéllos al empujar al pueblo hacia la búsqueda de formas libertarias cuyas autorías, en ocasiones, resultaron anónimas.

Durante años se condenó a la hoguera a Díaz y todo lo que él significaba. Sólo así parecía poder justificarse el levantamiento popular, darle crédito y espacio a la mitología revolucionaria. Era el viejo juego del maniqueísmo histórico que se nos da tan bien: todo blanco o todo negro. No hay juicios imparciales ni, mucho menos, medios tonos, ni la menor posibilidad de reconocer que gracias al porfirismo nos vimos inmersos en la modernidad, que fueron los porfiristas –antiguos liberales y defensores de la integridad nacional frente a las intervenciones extranjeras– los que propiciaron la estabilidad que no habíamos tenido en lo que iba del siglo XIX. Sólo en las últimas décadas del XX se empezó a reconsiderar de manera integral al personaje y sus más de treinta años en el poder. Ello, por extravagante que parezca, permitió a los historiadores de la Revolución mayor libertad para realizar un trabajo de análisis e interpretación más justo.

En efecto, cada trozo escrito sobre el movimiento revolucionario sirvió para que los historiadores fueran tejiendo una especie de frazada protectora –que hoy en día nos cobija a los mexicanos–, desconcertados por la parafernalia que montaron los diferentes gobiernos de todos los niveles, en una especie de competencia nacional en los festejos del bicentenario y del centenario.

No se puede hablar de la Revolución como de un compartimento estanco, pero tampoco de

sus múltiples expresiones regionales y locales separadas del proceso totalizador. La interrogante es si en realidad el magonismo, el maderismo, el villismo o el zapatismo pueden definirse como corrientes revolucionarias. A fuerza de tergiversar el conocimiento del pasado, nos encontramos de repente a Villa o a Zapata recitando trozos del discurso oficial que por magias de partidos han recibido una parcela en la gloria conmemorativa, aunque efímera, de los interminables e inexplicables actos protocolarios.

La Revolución fue parte de un largo y continuado proceso histórico. Desde una visión contemporánea y a la luz de las nuevas investigaciones, ésta no puede ya entenderse sólo como el resultado inevitable del estado de miseria y explotación de las masas, pues muchos permanecieron ajenos a ella e incluso se opusieron al proceso revolucionario.

Con la Revolución de 1910 se abre el ciclo de las grandes revoluciones del siglo XX. El movimiento pretendió corregir los errores y las desviaciones del desarrollo *sui generis* de México. Los campesinos broncos que de diferentes lugares y con diversas circunstancias se fueron con el movimiento nada entendían de términos sofisticados de economía política ni de estado de derecho. De lo que se trataba entonces, de lo que se trata ahora, sigue siendo lo mismo: mejores condiciones de vida en un sistema de democracia y justicia sociales.

Dicen que las revoluciones comienzan por negar su pasado y proyectar su acción al futuro. La Revolución mexicana pretendió volver al pasado. Fue una candente defensa de las ideas de 1857: se propugnó un estado democrático, laico, representativo y federal; se trató de elevar a ley la lucha contra la arbitrariedad y el despotismo, contra gobiernos personalistas y dictatoriales. En sus inicios fue un movimiento urbano pequeñoburgués; luego se desplegó: dejó las ciudades para extenderse al campo y aglutinó a campesinos, jornaleros, obreros y artesanos.

Desde la guerra de Independencia se pretendió resolver los asuntos políticos y militares. Llegar a ser nación parecía haber quedado pendiente. Grupos en pugna para imponer modelos varios de estado-nación, oligarquías en conflicto, élites citadinas y sus homólogos locales y regionales, cada cual defendía sus espacios y sus campos de acción. Por paradójico que parezca, la defensa de lo propio, de las parcelas de poder local, regional o estatal, condujo finalmente al restablecimiento del pacto federal.

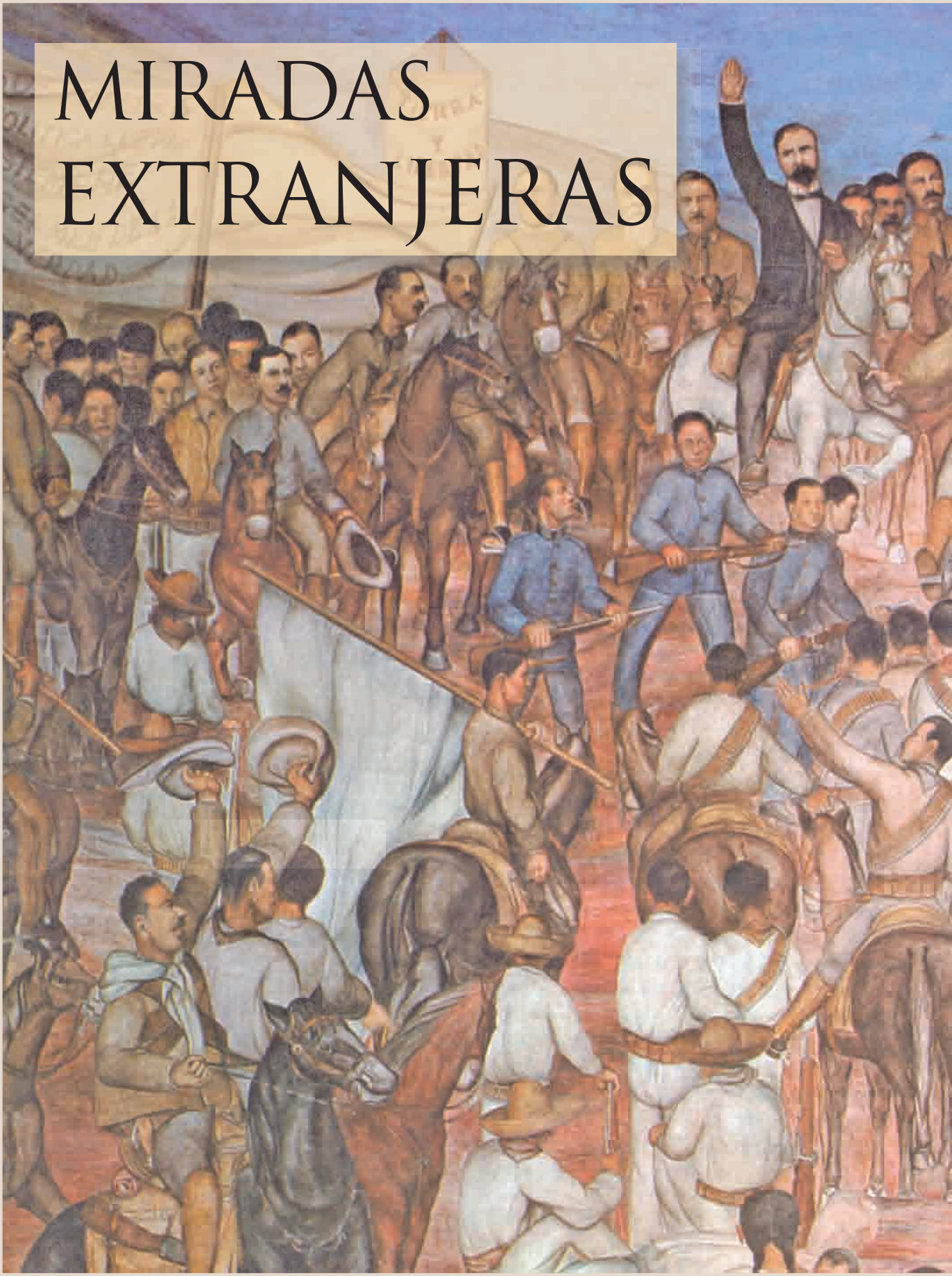
Alguna vez Jesús Reyes Heroles señaló que la Revolución no había resuelto todos los problemas y demandas porque, aun queriendo, hubiera sido imposible lograrlo. En consecuencia, parece justo destacar que la carga de peticiones y milagritos que se han querido imputar al proceso de 1910 está fuera de toda proporción.

Como ejercicio de dialéctica histórica, tenemos que asumir que la Revolución ya es un hecho histórico. A la luz del análisis y de los materiales y elementos con los que hoy contamos, podemos tener una visión de las partes en su conjunto, en lugar de ejercitar la acción de interrumpir, congelar, idealizar, enterrar y hasta revivirla como necesidad circunstancial de nuestra vida política, más que de nuestra memoria colectiva.

Asumir que la Revolución echó raíces no significa que haya que venerarla sin discusión alguna, casi como dogma de fe. Esto lleva a medir distancias entre lo que fue, lo que queremos o quisiéramos que hubiera sido y lo que real y objetivamente fue y sucedió.

Comprender la Revolución a partir de la reflexión histórica quizá contribuya a entender el México actual, cuya sociedad, toda, indiscutiblemente está en crisis. Hambre, inseguridad, carencias básicas de salud, de educación, negación de un estado de derecho, del laicismo por el que tantas generaciones lucharon y luchamos; corrupción y rapiña de diferentes lados, intereses mezquinos individuales o partidistas, convierten el panorama en una visión deplorable del futuro. Acaso la reflexión sobre la Revolución de 1910, de cara al porvenir, deba arrancar asumiendo que ésta es un proceso memorable. A partir de entonces, sin adjetivos, sin epítetos, habría que encauzar el firme compromiso de dar paso a la reconciliación, a la tolerancia y, sobre todo, a buscar formas diversas para alcanzar la democracia plena y aspirar a una verdadera justicia social.

MIRADAS EXTRANJERAS



El fenómeno de la Revolución llamó la atención de diversos extranjeros que por alguna razón estuvieron en México. Las grandes movilizaciones populares despertaron su interés y curiosidad por entender lo que estaba pasando en nuestro país. Periodistas, políticos, diplomáticos e inmigrantes, entre otros, describieron a los protagonistas en distintos momentos de la lucha. Sus testimonios son singulares pues presenciaron los sucesos en que aquéllos participaron y subrayan la simpatía o antipatía que sintieron.

GA, CC, GV

Manuel Márquez Sterling, *embajador de Cuba en México a partir de enero de 1913, fue testigo de los aciagos días de la Decena Trágica que culminaron con el derrocamiento y la muerte de Madero, a quien retrata en las siguientes líneas extraídas de su libro* Los últimos días del Presidente Madero (1917):

Francisco I. Madero

Al fondo, en el centro de su Consejo de Ministros, D. Francisco I. Madero, de frac, pequeño y redondo, con la banda presidencial sobre la tersa pechera de su camisa, me aguarda en la verde y sedosa alfombra. Reacciona mi espíritu, y asoma a los ojos, todo él en mis pupilas, dispuesto a interpretar, a su manera, la inquietud nerviosa, amable y regocijada, en mezcla extraña y única, del magistrado que saborea la victoria […]

El nuevo mandatario, pese a sus enemigos, era un hombre virtuoso […] traía su fe en el régimen democrático, su fe en el pueblo, su fe en la Constitución, hasta entonces, por ningún gobierno practicada; sentía, como nunca, además, la mano directora de la Providencia sobre su hombro; sen-

tía la divinidad en su alma pura y cristalina; y en su política, suave, indulgente, paternal, vibraban las grandes afirmaciones de un sincero apostolado […].

La presencia de Madero ya no despertaba [meses después] el entusiasmo de antes en las clases inferiores, en el siervo a quien había redimido; y su aura popular, un tiempo extraordinaria, se esfumaba, lánguida y triste, en cielos de tormenta. La oposición había inculcado a sus antiguos adoradores la desconfianza y el recelo.

MADERO Y SU ESPOSA.

[…] La noche del 18 de febrero [de 1913] fue noche muy triste para quienes, amando profundamente a la patria mexicana, comprendieron que [Victoriano Huerta] era presa del furor de la ambición… Resolvimos ir a la Intendencia del Palacio a ver a los vencidos. El mismo oficial nos condujo hasta la puerta. Pino Suárez, escribía en un bufete rodeado de soldados. En un cuarto contiguo, varias personas, en estrado, acompañaban a Madero. […] Me hizo sentar en el sofá y a mi izquierda ocupó una butaca. Pequeño de estatura, complexión robusta, ni gordo ni delgado, el Presidente rebosaba juventud. Se movía con ligereza, sacudido por los nervios; y los ojos redondos y pardos brillaban con esplendente fulgor. Redonda la cara, gruesas las facciones, tupida y negra la barba, cortada en ángulo, sonreía con indulgencia y con dignidad. Reflejaba en el semblante sus pensamientos que buscaban, de continuo, medios diversos de expresión. Según piensa, habla o calla, camina o se detiene, escucha o interrumpe; agita los brazos, mira con fijeza o mira en vago; y sonríe siempre; invariablemente sonríe. Pero, su sonrisa es buena, franca, generosa […] Era como el gesto del régimen que con él se extinguía […]

Era la una de la mañana […] Madero, en estos instantes inolvidables, de tres sillas forja un lecho para el Ministro de Cuba, rogándole que se acueste. De una maleta… saca varias frazadas y mantas que suplieron sábanas y almohadas; y revela […], en el semblante, la divertida gentileza de quien afronta, dichoso, las peripecias de una cacería feliz en la montaña profunda […] Eran rasgo de su carácter el orden, la simetría, la regularidad […]

A las diez de la mañana todavía me hallaba en la Intendencia del Palacio Nacional de México. El dormitorio recobró sus preeminencias de "sala de recibo" y Madero, en el remanso de su dulce optimismo, formulaba planes de romántica defensa. Desde luego, no concebía que tuviese Huerta deseos de matarle; ni aceptaba la sospecha de que Félix (Díaz) permitiese el bárbaro sacrificio de su

vida, siéndole deudor de la suya. Pero, a ratos, la idea del prolongado cautiverio le inquieta; y sonríe compadecido de sí mismo. Educado al aire libre, admirable jinete, gran nadador y, además, amante de la caza, la tétrica sombra del calabozo le afligía.

[…] el 22 de febrero […] mediada la noche, al parecer tranquila, me di blandamente al sueño […] Un sirviente llama desde fuera de la alcoba […] avisa que la señora de Madero quiere hablar por el teléfono […] Son las siete de una fría mañana. Corre mi esposa al receptor y escucha el desolado ruego: "¡Señora, por Dios; al Ministro que averigüe si anoche hirieron a mi marido! ¡Es preciso que yo lo sepa, señora!" […] Y no podía consolarla, desmintiendo aquella versión, piadoso anticipo de la dolorosa realidad, porque, en ese instante, su doncella le mostraba, a todo el ancho del periódico *El Imparcial,* en grandes letras rojas, la noticia del martirio.

∞

La británica **Rosa Eleanor King** *se estableció en la ciudad de Cuernavaca en los primeros años del siglo XX, donde abrió un salón de té y más tarde el conocido hotel Bella Vista, donde se hospedaron personajes famosos. Fue testigo de la Revolución. En 1911, desde los balcones de su hotel presenció la entrada de Emiliano Zapata a la plaza frente a sus tropas y el recibimiento que éste hizo después a Madero, ya como presidente electo. Presentamos aquí algunos fragmentos de su libro T*empest over Mexico. A personal chronicle *(1944).*

Emiliano Zapata

Ningún César tuvo nunca una entrada tan triunfal en una ciudad romana como lo hizo el jefe Zapata… y detrás sus tropas, un grupo de hombres con aspecto salvaje, indisciplinados, a medio vestir, montados sobre caballos medios muertos de hambre y casi deshechos. Llevaban en las manos o metidas en los cinturones o en sus viejas y raras sillas armas grotescas y obsoletas, guardadas por mucho tiempo o recién incautadas de alguna casa

de empeño […] cabalgaban como héroes y conquistadores y las preciosas muchachas indígenas los salían a recibir con ramos de buganvilias y flores resplandecientes en sus sombreros y cinturones.

Alrededor de ellos había el esplendor de la devoción a una causa, una mirada a todos los patriotas que desde tiempos inmemoriales habían dejado el arado en el campo cuando fue necesario pelear.

[…] Una mañana justo antes de la segunda visita de Madero […] una delegación de hombres apareció en mi puerta pidiéndome que fuera a la estación del ferrocarril a conocer al presidente electo, don Francisco, y a su esposa cuando llegaran. Me sorprendió y complació bastante y acepté ir con la condición de que una o dos de las mujeres americanas de Cuernavaca fueran conmigo. […]

Cuando el día llegó […], pasamos por calles llenas de los soldados de Zapata alineados. Acostumbrada, como ya lo estaba, a estos indígenas, mi corazón casi falló al ver a todos juntos con su pesado armamento y su aspecto de hombres salvajes de los bosques.

Cuando llegamos a la estación, los caballos se pusieron muy inquietos. El general Emiliano Zapata, montando un hermoso caballo, con su hermano Eufemio al lado sobre otro animal muy fino, me dio la orden de moverme.

Le respondí con bastante franqueza que no me movería, ya que el gobernador del estado me había solicitado esperar la llegada del señor y la señora Madero. No insistió, pero siguió sentado con sus dedos largos y sensitivos quietos en las riendas, con cierta elegancia natural. Era moreno, como eran los hombres de Cuautla, con hermosos dientes blancos abajo del pesado bigote negro, y vestía el traje de charro de los rancheros, siempre pulcros aun cuando estén hechos, como éste, de materiales burdos.

Ahora que veo la escena en retrospectiva, la calma segura con que estaba parada, firme, con cierto grado de etiqueta y la forma simple en que el general al mando aceptó mis objeciones, pareciera que se marca una época de la Revolución. En los años siguientes, es probable que yo hubiera sido fusilada por contradecir las órdenes de cualquier jefe. […]

Víctima de los hacendados, Emiliano Zapata se había desesperado constantemente con los terratenientes, quienes reinaban con todo el despotismo de los señores feudales sobre los peones y las clases trabajadoras de la población rural. Sus experiencias personales le inspiraron un ideal: *Tierra y Libertad* para los maltratados indios, lo que tenía muy claro y sus seguidores comprendían hasta el extremo de preservar su fe en su líder a través de todo la lucha que siguió.

[…] El gobierno puso todo su empeño en pintar a los zapatistas como monstruos intensificando los sentimientos en su contra; pero aún en ese entonces, cuando ellos constituían un peligro constante para nosotros, nos percatábamos que

Eufemio y Emiliano Zapata, acompañados por Abraham Martínez (1912).

esos hombres salvajes tenían el espíritu que faltaba a nuestros hombres. Para bien o para mal, estaban unidos por una fe apasionada en su líder, Zapata, y Zapata seguía su visión de *tierra y libertad* para su gente y no dejaba que nada lo impidiera.

[…] escuché en la Ciudad de México que no había líder en México tan popular como Zapata, ya que todos los hombres sabían que peleó no por su propia ganancia, sino porque debe de haber las mismas leyes para los hombres pobres que los ricos; y que cuando estuvo en la capital la gente lo habría convertido en presidente, pero él no los hubiera dejado, diciendo que no era el hombre para ese lugar.

∞

A cinco años de iniciada la lucha armada en nuestro país, el presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson, nombró a **Duval West** *su representante personal en México. Llegó en febrero de 1915 con la misión de conocer la situación reinante en la república mexicana, entrevistar a los líderes revolucionarios, ocuparse de la paz y atender los intereses de su país. El abogado tejano hizo dos entrevistas al general Francisco Villa, que envió al Departamento de Estado como anexos a sus despachos, que aún no han sido publicadas pero pueden consultarse en los Archivos Nacionales de Washington.*

Francisco Villa

Guadalajara, marzo 4 de 1915.- Me reuní en la estación… para desayunar y conferenciar con el general Villa […]. Es del tipo de ranchero rudo y fuerte, con cabeza redonda, mandíbula cuadrada y fuerte. Casi nada de la afabilidad común en todos los nativos. En la parte izquierda de la cadera portaba un arma Colt, calibre 45, de seis tiros, antigua, con la cacha aperlada.

[…] Procedió sin ninguna formalidad a expresar al presidente Wilson su obligación de prevenir la guerra entre México y Estados Unidos. Esperaba ser reconocido por su gobierno pues había demostrado su habilidad para hacer respetar las leyes y el orden en todo México y sólo actuaba por el deseo de dar bienestar a su país, sin ambición personal alguna... No hay duda sobre su buen sentido común. Mide muy bien sus palabras y habla despacio y claro. […] Durante el almuerzo la plática fue más fácil y menos rígida, con un trato calmado y un poco burlón […]

VILLA NIÑO.

La comida se sirvió en un mirador u oficina al final del vagón. Limonada, agua helada, fruta, sopa, macarrón, carne, ensalada, café con leche y pasteles. No se fumó. Villa puso pedazos de plátano en su sopa, usando tortillas en lugar de cuchillo y tenedor cuando fue posible. Comió muy poco y no mostró modales en la mesa […]

Hacia el norte, marzo 6 de 1915.- Villa subió a bordo sin ceremonias, mangas de camisa y sin sombrero, como siempre. Se sentó con nosotros por media hora y platicó de modo informal y sin reservas comenzando por mencionar que él era tan sólo un hombre común, tosco, sin educación, que había pasado la mayor parte de su vida en las montañas peleando con don Porfirio y escondiéndose […] De pronto hizo varios dis-

paros certeros contra un poste de teléfono. Por sí mismo aprendió a leer y escribir, aunque es muy consciente de sus faltas. Piensa que sabe juzgar muy bien a la gente […] y tiene la intención de exhortar al general [Felipe] Ángeles a aceptar la presidencia provisional. Éste se encargaría de las funciones civiles, mientras que Villa conservaría el mando militar hasta que se aseguraran la paz y el orden en todo el país. Cuando esto se cumpliera, estaría muy contento de retirarse a su pequeño rancho cerca de Chihuahua y, si se deseaba, de separarse por entero de la conexión oficial con el gobierno.

Luz Corral.

En este punto subrayó que su vida y sus experiencias con hombres de todas las condiciones lo habían hecho suspicaz hacia todos, pero que esperaba que yo le creyera un hombre honesto, confiable y sincero y declaró que únicamente deseaba la paz y la felicidad de su gente; para él, en lo personal, nada deseaba. Que no era verdad, como se decía con frecuencia, que estuviera acumulando dinero para sí mismo y que todos los ingresos y las retribuciones eran para la guerra y la instauración del gobierno. Admitió poseer una considerable cantidad de lingotes almacenados en algún lugar, con la intención de que disponer de estas monedas para beneficio del país cuando prevaleciera la paz.

[…] Le pregunté sobre la influencia de Zapata para la proclamación de la paz y dijo estar seguro de poder manejar la situación personalmente. Que había prometido, y lo pensaba hacer, ser padrino de uno de los niños de Zapata y cuando sucediera esto se convertirían en compadres tendiendo un lazo indestructible entre los dos.

[…] estaba menos en guardia y mucho más tranquilo que en nuestra entrevista anterior y tuve mayor oportunidad de estudiarlo. Tiene un gran conocimiento de la mente popular. Se ha educado por sí mismo y si sobrevive es gracias a su agudo ingenio. En su intuición descansan los atributos que lo hacen un gran líder militar y de ella dependen su propia seguridad física y la de sus hombres. Por otro lado, reconoce que es necesario estudiar para adquirir las facultades y la experiencia de un estadista y hoy se considera que sus puntos de vista sobre planes y políticas gubernamentales son los de un aficionado.

Villa viajó con nosotros por alrededor de tres cuartos de hora. No llevaba ni sombrero ni abrigo y su camisa tenía rayas de colores y el cuello flojo, sus pantalones eran de color caqui oscuro y cargaba la usual Colt 45 […]. Su complexión es la de un hombre fuerte. Pesa alrededor de 175 libras; mide 5 pies y 10 pulgadas; tiene 38 años, cabello negro muy oscuro y ojos pequeños, cafés o negros, que dan expresión a su cara. El blanco de sus ojos es inusual y sus pupilas poseen un brillo poco común. Tiene una forma muy característica de bajar sutilmente la cabeza y de ver por encima en postura de interrogación. La nariz es pequeña, recta y bien formada, la boca grande con mandíbulas fuertes,

el cuello corto y grueso que, junto con su figura sólida, musculosa, firme y compacta, le dan la apariencia de un toro. Es rápido y activo en sus movimientos, del tipo vaquero, apareciendo más a caballo que a pie o en su auto privado.

∞

Vicente Blasco Ibañez *fue un prolífico novelista español y un republicano connotado. Ejerció el periodismo e hizo entrevistas y artículos sobre los hombres de la Revolución mexicana, traducidos y publicados en inglés en diarios como el* Chicago Tribune *y el* New York Times. *Presentamos unos fragmentos sobre la impresión que se formó de Venustiano Carranza y Álvaro Obregón, en los últimos días del gobierno del primero y cuando el segundo se aprestaba a escapar del coahuilense. Son parte de* El militarismo mejicano*, estudios publicados en los principales diarios de Estados Unidos, libro publicado en 1920, cuando ya había estallado la rebelión de Agua Prieta que defendía la candidatura de Obregón y era Carranza quien huía de la capital, sin saber que una traición le iba a quitar muy pronto la vida.*

Venustiano Carranza

Hombre acostumbrado a la política de un país donde el disimulo resulta una de las mejores virtudes, no es fácil conocer su pensamiento verdadero. Baste decir que don Venustiano, cuando recibe una visita, lo primero que hace instintivamente es colocar su sillón de espaldas a la ventana más próxima. Así queda en la penumbra y su cuerpo no es más que una silueta negra en la que apenas se marca el rostro como una vaga mancha blanca. Él, en cambio, puede examinar a su gusto el rostro del visitante, que permanece en plena luz frente a la ventana. Además, si algo atrae su atención poderosamente, mira por encima de sus anteojos azulados. Esto hizo sospechar al rústico Pancho Villa que don Venustiano tiene muy buena vista y no necesita de anteojos, y que si los lleva es para ocultar mejor su pensamiento al ocultar su mirada.

No vaya, sin embargo, el lector a imaginarse a Carranza como una especie de tirano astuto y de aspecto terrorífico. Don Venustiano es un astuto hidalgo del campo, un "ranchero", con las marrullerías de todos los propietarios rústicos y las malicias de los políticos provincianos, pero resulta simpático y tiene nobles ademanes. Algunas veces, a pesar de su aspecto reservado, se muestra locuaz y alegre, se siente estudiante –como él dice–, y entonces habla sin reservas, con ingenuidad, y hasta ríe.

[…] Este antiguo caudillo de las tropas revolucionarias, nacido en el campo y más hombre de guerra que muchos de sus generales […], nunca quiso que le llamasen general. Sin duda, por saber que la eterna enfermedad de México es la erupción que sufre de generales, no quiso afligir al pobre enfermo con su grano más. Todos sus partidarios le llamaban el *primer jefe*

[…] en campaña llevaba un simple uniforme de soldado raso.

El mal de México –me dijo en una entrevista– ha sido y es el militarismo. Sólo muy contados presidentes fueron hombres civiles. Siempre generales ¡y qué generales!... Es preciso que esto acabe, para bien de México; deseo que me suceda en la presidencia un hombre civil, un hombre moderno y progresivo que mantenga la paz en el país y facilite su desarrollo económico. Hora es ya de que México empiece a vivir como los otros pueblos.

El deseo de Carranza no podía ser más plausible. Pero el modo con que pretendió realizarlo no pudo ser a su vez más absurdo y peligroso [eligió a un desconocido: Ignacio Bonillas]. De aquí que su antimilitarismo me parezca muy bien y su caída igualmente bien.

Al examinar de cerca el círculo de íntimos que rodeaba a Carranza en su vivienda presidencial, lo primero que llamaba la atención era la juventud de todos ellos. El respetable don Venustiano, con su barba blanca y sus gafas azules, parecía un director de colegio. Generales de veintisiete años y graves ministros de veintinueve o treinta rodeaban con veneración y gratitud al antiguo *primer jefe*.

Álvaro Obregón

Obregón dibujado por José León Toral el día de su asesinato (1928).

Obregón es blanco, puramente blanco, sin que se adivine en él una sola gota de sangre indígena… –*Mis abuelos eran de España… debieron ser pobres gentes empujadas a la emigración por el hambre*.

Obregón es un hombre que procura asombrar al que lo escucha: una veces con explosiones de orgullo, otras con empequeñecimientos de una humildad inesperada. Lo que importa es decir siempre lo que no esperen los demás. Es todavía joven: no ha pasado de los cuarenta, y su complexión parece recia y sanguínea. Se adivina en él un exceso de vida. […] soltero, vive a lo soldado con un ayudante, antiguo hombre de campo, más rudo que él […] parece despreciar todo adorno personal [… y] mostrarse mal vestido para halagar con esto al populacho mexicano, que así lo considera más suyo. La falta de un brazo le sirve para que todo el mundo lo conozca desde lejos y lo salude con entusiasmo […]

¡Resulta tan ameno escuchar horas y horas su facundia animada, pintoresca y alegre! […] Había escogido la mesa cerca de la orquesta para dar órdenes a los músicos […] Me cuenta de su juventud. Está seguro de que nació para ser el primero en todas partes. No lo dice, pero lo hace sospechar con modestas insinuaciones […] Relata anécdotas de la revolución y ciertas historias alegres, con un regocijo brutal y francote que recuerda las veladas en torno al fuego del campamento. Adivino la popularidad de este hombre. Así habla con todos, con las mujeres de la calle,

con los trabajadores que encuentra al paso, con los campesinos. Y las gentes simples se enorgullecen de que las trate con esa franqueza, de que les cuente cuentos para hacerlas reír un héroe nacional […] que además perdió un brazo en un combate que consideran glorioso.

–A usted le habrán dicho que yo soy algo ladrón […] Pero yo no tengo más que una mano, mientras que mis adversarios tienen dos. Por esto la gente me quiere a mí, porque no puedo robar tanto como los otros […] –Usted sabe que perdí en una batalla el brazo que me falta […] Después de hacerme la primera cura, mis gentes se ocuparon en buscar el brazo por el suelo… ¿Dónde estaría mi mano con el brazo roto? […] lo encontraré –dijo uno de mis ayudantes, que me conoce bien. –Ella vendrá sola […] y sacándose del bolsillo un azteca (un azteca es una moneda de oro de diez dólares), lo levantó sobre su cabeza. Inmediatamente salió del suelo una especie de pájaro de cinco alas. Era mi mano, que al sentir la vecindad de una moneda de oro, abandonaba su escondite para agarrarla con un impulso arrollador […]

Pasa de los cuentos a hablar de sus campañas electorales. Se siente tan orgulloso de sus discursos como de sus batallas victoriosas. El general ha nacido orador […], muestra una marcada predilección por las frases sonoras y teatrales que no dicen nada […] le escucho con verdadera simpatía. Lo considero en este momento como el hombre de más mérito y mayor atracción que he conocido entre todos los generales mexicanos creados por la revuelta nacional.

Rodeado por soldados del Batallón Sonora (1917).

El 20 de noviembre en el siglo XX y XXI

El primer aniversario de la Revolución iniciada el 20 de noviembre de 1910 no tuvo grandes festejos, aunque sí se aclamó al nuevo presidente Francisco I. Madero y al movimiento triunfador. No fue sino hasta 1912 que hubo una ceremonia oficial, con un banquete en Palacio Nacional en el que los invitados eran sobre todo parte de los tres poderes y hubo discursos apologistas. El momento clímax fue la alocución presidencial sobre la justicia, la ley y la libertad.

La crisis económica, entre otros factores, impidió los festejos muy elaborados para ese día, pero había funciones especiales de cine, teatro, música y oratoria, promovidas por la Asociación pro-Madero.

El Comité Oficial de Conmemoraciones Patrias se hizo cargo de la celebración durante el gobierno de Álvaro Obregón (1920-1924), pero no fue sino hasta 1929, con el presidente Emilio Portes Gil, que tuvo mayores dimensiones. Se inauguró el Campo Deportivo Militar, aprovechando un festival preparado por la secretaría de Guerra y Marina, con entrega de medallas y concurso de carros alegóricos que sobre todo representaban los deportes propios de los militares, como polo, equitación, natación y otros.

Desfiles deportivos y militares cruzaron el centro de la capital hacia Palacio Nacional en los siguientes años y por varios sexenios, el presidente participaba con discursos cortos y/o rituales patrióticos. A partir de que se decretó en 1946 como fiesta nacional, brigadas de deportistas representaron a las instituciones de gobierno, educación y militares; asociaciones deportivas y laborales y grupos extranjeros en los carros. La cifra de participantes creció con los años; de 8,000 en 1930 pasó a 50,000 en 1934. Luego varió el número, siendo a veces más alto, otras menos. Se redujo en los últimos lustros, quizá por la gradual separación

1985 por el terremoto. Hubo años en que los festejos fueron muy elaborados y otros más bien sencillos, como en el 2000, último año del gobierno de Ernesto Zedillo y del Partido Revolucionario Institucional en la presidencia.

del discurso revolucionario, sobre todo con el ascenso del Partido Acción Nacional al Ejecutivo.

Con el tiempo, se introdujo la práctica de celebrar, antes del 20 de noviembre, torneos a los que se llamó Juegos Deportivos Nacionales de la Revolución. Se añadían y quitaban espectáculos siempre numerosos: demostraciones de la Fuerza Aérea, tablas gimnásticas, bailes, actos de malabarismo, el relevo del Fuego Simbólico de la Revolución Mexicana –una antorcha iba de mano en mano hasta encender una llama fija en el Monumento del mismo nombre– y aun la recreación de la llegada de Madero, Zapata y Villa a la capital.

El desfile perdió a veces su espíritu alegre, como muestra de luto por tragedias nacionales. Fue así en 1984 con las explosiones petroleras en San Juan Ixhuatepec y en

El aniversario solía acompañarse de eventos paralelos, como entrega de galardones a veteranos de la Revolución, así como banquetes, mítines, conciertos, lecturas u obras de teatro. Los presidentes pronunciaban discursos legitimadores de sus gobiernos e inauguraban obras públicas en el DF o los estados. Casos especiales fueron la Sala de la Revolución en el Museo Nacional (1935) y el Museo de la Revolución (1986). En el 50° aniversario, los restos fúnebres de Madero se llevaron al Monumento, con una gran ovación al iniciador del movimiento revolucionario.

La solemnidad perdió fuerza en 2004, cuando el presidente Vicente Fox la redujo a su visita personal para poner flores ante la estatua de Madero. Dos años después la canceló, aunque el gobierno del DF se encargó. El presidente Felipe Calderón restauró el desfile en 2009, dándole una índole militar.

Julián González de León Heiblum
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

La celada

Alfredo Vargas

Todos los recuerdos se abren en su mente mientras se acomoda, junto a sus fieles colaboradores, en el Dodge Brother que inicia su marcha en esa fresca mañana del 20 de julio de 1923.

El paisaje de aquel día lo atrapó de nuevo, sordo y mudo bajo el golpe brutal del sol áspero y metálico, espacio marchito y polvoriento, crepúsculo ambarino. Un escalofrío le había recorrido el cuerpo al volver la mirada al resto de sus hombres, ese grupo maltrecho, pelotón de un cementerio ambulante que parecía haber sido arrojado desde las entrañas de la tierra. Las pieles yermas, quemadas y sedientas por la falta de agua, metidas en esas ropas cenizas de tanto trasegar en medio de esas gredas tan muertas como ellos mismos. Hombres impulsados por su propia historia, con hijos, padres o mujeres que esperaban su regreso con ansia e ilusión. Soldados valientes, fieles guerrilleros, motivados por la fe en alcanzar un ideal de justicia en un país dividido y confuso, atrapado en una lucha cruel que los reducía a objetos dejados en el desamparo.

La huída señalaba su camino, como a los animales salvajes cuando son perseguidos y terminan acorralados, sin posibilidades reales de sobrevivir. Bajo el cielo traslúcido de aquel paisaje desértico, sin ataduras pero prisioneros de la sorda batalla por alcanzar una libertad que les arrebató un poder inflexible y un entorno incierto.

Y él, Francisco Villa, tan mortal como cualquier otro bajo la presión de un frágil destino, aún se preguntaba entonces qué palabras debía utilizar para levantar el ánimo de los suyos, para que de su garganta saliese la respuesta salvadora, como aquéllas que en el pasado le sirvieron para alentar arduos enfrentamientos e infundirles valor frente al enemigo. ¿Con qué mano acariciar su noble devoción y decir, sin el menor asomo de duda, que la paz estaba segura?

Había levantado la mirada, pero las aves de rapiña que volaban sobre sus cabezas le hicieron pensar que podían ser un augurio maligno, un símbolo nefasto que su mente edificaba en medio de aquella opresión viva. La muerte pareció mirarlo de frente. Aunque se trata del destino inevi-

table y se halla acechando, a punto de caer encima, imaginarla cuando el miedo asoma, cuando el temor ronda la conciencia, es una tortura. Quizá estos pensamientos, suspendidos del desasosiego, como detenidos en el tiempo, marcan el término de la propia vida.

Una voz lo había sacado de aquellas ideas. El sonido fue una invocación salvadora. Hizo un esfuerzo por voltear, pero el polvo metido entre el abultado bigote le hizo estornudar. Un acto involuntario, una señal de su cuerpo que lo clavaba a la vida. Sacó su pañuelo y limpió el sudor que bajaba por la frente.

–Mi general, el prisionero no da más…– aquellas palabras parecían salir de un pesado sueño.

Entornó los ojos e intentó reconocer al oficial; le pareció que una luminosidad extraña lo circundaba, quizá fuera por el cansancio. Su mirada finalmente quedó puesta sobre Miguel Trillo, su brazo derecho y fiel amigo.

–Ese hombre no aguanta una legua más, mi general-. Aquel rostro ajado con los ojos hundidos y la voz reseca quedaron en espera de una respuesta.

Villa lo había mirado casi ausente, como si fuera la primera vez que lo mirara.

–Mi general…– volvió a escuchar como si se tratara de una voz venida de un lejano recuerdo.

Se habían reagrupado luego de querer evitar un enfrentamiento con un cuartel menor del ejército. No hubiera querido tener un choque con ese asentamiento castrense. No tenía sentido, lo sabía bien. Cualquier escaramuza podría echar por los suelos la tregua que se negociaba con el gobierno federal. Pero estaba en la mitad del camino y cuando su gente ya se había alejado de aquel peligro, hubo un avance sorpresivo de las fuerzas allí estacionadas, que los atacaron y obligaron a responder. Las balas silbaron inevitablemente. Aquella celada fue hecha con premeditación, con el claro designio de alborotar el avispero y causó la caída de varios de sus hombres. El resto se internó a galope y en pleno descenso de la noche en lo profundo del desierto. Fueron perdiendo el camino, quedando atrapados en un mar de polvo. Y la única explicación de ese ataque imprevisto había sido la infiltración en sus planes, la traición de alguien metido dentro de sus tropas, no le cupo la menor duda.

Mural inconcluso de Juan O'Gorman (detalle).

Ahora Trillo se refería al culpable de esa traición, al que descubrieron. Ese hombre, aparentemente inofensivo y de poca monta, recibió unos cuantos reales por descubrir la posición y las reservas de los villistas. La modesta tropa los había atacado con inusitada fiereza. En el pasado no hubieran soportado la respuesta contundente de la División del Norte y habrían sido arrasados sin misericordia. Pero ahora eran apenas un grupo de ex guerrilleros, la formación militar del Centauro del Norte quedaba atrás.

En aquel momento, en medio de esa bruma espesa y cálida, Villa no atinaba a decidir qué hacer con el insignificante conspirador. No podía actuar como lo hizo en otros tiempos con quienes también lo traicionaron: perseguirlos y castigarlos. Como en aquel asalto a Ojinaga o cuando persiguió a Pascual Orozco. Cuántas veces enfrentó la deslealtad con rigor.

(Izq.) El Dodge Brother de Villa.

Si algo no puede tolerar es el engaño, la maldi-

ta traición. Y como olvidar, justamente, la manera vergonzosa en que murió Orozco, confundido por unos gringos con un vulgar ladrón de caballos. Lo asalta la idea de que no hay peor miseria humana que la de quien vive del engaño, el alma se pudre más rápido que un cadáver dejado a la intemperie. Pero qué difícil es luchar por el honor y las causas justas así nos cueste la propia vida, sentenció para sí, sin dejar de mirar lejanamente a su amigo Trillo.

–Usted ordene, mi general…

Villa había mirado al horizonte, como buscando la respuesta. Una polvareda se levantó frente a sus ojos. En ese momento lo atrapó el recuerdo de Manuela, la suavidad de su piel desnuda, las caderas gruesas y fuertes, los pechos rebosantes y voluminosos. Esa callada manera de soportar sus embestidas y el olor a hembra complacida que le excitaba. Manuela aparecía en su mente, imaginaba que estaba frente a él. Las sensaciones parecieron tomar relieve y de a poco había ido recordando otros momentos. Llegaron hasta su mente sabores y aromas, como los de aquellos desayunos que tanto le gustaban: café negro, huevos con carne, chile y queso y tortillas recién hechas, salidas de la cocina de su Manuela en la casa de Parral.

Su estómago crujió de hambre y esta involuntaria reacción lo había devuelto a Trillo. Debía dar un ejemplo a sus hombres, justo entonces con los ánimos alicaídos. El tiempo era otro enemigo y la decisión nada fácil. Lo de menos era armar un pelotón de fusilamiento o pegarle un tiro en la cabeza a aquel sujeto y habría bastado para zanjar esa situación, pero eso los hubiera comprometido cuando se hallaban en medio de un proceso de sosiego, si bien la razón lo habría justificado por tratarse de un traidor. Y también lo pudo convertir en la apetecida carnada de sus adversarios. Los perseguirían hasta aniquilarlos, bastaba el más insignificante y miserable de los pretextos.

Cuántos de sus enemigos hubieran estado dispuestos a iniciar una cacería con tal de verlos muertos, sobre todo a él. La muerte de Pancho Villa era el preciado trofeo que muchos deseaban con morbosidad. Así que aquella decisión resultaba un arma de doble filo, un peligroso juego, un movimiento de gran estratega.

–La tropa ya no quiere cargar al individuo, Pancho, nos estorba demasiado– había rematado Trillo.

Villa había vuelto de nuevo la mirada al cielo, los pájaros carroñeros seguían allí como esperando tercamente cualquier despojo que quedara a su alcance para saciar su voraz apetito.

Tras la firma del armisticio en 1920.

No hubo emoción en sus palabras, era como si le hubieran sacado todo por dentro. Los sentimientos parecían arrancados de cuajo, sin piedad ni miramientos. Sus ojos, opacados por el polvo, se volvieron hacia su inseparable oficial.

–Pues que sea lo que tenga que ser– había dicho con aliento amargo y cobrizo que le salió desde el

fondo del alma.

Aquel hombre fue amarrado al tronco de un espinado cardón. Las bestias del desierto harían su parte una vez que la sangre, vomitada por las rasgaduras en su piel, hubiera salido del cuerpo casi inservible. Aquel hombre no vería un nuevo amanecer. Los gritos del prisionero se fueron apagando mientras se alejaban. Las súplicas quedaron muertas bajo el cielo plomizo. Y las aves de rapiña descendieron lentamente.

El general Villa acompaña sus pensamientos con el ruido que hace el motor del automóvil. El ejemplo había sido claro para sus hombres, que pudieron estar hechos para matar en la guerra, aun de forma cruel, como sus detractores denunciaron tantas veces, pero necesitaron siempre la certeza de conocer cuál era el lado correcto de la lucha. Y en medio de la batalla no existía espacio para dudar. Los oponentes se jugaban lo mismo que ellos, algo entrañable y valioso, la vida misma. Villa lo sabía y respetaba los códigos de guerra. Era, y lo seguía siendo, un defensor de la vida.

Pese a lo sucedido, en el camino a la Hacienda del Canutillo había tenido un feliz retorno. Le pareció volver de una pesadilla larga y angustiante e iniciar una etapa nueva. Volvería a hacer lo que aprendió en la infancia e hizo en la juventud, un trabajador del campo, un hombre de la tierra. Buscaría la tranquilidad del trabajo diario y abrigaría la calma para él, para sus hombres y sus familias. Iba a estar más pendiente de sus hijos y a atender con mayor cuidado a sus mujeres.

Cadáver de Villa.

El ruido del Dodge Brother no logra calmar la inquietud que le surge del fondo. Tampoco puede precisar por qué no puede despejarse de aquellos momentos en que, durante su marcha por el desierto, cuando sintió la muerte muy cerca, pensó en los huevos con chile y el café que Manuela le preparaba, y en el cuerpo desnudo de ésta.

Acribillado en Parral.

De pronto, un violento e inconfundible sonido metálico le tensa el cuerpo. Los golpes secos pegan en el vehículo. Voltea a mirar a Trillo que se convulsiona chorreando sangre por todas partes y siente también como el grato desayuno, cargado de aromas y sabores, se va perdiendo en su boca mientras la sangre sube de sopetón por su garganta, con una inevitable sazón a muerte.

DIEGO RIVERA Y EL CUBISMO DEL ANÁHUAC

Laura González Matute

Cenidiap / INBA

iego Rivera y las imágenes de la Revolución mexicano están indisolublemente unidos. El sinfín de escenas que el pintor recreó sobre los pasajes de ese movimiento aparecen en sus dibujos, grabados, trabajos de caballete y en los muros de varios de los edificios más importantes del Distrito Federal y de ciudades de provincia como los de la Secretaría de Educación Pública, las escaleras de Palacio Nacional, el Museo Mural Diego Rivera, la capilla de Chapingo y el Palacio de Cortés en Cuernavaca, por indicar los más reseñados.

Ante el próximo festejo por el Centenario de la Revolución, es importante dar a conocer una obra menos divulgada y quizá desconocida, sobre la misma temática, que el artista desarrolló justo durante los años que duró la contienda armada, cuando vivía en Europa, muy influido por los cánones de la pintura en boga en ese momento.
Rivera había viajado al Viejo Continente al inicio de 1907, con la pensión que Teodoro Dehesa, gobernador de Veracruz, le otorgó para el tiempo que allá residiera, con la única obligación de enviar un cuadro cada seis meses, a fin de poder apreciar sus progresos. Así lo hizo hasta 1921, lapso en el que residió en París y Madrid, sobre todo, con un breve paréntesis motivado por la visita que en 1910 hizo a su país. Entonces dio un giro pictórico, cuando se volcó a la creación de una multitud de pinturas y murales de carácter realista.

Al llegar a Europa, el joven pintor llevaba consigo la buena formación que recibió en la Academia de San Carlos de México. El plan de estudios que siguió estrictamente poseía una tendencia con bases científicas acorde a las teorías positivistas de la época y, por lo mismo, hizo de él un pintor muy diestro. Siendo alumno en las clases de paisaje de su maestro José María Velasco, sentía gran inquietud por plasmar la perspectiva óptica en la recreación de paisajes con enormes horizontes al igual que por los aspectos geométricos.

Una vez en Europa, Rivera tuvo innumerables experiencias plásticas, que lo impulsaron a producir un gran número de cuadros que remiten a su paso por los senderos de los movimientos artísticos de mayor relevancia. De manera ágil y positiva desarrolló su gran disposición para la pintura en todas las corrientes estilísticas que conoció. El joven artista maduró bajo la influencia de obras de pintores españoles reconocidos, como El Greco, Sorolla y Zurbarán, y también, en gran medida impulsado por su maestro, Eduardo Chicharro. Probó así distintas corrientes pictóricas de moda, lo cual le dio una experiencia que repercutió positivamente en su formación.

Esto se hizo evidente cuando, en su viaje a México en 1910 con motivo de las fiestas del Centenario de la Independencia, presentó una exposición pictórica individual en la Escuela Nacional de Bellas Artes, justo el 20 de noviembre, día en que debía estallar el movimiento revolucionario convocado por Francisco I. Madero. Los comentarios respecto a su obra fueron muy elogiosos y él regresó a Francia, de donde un poco después se trasladó a España. Allí continuó explorando otras tendencias pictóricas.

No fue sino hasta 1913, cuando le llamó la atención la pintura cubista de Pablo Picasso y Georges Braque. El cubismo se distingue por su gusto de las formas geométricas, el empleo de colores tenues, poco estridentes y el concepto de la imagen simultánea, es decir, el crear los objetos y personajes desde diversos ángulos y perspectivas. No se pretende representar a la naturaleza o a los objetos como se ven, sino –como decía Picasso– con todas sus vistas de manera sincrónica e incluso en movimiento. La atracción para Diego fue tal que acudió a la manipulación geométrica y al punto de vista panorámico elevado para recrear paisajes, retratos y naturalezas muertas. Sus mejores obras ese año fueron *La Adoración de la virgen*, *La joven con alcachofas, La mujer del pozo* o *El joven de la estilográfica* (todas de 1914), y *El arquitecto* (de 1915).

La primera guerra mundial lo sorprendió en París con su esposa, Angelina Beloff, una pintora de origen ruso, por lo que tuvieron que emigrar a la isla de Mallorca. Al poco tiempo dejaron las bellas playas españolas y se instalaron en Madrid. Allí, desde 1915, el artista entró en contacto con varios intelectuales mexicanos, entre otros, los es-

(Izq.) Detalle del "Retrato de Martín Luis Guzmán".

PAISAJE ZAPATISTA

Se cuenta que fue el colorido sarape zacatecano que le prestó Martín Luis Guzmán en el que Rivera se inspiró para pintar *Paisaje zapatista* o, como también se le conoce, *El guerrillero*. Se trata de un cuadro plenamente contemporáneo para el momento en que fue creado, que se vuelve único en la historia del arte al aludir a la Revolución mexicana con los parámetros del cubismo.

La pintura fue hecha en una época difícil, en la que Europa padecía la escasez propia de la guerra mundial y en la que el mismo artista padecía entonces por su situación bastante precaria, resultado de los momentos críticos que se vivían en México. Desde 1913 carecía de pensión, suspendida a raíz del asesinato de Francisco I. Madero y José María Pino Suárez. Fue quizá por esta razón que tuviera que realizar *Paisaje zapatista* en el reverso de su reciente óleo, *La mujer del pozo.*

critores Martín Luis Guzmán y Alfonso Reyes, el pintor Ángel Zárraga y el arquitecto Jesús Acevedo y, sobre todo por el primero, se enteró en detalle de los últimos acontecimientos en México.

Aproximado así al conflicto revolucionario, Rivera se sintió impulsado a plasmarlo, así como al país y sus motivos, en varios cuadros de corte cubista, todos de 1915. Entre éstos se distinguen *Paisaje zapatista* y *Naturaleza muerta con tazón gris* que enseguida analizaremos con cuidado, aunque también fueron de gran importancia el *Retrato de Martín Luis Guzmán* y *La terrasse du café*. En *Paisaje zapatista*, se puede observar un sombrero zapatista de palma, las cananas, el rifle y los guajes mexicanos. En *Naturaleza muerta con tazón gris* un pequeño petate de artesanía popular. El *Retrato de Martín Luis Guzmán* presenta un sarape de Saltillo y un equipal, mientras que *La terrasse du café* recrea una caja de puros y un típico paisaje rural.

Esta pintura rinde homenaje al campesino revolucionario mexicano, que en ese momento combatía fieramente guiado por Emiliano Zapata. Mediante una síntesis de recursos cubistas formales, se recrea, en el medio plano de la obra, un gran sombrero, un rifle, unas cananas, un sarape y un cinturón mexicano así como unas peras parisienses, que se transforman en guajes, todos elementos identificados con el guerrillero zapatista. Los objetos se recargan sobre una caja de municiones, incluida en la obra como una indudable alusión a la lucha armada. Un detalle peculiar es la hoja en blanco que se observa en el extremo derecho de la tela; la hoja cuelga de un pequeño clavo, elemento que remite a los exvotos mexicanos con que los fieles agradecen a Dios, mediante una pequeña narración, algún milagro concedido.

De modo vanguardista e inédito en la plástica contemporánea, Rivera plasma las dos copas

de árboles verdes que descansan bajo montañas triangulares pintadas en gris como reminiscencia del Valle del Anáhuac. Éste, a su vez, se halla representado por el fondo azul añil del primer plano, color característico de la paleta mexicana del autor y que remite al lago de Texcoco. Estas alusiones se debieron, en gran medida, a su cercanía con Alfonso Reyes quien recién había dado a conocer la *Visión del Anáhuac* en Madrid, ensayo en que el escritor pinta con emoción cómo, "en envidiable hora de asombro, traspuestos los volcanes nevados, los hombres de Cortés («polvo, sudor y hierro») se asomaron sobre aquel orbe de sonoridad y fulgores –espacioso circo de montañas".

Hay que apuntar que el cuadro ofrece algunos efectos decorativos poco comunes en la temática cubista, como son el puntillismo, derivado de la pintura impresionista, en donde el pintor recrea su obra con base en un sinfín de puntos, del gatillo del rifle y la base de la cantimplora. Está también el grano de la culata, las fibras del sombrero, los dibujos grabados en la franja gris debajo del sombrero, la superficie texturizada o rugosa para evadir lo liso de la tela y las pinceladas en los árboles.

En la obra cubista de Rivera, *Paisaje zapatista* es una pieza muy significativa, tanto por la concepción formal como por el tema histórico coyuntural que representa. Fue, de hecho, la primera obra del pintor que Leónce Rosemberg, dueño de una prestigiada galería en París, adquirió del artista mexicano. Se sabe, incluso, que cuando Pablo Picasso visitó el taller de Rivera, mostró gran interés por la obra, al punto que haya recreado un cuadro muy similar: *Hombre apoyado sobre una mesa*. El pintor español rehízo este cuadro en 1916, dejándolo completamente diferente. Sin embargo, la primera obra, que se puede apreciar en algunas fotografías de época, sí tuvo un gran parecido con la obra del pintor mexicano.

NATURALEZA MUERTA CON TAZÓN GRIS

Cuando Diego Rivera regresó a Madrid en 1915, llevó a cabo una serie de naturalezas muertas que tenían como características los colores vivos, las superficies texturizadas y, en algunos casos, la inclusión de elementos mexicanos. Estos aspectos eran tan ajenos a las normas del cubismo parisiense que las obras fueron vistas como exóticas.

Algo que resultó muy novedoso fue concebir un bodegón dentro de un paisaje. En *Naturaleza muerta con tazón gris*, se presenta una composición sobre una mesa inclinada, con diversos elementos, que el pintor incorpora por razones estéticas o incluso personales. De tal modo, se observan, además del tazón en gris, unas peras, un racimo de uvas, un porrón de vino y un pequeño petate de artesanía mexicana.

La composición está elaborada en forma ascendente, mientras que los objetos descansan sobre la

LA TERRASSE DU CAFÉ

Rivera da rienda suelta en esta pintura al uso del puntillismo en una amplia gama de tonalidades (verdes, rojos, ocres, azules) y la sitúa dentro de las tendencias modernistas, como un lienzo *sui generis*, por su tratamiento innovador. Una cuchara, una copa de vino, una garrafa con sifón y un gran puro rayado se encuentran sobre una mesa redonda que se ladea hacia la izquierda, detenida por una base o pie de tonos cafés. Junto al puro aparece una caja abierta con un pequeño dibujo realista de un paisaje con una construcción, un sembradío y una palmera. Como complemento, aparece el título "Benito Jua". El letrero es un claro homenaje al presidente Juárez, quien representaba las grandes reformas del siglo XIX y que había derrocado al imperio de Maximiliano de Habsburgo. Rivera imprime una vez más en su obra un elemento relativo a la política mexicana.

mesa. En esta obra, al igual que en *Paisaje zapatista*, *Retrato de Martín Luis Guzmán* y *La terrasse du café*, el elemento nacional cobra gran significado y evidencia una vez más que Rivera, preocupado por la situación de su país a raíz de sus pláticas con Martín Luis Guzmán, retoma elementos de nuestra cultura popular como homenaje al México que padecía una guerra civil.

En *Naturaleza muerta con tazón gris*, las copas de los árboles de *Paisaje zapatista* aparecen en tres costados del cuadro y, reflejados en el porrón de vino, el cielo y la tierra de ambas composiciones. El azul añil que alude al lago de Texcoco se localiza en la parte inferior y los extremos del cuadro. La mesa tiene un tratamiento parecido al que el pintor dio a algunos elementos decorativos del *Paisaje zapatista.*

RETRATO DE MARTÍN LUIS GUZMÁN

El género del retrato en la fase cubista de Diego, está genuinamente representado con el retrato de Martín Luis Guzmán. Rivera había conocido al novelista mexicano en Madrid, cuando éste se hallaba exiliado por su participación en las filas de Francisco Villa. Para ese momento, el también periodista había publicado *La querella de México*, ensayo en el que aludía a la conflictiva situación política por la que atravesaba el país. Años más tarde se le identificaría como el creador de dos grandes novelas de tema revolucionario, *La sombra del caudillo* y *El Águila y la serpiente.*

El retrato presenta a Guzmán de tres cuartos de perfil. La paleta de Rivera, plena de colorido,

resalta el rostro, enmarcado en los tonos negros y azules que le son propios. Otra vez incluye elementos mexicanistas, como son el sarape de Saltillo del *Paisaje zapatista*, las cuadrículas alusivas a un equipal en el extremo izquierdo del lienzo y, como rasgo novedoso, el sombrero de torero que porta el personaje, el cual muestra el interés del escritor por las tradiciones hispánicas y, en especial, por la fiesta brava.

La obra, cromáticamente equilibrada, permite que sobresalgan los destellantes rojos escarlata, carmesí y bermellón, combinados con los grises y negros del atuendo del matador. En las facciones geometrizantes dominan las facetas triangulares, dispuestas con colores sobrios, con base en ocres, blancos y grises tanto lisos como texturizados, que dan forma a una atmósfera de austeridad al escritor, contrastante con el brillante rojo bermellón del sarape.

Se podría decir que el *Retrato de Martín Luis Guzmán* es una síntesis de elementos hispanomexicanistas, bajo los cánones del cubismo, en el que resalta el nexo México-España. De allí que, si al *Paisaje zapatista* un gran historiador del arte mexicano le llamó "Cubismo del Anáhuac", al retrato se le pueda nombrar como "Cubismo del mestizaje".

En suma, es importante subrayar que, a pesar de haber estado alejado del país durante los difíciles años de la Revolución mexicana, Diego Rivera pintó varios cuadros vanguardistas, que devienen en un mosaico de elementos nacionales que cubren la historia de México con la Reforma de Juárez, la Revolución con Zapata, el mestizaje con Martín Luis Guzmán y la cultura popular. De tal manera no sólo da peso a su país en pie de lucha, sino que crea ejemplos novedosos del movimiento cubista de principios del siglo XX. Hay que decir, asimismo, que las cuatro obras revisadas son las más mexicanas que el futuro muralista hizo durante su estancia en Europa.

PARA SABER MÁS:

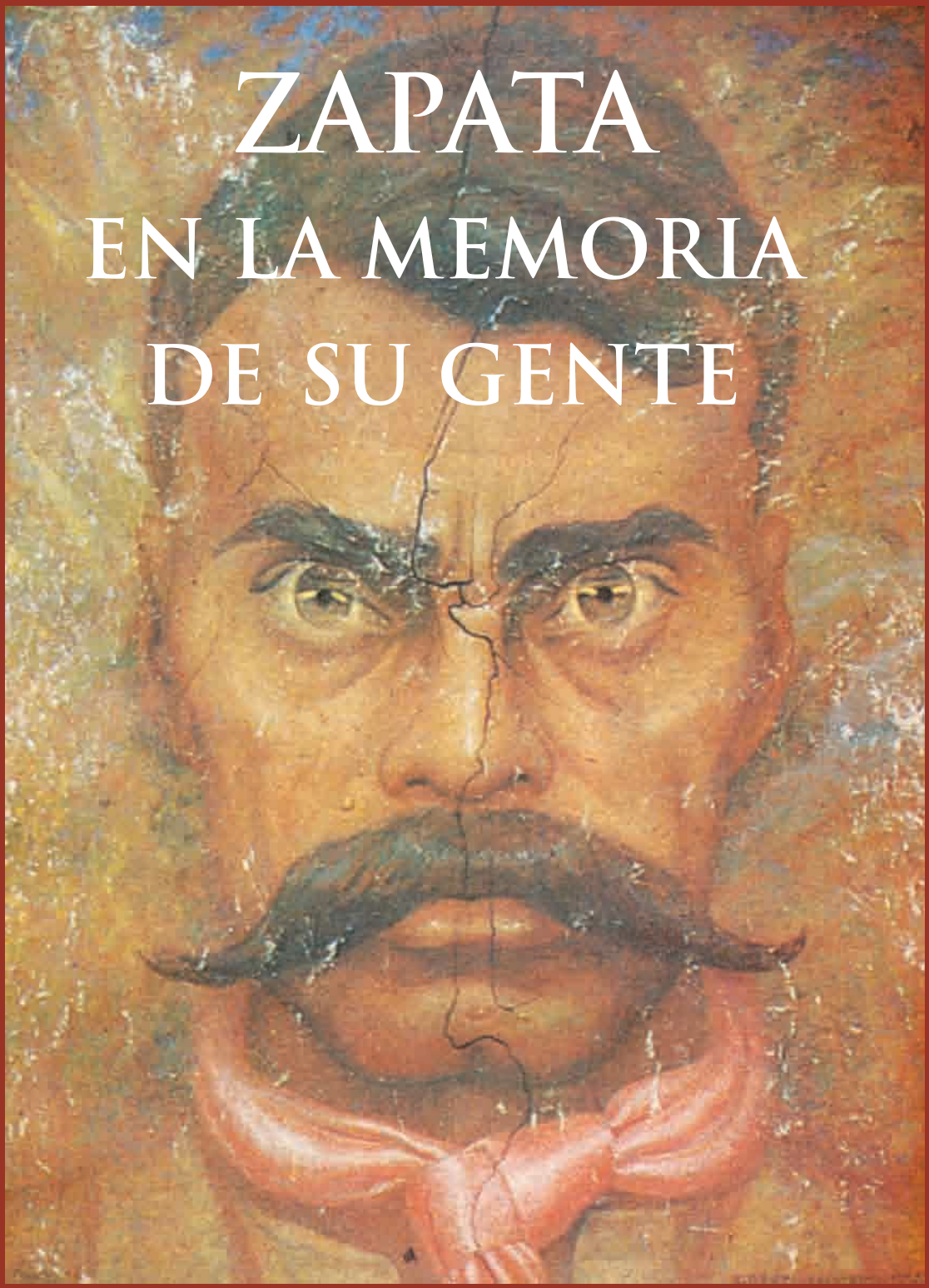
LUIS MARTÍN LOZANO, *Diego Rivera y el cubismo*, México, Conaculta, 2005.

OCTAVIO PAZ, "Re/visiones: Orozco, Rivera, Siqueiros" en http://letraslibres.com/pdf/1255.pdf

RAQUEL TIBOL, *Diego Rivera. Luces y sombras*, México, Lumen, 2007.

"Diego Rivera" en http://www.youtube.com/watch?v=hL9JLugE8s8&p=51880E89D09955D7&playnext=1&index=31

ZAPATA
EN LA MEMORIA DE SU GENTE



Eugenia Meyer, Alicia Olivera de Bonfil,
Beatriz Arroyo, Alexis Arroyo, Laura Espejel,
Isabel Souza, Rosalind Beimler,
Ximena Sepúlveda, Alba Pastor

Con las palabras preservadas en el tiempo, volvemos a traer a nuestra memoria las voces de la gente de Emiliano Zapata, de aquellos que lo siguieron o que al menos lo trataron un poco. Nacen de testimonios que forman parte del Proyecto de Historia Oral del Instituto Mora y que se reunieron mediante un trabajo impresionante de rescate y preservación de diálogos, cuyo objetivo era dar voz a los protagonistas o testigos anónimos de la historia de México.

Estas voces comparten con nosotros la imagen del jefe revolucionario sureño, el del traje de charro, botonadura de plata y sombrero ancho; el que conocía caballos, los curaba y los trataba discreto y sencillo; el que hablaba con picardía, sin elegancia, pero a todos saludaba campechano, sin parar mientes en rangos y que, como tenía un deber con el pueblo, se comprometió a plenitud con la cuestión de la tierra.

Son testimonio, además, de las emociones que Emiliano –como le decían– despertaba entre su gente, que le tenía gran cariño y le daba toda la ayuda posible; entre quienes pelearon a su lado convencidos de que iban a redimir sus tierras; entre las mujeres que seguían a sus hombres que a su vez seguían a su general, a dónde éste lo pidiese. Nos cuentan de la tristeza que llenó sus espíritus cuando intuyeron que Zapata iba a morir o supieron que ya había muerto. Así, los recuerdos del personaje y las vivencias de quienes lo conocieron viajan a través del tiempo para refrescar nuestra memoria, para decirnos de dónde venimos y, tal vez, ayudarnos a imaginar hacia dónde iremos. Pues es éste, a fin de cuentas, el propósito último de la historia.

Eva Salgado Andrade
CIESAS

–Platíquenos de su primer encuentro con Zapata.
[…] un día me dijo Everardo González: "Vamos a Atizapán", y *aí* vamos hasta Atizapán, y en una casa de Atizapán, que llamaban cuartel general, estaba en un corredor Zapata y otros señores en un…, sentados en cajones, y otro cajón sirviendo de mesa y unas cuantas botellas de aguardiente de caña, jugando baraja. Cuando entró Everardo y enfiló por el corredor, le dijo: "¡Emiliano!" "Qué hubo, Everardo, ¿qué te trae?" "Te vengo a ver". Llegó y lo saludó, y me dijo Everardo: "Espérame aquí tantito". Se fueron a otro rincón y hablaron, y no supe lo que habían hablado. Lo que sí supe era cómo estaba Zapata: un hombre de ojos dulces, bigote más o menos grande, moreno aceitunado, vestido de charro… completo vestido de charro, con botonadura de plata. De cuerpo medio delgado, agradable, pero no dominante.

(Izq.) "Zapata", de Adolfo Best Maugard (1954).

–La primera vez que lo vio, ¿cómo iba vestido?
Precisamente de camisa y blusa blanca [*sic*], pantalón de charro, su botonadura de plata y su sombrero ancho.
[...] Pues, no tuve ocasión más que de ver un indio respetuoso, como en general eran aquellos caballerangos, era un señor que conocía de caballo, los curaba, los atendía, recibía a las visitas, los ayudaba a montar, a otros los enseñaba, en fin. Era ya una categoría un tanto superior a la del campesino común y corriente, verdad, del que trabajaba la tierra. Hablaba muy poco, lo usual: "Cómo está el caballo", etcétera; nos decía: "Niños…", en lugar de…, ya éramos hombrecitos, ¿verdad? "Niño, qué tal el caballo; la pata del lado derecho…" En fin, dándonos consejos de cómo debíamos tratar el caballo; muy sencillo, muy discreto.

–¿Cómo era Zapata?
[...] No era ni muy chaparro, ni muy alto, de un cuerpo regular, con sus bigotes; tenía un lunar, no me acuerdo si en este ojo derecho o izquierdo, en el mero párpado del ojo tenía un lunar. Y no era chino, era lacio, y era muy *misterioso*, yo no sé cómo le fueron a ganar ahora que lo mataron, si era rete hábil para eso.
[...]Pues, era delgadito, ojo grande, bigotón, sí, sí, me tocó conocerlo […] Pues, era buena persona con nosotros, era amable, sincero.
[...]Nos trataba a gusto, era cariñoso, ¿verdad?, aunque cuando se enojaba era déspota, bueno, cariñoso; luego se le quitaba la muina y nos platicaba él.
[...]Pues era un hombre muy fornido, alto. Por la buena era un buen cristiano, muy buen hombre, ¿verdad?, con todos. Era un hombre muy pasado por todo el mundo, muy decente.
[...]Muy amable, muy amable, muy gente, muy respetuoso, le hablaba a usted con una sinceri-

"Emiliano", de Alberto Gironella.

dad, con los que no tenía confianza se ponía más bien renuente, pero así hablando con usted, pues nosotros los muchachos, con los que tenía confianza, se ponía hasta a reírse y a jugar.

[...]Ése no quiso dinero, no, dice: "yo sigo peleando, yo quiero las tierras, porque ese compromiso lo tengo con los pobres, que tanto sufren".

[...]Zapata entendió el problema agrario, ¿verdad?, de acuerdo con los conceptos históricos.

[...]Era el que (por *ái* han de ver la estatua, cuando pasen) quería que repartieran las haciendas de aquí del estado de Morelos, que eran de españoles o de mexicanos ricos.

[...]Pues era un hombre… La historia de Zapata es buen [*sic*], mucho muy buena, también. No puedo hablar mal de Zapata, porque Zapata fue el primero en la cuestión del reparto de tierras.

[...] según su plática que nos hizo a sus más amigos […] nos narró que él cuando era joven su padre tenía terrenos de una hacienda y cultivaba para su sostén de la vida; pero cuando llegó el día en que el dueño de esa finca le recogió las tierras a su papá, él ya tenía, pues si no sobrada experiencia, pero se daba cuenta que comenzaba a ver la vida de sufrimiento y él mismo nos dijo que dijo al padre: "Si Dios no me quita la vida, yo tengo que vengar esto". Ya su mente le avisaba las cosas.

–¿Por qué hizo Zapata el Plan de Ayala?

Porque era el compromiso que tenía con el pueblo, para que creyera en él, que él no iba a pelear por dinero, que iba a pelear para defender las tierras; que él quería las tierras de aquí de Morelos para su pueblo. Con eso iba a pelear, por eso fue a pelear él, para darle vida al pueblo, porque el pueblo no tenía, sufría, porque el hacendado, pues…, era pura caña, no los dejaban que sembraran milpa para comer maíz.

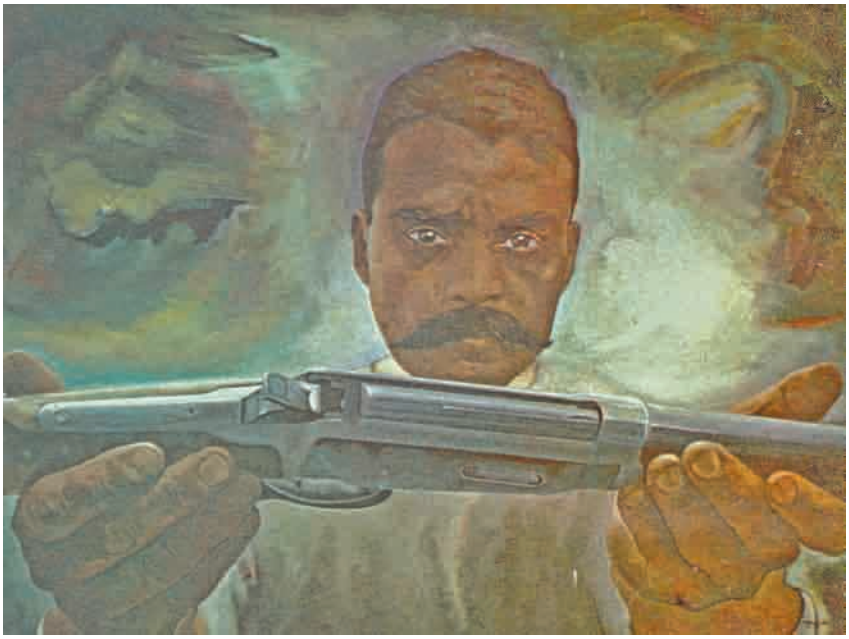
En 1913, antes de que mataran a Madero, nos llegó un Plan de Ayala, en una forma pues, incógnita, ¿verdad?, escondiditos. Entonces vimos y dijimos: "aquí está nuestra salvación". Y ya nos empezamos a platicar entre los muchachos y nos juntamos 26 y nos fuimos a presentar (…) Por la cuestión de las tierras, ¿no?, porque nosotros no podíamos sembrar sin permiso del hacendado. Entonces dijimos: "Bueno, pues aquí está nuestra salvación".

[...]Pues, el pueblo sí lo quería, porque, porque… ¡Bueno!, ya Zapata no hacía cosas malas. Y los pueblos lo querían y allí lo protegían con maíz, con zacate para las bestias, y les daban de comer y todo eso, ¿verdad?

–¿Cómo trataba Zapata a su gente?

Con un corazón tan tierno, como todos se pueden imaginar, si ustedes han ido a Morelos y han visto una estatua que está por allá. Él está a caballo, un hombre humilde le está rindiendo informes de la situación vivida; el hombre está pues así, por respeto, sin sombrero, y él a caballo, está así inclinado a su oído a la petición del hombre.

[...]Hablaba él con los generales, con los corone-



"Retrato de Zapata", de Federico Silva (1957).

les, a ellos los saludaba hasta de la mano y todo; pero [nosotros] así de pláticas así con él, no, ¿verdad? Éramos tropa, éramos soldados. Y este, hasta eso, él no era orgulloso y nos trataba…, no como soldados, como un hijo, como un hermano, ¿verdad?

[...]Pues mire, era un hombre muy amable con todos nosotros, lo que…, él les hablaba a toda la gente como si fueran sus hijos; de manera que usted se sentía halagado cuando él hablaba […], si teníamos que ir a un ataque, íbamos felices, ninguno decía que: "Yo me quedo y que…" No, los jefes iban adelante, la mayor parte de los jefes iban adelante, la mayor parte, todos seguían a los jefes y nadie… como los carrancistas, que algunos se escondían… No, ahí todos, todos. Después de que él hablaba, todos se sentían halagados, toda la gente. Decía: "Hijos, tenemos que llegar a tal parte y vamos a hacerle la lucha, y tienen todo lo que ustedes necesitan; como antes, si hay". Y se sacaba él lo de él, pa' regalarlo si no había. De manera es que se tenía muy buena opinión de él. ¿Verdad?, porque le hablaba a usted con el corazón en la mano, y usted se sentía obligado a corresponderle.

–¿Cómo era Zapata durante la campaña?

[...]Mire usted, nosotros que pudimos ver de cerca el comportamiento de Zapata, personalmente Zapata jamás mató a nadie, en campaña el que le tocó le tocó; pero él, no supimos que matara a alguno ni robara, ni toleraba los robos.

[...]Pues entendían [los zapatistas] que iban a ser mejores, porque se les iban a dotar de tierras, que por eso se peleaba, en Morelos, especialmente, que eran latifundios de ricos de la ciudad de México, que les habían quitado sus tierras para agrandar sus haciendas, se las iban a devolver. Con esta promesa todos estaban entusiasmados y eran de una obediencia ciega, lo que mandaba el general Zapata eso se hacía aunque expusieran su vida.

[...]Emiliano, él era buena gente. Él ordenaba así, sus planes, las guerras las hacía ordenadas, él se metía muy valiente; había veces que también era confiado en: "Ya vienen, ya viene la gente, ya viene", ¿no?, dice. Luego hasta los sitiaban y salían ya nomás para afuera y su caballo. Muy confiado que era, porque cuando la guerra, cuando el sitio de Cuautla, Cuautla era chiquito, no era grande, y fue el sitio con 400 hombres (…) con 400 hombres sitiaron Cuautla […].

[...]Pues la comida la hacían las señoras de los soldados compañeros, allí preparaban, por ejemplo, mandaba pedir una res o dos a los hacendados,

Mural de Diego Rivera en el Teatro de los Insurgentes.

se las daban y hacíamos como día de campo con mucho gusto, ¿verdad? Dice [Zapata]: "Pues aliméntense bien, chaparros, porque quién sabe qué vaya a ser de nosotros dentro de días". Y había señoras que, cuando estaba cerca de Morelos, siempre iban las señoras a visitarlos, le hacían de comer y todo, o es que lo invitaban a las fincas a comer.

[...]Decían que era mal hombre, y don Emiliano no fue…, no era sinvergüenza, si siquiera, como dicen algunos… No, eso sí que no, porque ese hombre, por la buena, se quitaba sus trapos y se los daba a usté; se quitaba la tortilla de la boca para dársela, aunque sea a uno de los soldados, con eso le digo todo. *Cuan'taba* en Jojutla, que la enfermedad '*taba rete juerte*, de esa… gripa, o de eso que pegó, había harta gente de tierra fría, ¿verdad?, y allí la tenía en los corralones y eso… Y toditos los días, pobre don Emiliano, a toditos tenía que darle pa' que los asistieran. Bueno, algunos encueraditos. Ya *traiba* ropa y… del aquí, del cuartel general que tenía en Tlaltizapán, y ya llevaban ropa para vestir a algunas criaturas que estaban… Había algunos que iban a beber agua a, al estanque y allá quedaban, de la *enfermedá* que '*taba tan juerte*. Y él, viendo por su gente y viendo por su gente y viendo por su gente. ¿Sería malo? [...]Decía picardías. Zapata, sobre ese particular, así era grosero. Por otro lado, era buen hombre […] Era mal hablado, rancherote de a tiro, ¡vaya!

–Cuéntenos cuando iba usted a torear con Emiliano Zapata.

Bueno, primero lo encontrábamos aquí, aquí en Yautepec, allí hacían los toros; allí en la estación no había casas ni nada, era una plazuela grande de la estación para acá; y ahí se hacían los toros y luego me llamaban: "¡Ahí viene la *pachona* [risa], la vamos a hacer que monte, la vamos a hacer que monte!" –"Que viene cansada". –"*Ái* se le quita el cansancio". […] Ya llegaba yo: "Muy buenas tardes. –"Buenas tardes". –"*¿ya llegastes?*" –"Ya". –"Ándale, ¿no quiere *usté* tomarse su cerveza?" –" No, sabe *usté* que yo no tomo". –"Pues sus cincuenta pesotes para lo que quiera. ¡Ándale!" –"No, no –le digo–, montaré pero sin interés de cincuenta pesos, porque si me mato, con los cincuenta pesos no voy a revivir" [risas]. Y *ái* voy. "¡Mucho ojo con ella!", decía él. Que me cuidaron; sí veían que me seguía el toro, que lo lazaron, Y ya me ponía las espuelas, y *ái* ando.

Emiliano y Eufemio Zapata con sus esposas.

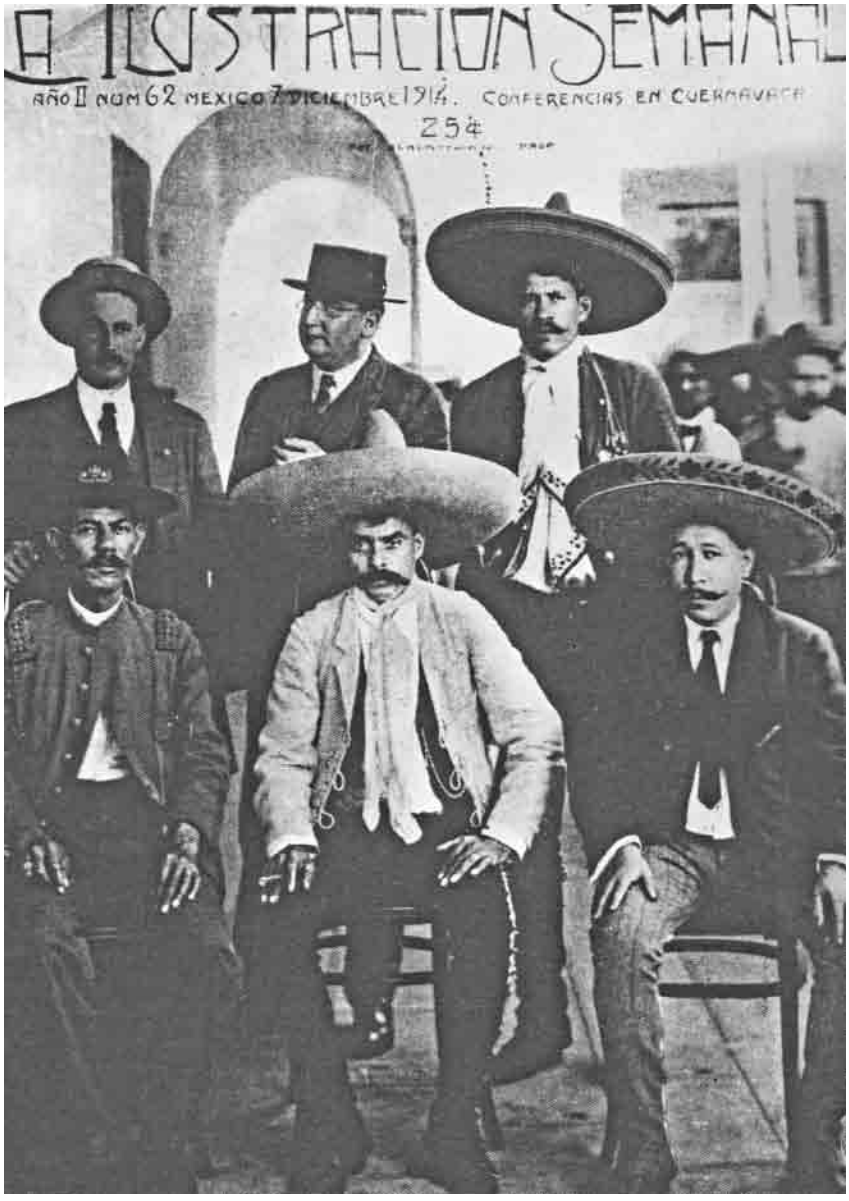
–¿Quiere contarnos de cuando Zapata cayó?

Cuando Zapata cayó, pues yo andaba junto con él, con la escolta de él, éramos treinta generales ahí nada más; por cierto todos eran del estado de Morelos, sólo uno de allá de Guerrero, y uno de aquí de Morelos, y uno de Guerrero…, cuatro eran del estado de Puebla. Pues éstos eran los que estábamos ahí cuando le dijimos que lo iban a matar, pero él no nos quiso creer […] Apenas habíamos bajado

del cerro, nos acabábamos de tomar ese traguito con Zapata –que nos regaló–, cuando miró y dijo "¿en dónde está el otro?" Pues, pasen a comer, ya está la comida, aquí dejan los caballos –dijo Zapata–. A ver, tú ¡móntate, pícale para adentro a ver a Palacios! Y ahí va, y entonces lo agarraba el otro de las piernas, así… Se llevó a las fuerzas, levantó la cabeza y los vio allá arriba, se los traía así, Zapata. Pero luego vieron que iba a entrar, estaba con un clarín arriba, tomando el clarín, y se para toda esa fila de hombres, le tiran a la espalda, tenía seis balazos, aquí en el pecho, y el caballo lo tiró de la silla.

[...]Zapata casi nunca quiso nada. Zapata murió pero no comprometió nada a su patria. Se murió pero… no comprometió para nada, ¿eh?, como otros que comprometen a su patria y a su nación. Cuando estábamos en Yautepec vino el general Serratos con tres americanos […], y a ellos les presentaron a Zapata en Yautepec. Estábamos comiendo allí en la mesa, cuando llegaba el general con los americanos; le ofrecían armamento, artillería, nada más que dijera qué era lo que quería; caballada, lo que pidiera. Y Zapata dijo que no quería nada, que ya todo le sobraba. Si Zapata hubiera sido otro, entonces: "A ver, vengan tantos dólares o…", pero no. Zapata murió y no comprometió en nada.

[...]Qué hubiera dado yo porque cuando hace 25 ó 30 años que viajaba por Morelos hubiera habido grabadoras […] para poder recoger el habla de esas gentes, su emoción; yo vi llorar a indios, a campesinos, a hombres de 60, 70 u 80 años, llorar al recordar a Emiliano Zapata. Una vez me iba a matar uno porque creyó que yo le iba a llevar noticias de Emiliano Zapata, me recibió en su casa, quería que le dijera si yo era mensajero de Emiliano Zapata para irle a decir que lo estaba llamando a la Revolución otra vez.



En Xochimilco (1914). Sentados: Benjamín Argumedo, Zapata y Manuel Palafox; atrás: Ignacio Ocampo, George Carothers y Amador Salazar.

PARA CONSULTAR EN EL ARCHIVO DE LA PALABRA DEL INSTITUTO MORA:

Entrevista con Aurelio Sánchez, PHO/1/210.
Entrevista con Consuelo Bravo, PHO/1/211.
Entrevista con Emiliano Bustos, PHO/1/194.
Entrevista con Federico Gonzalez Jiménez, PHO/1/137.
Entrevista con Gregorio Campillo Arvizu, PHO/1/67.
Entrevista con Jesús Chávez PHO/1/99.
Entrevista con Jesús Sotelo Inclán, PHO/4/5.
Entrevista con José Baray Morales, PHO/1/148.
Entrevista con Juan Olivera López, PHO/1/28.
Entrevista con Luis Vargas Rea, PHO/1/164.
Entrevista con Manuel Sosa Pavón, PHO/1/48.
Entrevista con María Chávez, PHO/1/201.
Entrevista con María de la Luz Barrera, PHO/1/206.

Entrevista con Máximo Flores, PHO/1/140.
Entrevista con Pedro Caloca, PHO/1/36.
Entrevista con Ramón Caballero, PHO/1/51.
Entrevista con Severiano Chávez Herrera, PHO/1/134.
Entrevista con Tiburcio Cuéllar, PHO/1/45.
Entrevista con Víctor González, PHO/1/202.
Entrevista con Víctor Velázquez, PHO/1/144.

PARA SABER MÁS:

ENRIQUE KRAUZE, *Biografía del poder, 3: Emiliano Zapata, el amor a la tierra,* México, FCE, 2000.

Tres revolucionarios tres testimonios. Muertes paralelas, prólogo de Octavio Paz, México, Offset, 1986, tomo II (Biografías).

* Ver Emiliano Zapata (1879-1919) en http://www.youtube.com/watch?v=Aei2zpiGs3U&feature=related

CRÉDITOS

Portada y 4ª: Alfredo Zalce, *Zapata*, 1966, Col. Museo Nacional de Historia.

Pp. 6-8: Archivo Descendientes Familia Villarreal González; p. 8: Archivo *St. Louis Dispatch*; p. 10: cortesía del Lic. Erasmo Torres López; p. 10 (abajo): Archivo Histórico "Genaro Estrada" de la SRE; p. 13: cortesía del Ing. Alfredo Rodríguez Galindo; p. 16 (abajo), The Woodrow Wilson House; p.17 (arriba), Library of Congress; p. 26 (fondo): foto de Irma Aranda; pp. 32-39: fotos proporcionadas por DianaGuillén; pp. 40-45: Colección fotográfica de Isidro Fabela; p. 46: foto de Enrique A. Cervantes, 1942; p. 47: Fototeca Guerra, UAY; p. 49 (arriba, der.), *Novedades*, 1954, Col. particular;
p. 49 (abajo): Latapi y Bert, Col. particular;
p. 50: Peabody Museum, Harvard University; pp. 58, 61-63: *El Maestro Rural*, 1936, Biblioteca Mora; p. 64: *Revista de revistas*; pp. 70-72 y 75 (abajo): Archivo Casasola; pp. 74 y 77 (arriba): Library of Congress; p. 76: *Sucesos para todos*, Col. particular; p. 81: Museo Nacional de Historia; p. 82: Col. particular de la familia Villa; pp. 84-89: imágenes proporcionadas por Laura González Matute; p. 90: Col. INBA; p. 92: Col. Emiliano Gironella; p. 93 (arriba): Col. G. Baz; p. 94: Archivo histórico fotográfico, INAH; p. 95, *La Ilustración semanal,* Biblioteca Mora.